

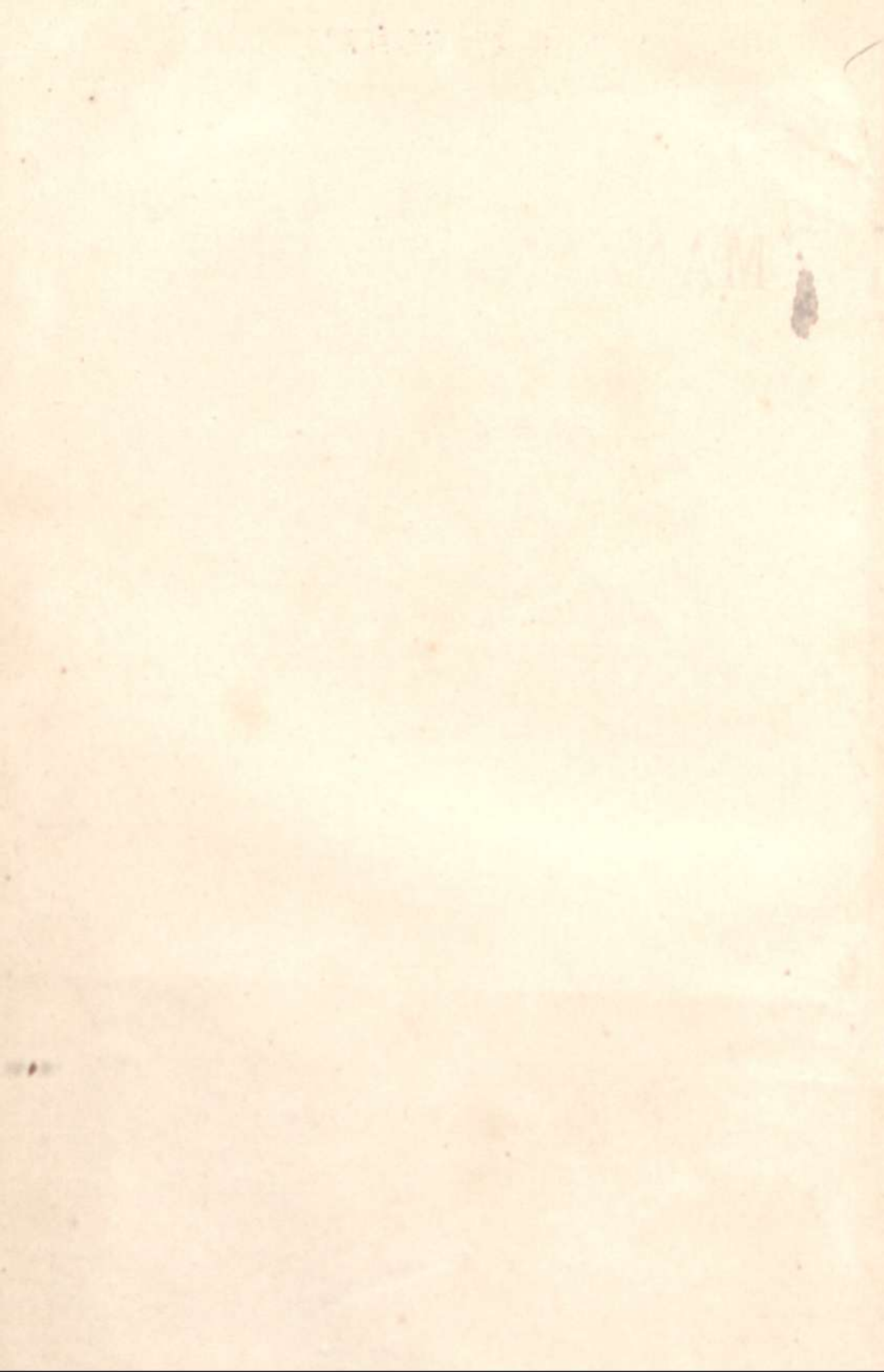
R402219



LA MANZANA DE ORO.

DNU
12955
I

tit. 5441



VICTOR ENSEÑAT

LA

Librería
MANZANA DE ORO,

POR

JOSÉ SELGAS.

1.^o

LA MUJER SOÑADA.

MADRID,

LIBRERÍA DE D. LUCADIO LOPEZ,
calle del Carmen, 13.

PARIS,

LIBRERÍA DE D. FRANCISCO BRACHET,
8, rue de l'Abbaye.

1872.

MADRID, 1872.—IMPRESA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, 3.

SR. D. PEDRO EGAÑA.

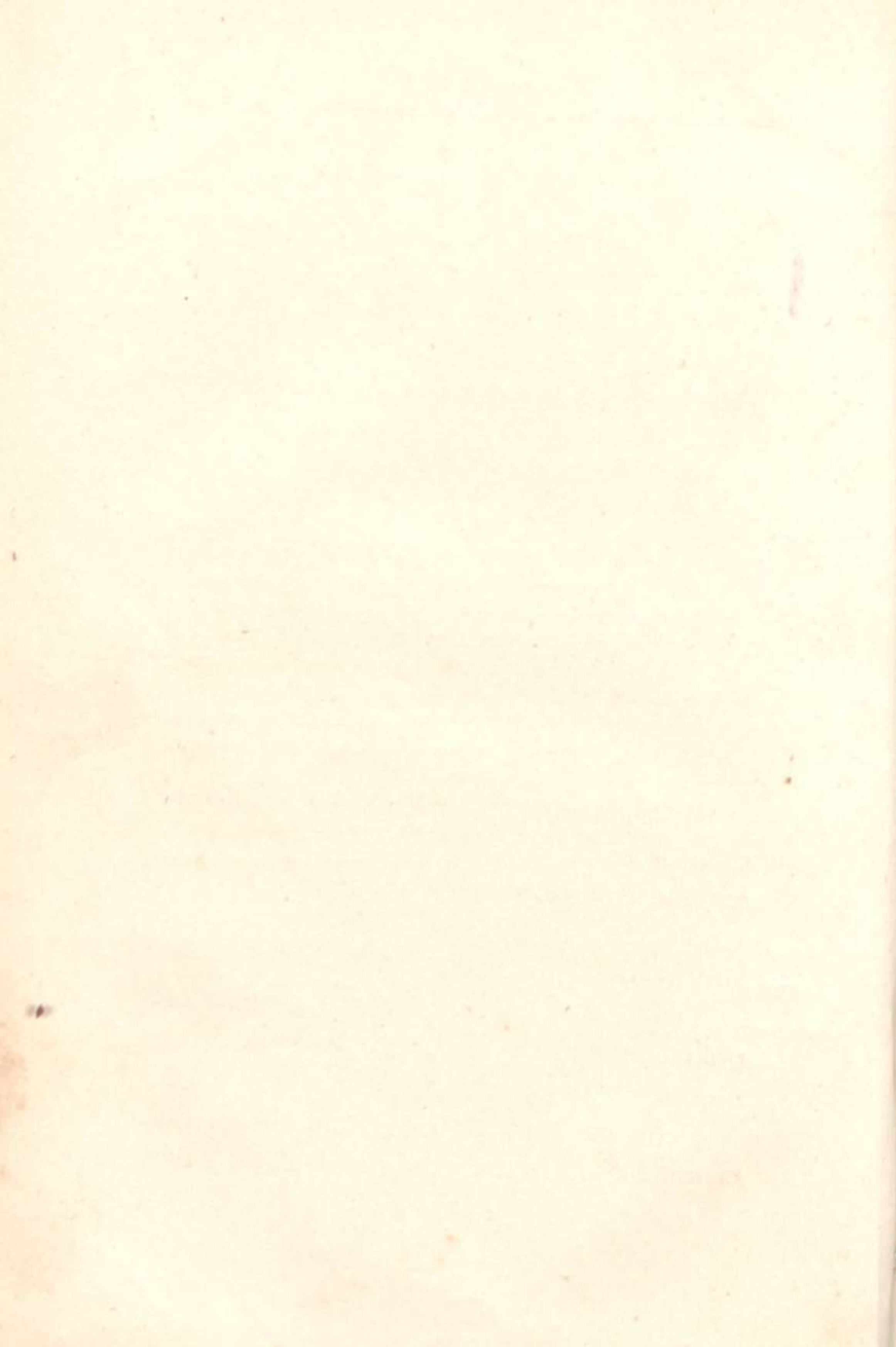
MI QUERIDO AMIGO:

En la última expedición que hice á las Provincias Vascongadas, durante la que debí á V. amena compañía, útiles consejos y finísimos obsequios, concebí la idea de escribir *La Manzana de Oro*.

El espectáculo de esas nobilísimas comarcas, pobres y honradas, que disfrutaban la honesta prosperidad que proporcionan la virtud y el trabajo, de esos valles tranquilos, de esas montañas siempre verdes, de esas costumbres sencillas, de ese respeto á la autoridad, y de ese amor al derecho que en ninguna parte se ve, se conoce y se siente como en las provincias vascas, me advirtieron cómo los pueblos pueden ser pobres, honrados y dichosos.

Ahí medité el plan de mi obra; hablé á V. de ella muchas veces, y V. me incitó á escribirla. Ahora, pues, que la doy á la estampa, se la ofrezco como un recuerdo de la afectuosa estimación que le profesa su invariable amigo,

JOSÉ SELGAS.



LA
MUJER SOÑADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Un Adán.

Supongo que no experimentará el lector gran deseo de saber la fecha precisa del día en que comienzan los curiosos sucesos que voy á referir, por cuya razón me considero autorizado á prescindir de ella.

Tengo otro motivo particular que me obliga á omitirla, y consiste en que la ignoro.

Debia ser, no obstante, un día de Diciembre ó de Enero, porque Madrid habia

amanecido envuelto en los anchos pliegues de una niebla espesa, que se extendía á lo largo de las calles, rasgándose en las esquinas y fluctuando sobre los aleros de los tejados como un velo, sin duda alguna gracioso, pero horriblemente frío; el sol no se atrevía á descubrir su rostro inflamado, y en cuanto al cielo, no se veía por ninguna parte; parecía resuelto á no salir de su casa.

La atmósfera, cargada de humedad, se mostraba indecisa, y el agua, suspensa en el aire, no se determinaba á caer ni en forma de lluvia ni en forma de nieve, de pura pereza.

Las baldosas de las calles brillaban esmaltadas por una finísima capa de hielo, que ofrecía á los piés de los apresurados transeuntes el peligro de continuos resbalones.

De vez en cuando se sentían ráfagas ligeras de un viento sutil, que penetraban al través de los más espesos abrigos, como la hoja de un puñal, y cortaban la cara lo mismo que un vidrio; era la respiración de Guadarrama.

El frío daba un nuevo impulso al movi-

miento habitual de este pueblo, tan movible de suyo, y que se moriría de tristeza si no hubiera calles donde pasar la vida; así es que los piés corrian, los ojos lloraban, y humeaban las bocas; las gentes iban y venian, formando en las aceras esos cordones de hombres, de mujeres y de niños, que no se sabe dónde empiezan ni dónde acaban, que se deshacen y se anudan sucesivamente, y que circulan por las calles de Madrid con el precipitado impulso con que circula la sangre por las venas de un enfermo que tiene calentura.

Era, en fin, una mañana deliciosa, que anunciaba una noche brillante para los teatros y para los cafés.

Si Madrid tiene corazon, indudablemente el corazon de Madrid palpita en la confluencia que forman *la Carrera de San Jerónimo*, *la calle del Príncipe*, *la calle de la Cruz* y *la calle de Sevilla*. En este punto desembocan de continuo avenidas de gente, que marchan en distintas direcciones, quedando siempre una especie de remanso de seres más ó ménos vagos, que hacen de las *Cuatro*

Calles un lugar de difícil tránsito y de perpétua concurrencia.

En el *Rastro* encuentra el curioso ó el necesitado restos de todas las cosas; no hay tela que no tenga allí un pedazo para un remiendo: el plato de porcelana ó de loza que acaba de quebrarse en vuestras manos tiene ántes de romperse sus pedazos rotos en el *Rastro*; allí se encuentran los vestigios de cuantos objetos de arte, de comodidad ó de lujo despedaza el género humano en su tránsito sobre la tierra; allí se reúnen todos los *deshechos* de Madrid; semejante á un cementerio, recoge los restos mortales de todo lo que acaba; en el *Rastro* se halla la mitad de todas las cosas que han desaparecido.

Pues, bien, en las *Cuatro Calles* hay otro *Rastro*; en él se encuentran todos los seres que se pierden, todas las virtudes que se quiebran, todas las honestidades que se rompen, pedazos de lealtad, jirones de honra, que brillan á la luz de todas las disipaciones.

Si en el *Rastro* se encuentran todos los

deshechos de Madrid, en las *Cuatro Calles* se reúnen todos los *deshechos* de la sociedad.

En ninguna parte está Madrid como en las *Cuatro Calles*, porque en esa confluencia, donde más especialmente hierve la población, es donde se encuentra el foco ardiente de su vida.

Aquí es donde vamos á tropezar con el primer personaje de nuestra historia, que se pasea tranquilamente, ya por una acera, ya por otra, escudriñando los escaparates de las tiendas con indiferente curiosidad, al traves de los cristales empañados por el frío.

Es un hombre que representa al mismo tiempo la juventud y la vejez; su persona es nueva y su vestido es viejo.

Bajo un sombrero verdaderamente alicaido, y cuya alta copa espeluznada dejaba ver los surcos con que la lluvia señala su paso por los sombreros, aparecía un rostro de facciones finas, de barba rubia y ojos negros; la nariz, ligeramente encorvada, daba cierta distincion á su fisonomía, y sobre los airosos y poblados arcos de las cejas se adivinaba una frente tersa, coronada de rizos castaños.

Quizá en su mirada resplandecía un destello de inocencia; pero al mismo tiempo era preciso distinguir en su sonrisa las sombras de la malicia.

Debajo del rostro se anudaba una corbata de estambre á cuadros, en la que se enroscaban *escocesmente* todos los colores del arco íris, en ráfagas macilentas, porque el uso, que todo lo devora, se habia comido la brillantez de sus bellos matices.

El resto de la persona era un gaban abrochado en toda su longitud, y que me atreveré á llamar oscuro, en razon á que la oscuridad es la ausencia de todos los colores, esto es, la ausencia de la luz, gaban filosófico que venía á ser como la sombra de sí mismo, y que apartado mucho tiempo hacia de las vanidades del mundo, no ocultaba á nadie la trama en que se anudaba y retorcia, tejiéndose entre sí el hilo de su existencia; era el gaban propio de aquel sombrero, y ambos se encontraban en la persona de nuestro jóven, como dos antiguos amigos se pueden encontrar en cualquier parte.

Por debajo del gaban asomaban las pier-

nas de un pantalon gris, de aparente lana y de algodón verdadero, que caian en forma de campana sobre unas botas de becerro, que dejaban traslucir, aunque con trabajo, la forma correcta de un pié pequeño.

Una mirada medianamente atenta hubiera descubierto, á pesar del gaban y del sombrero, un talle gallardo y una bella cabeza graciosamente plantada sobre los hombros.

De seguro que el gran Federico de Prusia no habria hecho de él un granadero de su guardia; pero era bastante alto para poder mirar frente á frente á todo el mundo.

El conjunto que ofrecia su persona y su vestido se prestaba á tres órdenes de consideraciones.

Algunos dirian al verle..... ¡qué guapo!....

Otros..... ¡qué pobre!....

Muchos..... ¡qué vago!....

Y cualquiera mujer sorprendida repentinamente en su casa por la presencia inesperada de este jóven desconocido no hubiera sabido que hacer, si adorarlo, darle una limosna, ó llamar á la policía.

Sumergidas entrambas manos en los enormes bolsillos del gaban, cruzaba de una acera á otra, con esa lenta majestad del hombre que no tiene nada que hacer, y parecia entretenido en interrumpir el paso presuroso de los transeuntes, interponiendo su persona entre los que iban y los que venian, dando ocasion á que se formáran esos nudos imprevistos de personas que resultan en las aceras de las calles concurridas, entre la gente que va y viene.

La confusion que ocasionaba en cada una de estas interrupciones era mayor, porque habia empezado á caer una nieve fina como polvos de diamante, y las aceras se iban cubriendo de paraguas abiertos; de ese mueble que sería completamente inútil si la mayor parte de las veces no sirviera de estorbo.

Delante de los fastuosos aparadores de las tiendas donde la industria ofrece á la impaciente vanidad del mundo los fugitivos caprichos de la moda inconstante, parecia, por el desden de su mirada y por la pobreza de su vestido, que se reia del lujo.

Bajo aquella atmósfera helada, sin más

abrigo que su gaban raído, su corbata descolorida y su sombrero erizado, parecía que se mofaba del frío.

De manera que á un mismo tiempo y con igual arrogancia desafiaba á los hombres, á la tierra y al cielo.

¿Qué hombre era éste?

Se advertía en su porte cierto aire de vanidad, como si se mostrara orgulloso de su pobreza, y pocas veces se habrá visto un gaban, un sombrero y una corbata semejantes llevados con más gallardía; toda su persona respiraba satisfacción; y hé aquí una cosa increíble: satisfacción de ser pobre.

Los que tienen la manía de penetrar al través de las apariencias, buscando en las cosas más naturales causas misteriosas y extraordinarias, hubieran creído que aquel traje miserable era un disfraz á pesar del que brillaba el esplendor de la juventud, de la belleza, de la fuerza y hasta del talento; y partiendo de esta suposición, habrían creído ver en el conjunto de la persona y del vestido al personaje principal de algún drama interesante y áun tremendo.

¿Por qué no habia de ser cómplice de algun amor oculto, impenetrable hasta entón-ces á la asidua mirada de la curiosidad y á las activas inquisiciones de la maledicencia? ¿No podia ser el héroe de alguna aventura amorosa, de esas que por más ó ménos tiempo se esconden en el fondo de la socie-dad, y cuyo secreto pagaría á peso de oro la crónica escandalosa, ávida siempre de des-dichas y debilidades humanas, con que ani-mar las conversaciones de las gentes ligeras y de las gentes honradas?

Aquel jóven, lleno de vida y de esperan-zas, ¿no podia ser tambien un espía, un agen-te de alguna sociedad tenebrosa? ¿No podia ser del mismo modo individuo de la policia secreta ó un conspirador temible?

Porque, si no, ¿con qué fin se escondia en el fondo de aquel gaban insepulto y bajo las alas desmayadas de aquel sombrero, digá-moslo así, póstumo?

Era difícil que los ojos que todo lo ven no descubrieran en este jóven la sombra, por lo ménos, de una aventura interesante, de una intriga diabólica ó de un crimen espantoso.

Pero nosotros, que no vemos tanto, no encontramos más que un bello jóven cruelmente vestido; un sér que, por lo visto, le debe mucho á la naturaleza, y que por lo que se ve, no le debe nada á la sociedad; un hombre que ha perdido su fortuna ó que no la ha tenido nunca; un niño que se entretiene en molestar á los transeuntes, un filósofo que mira con indiferencia los espectáculos del lujo; una especie de Diógenes de veinte y cinco años, que no tiene prisa cuando todos corren, que no tiene frio cuando Madrid se hiela, que al parecer no piensa absolutamente en nada cuando precisamente todo el mundo piensa en su negocio.

Un semblante sereno y hasta risueño y un gaban muy triste.

Una cabeza que dice: no soy tonto.

Un vestido que grita: soy muy pobre.

En la misma esquina que forma el café Imperial, poniendo término á la *Carrera de San Jerónimo* y abriendo paso á la *Puerta del Sol*, se detuvo repentinamente, mirando como hormigueaban delante de la esquina de la casa de Correos, extendiéndose por la an-

cha acera, diversos grupos de hombres, que se hacían y se deshacían en continuo movimiento bajo un toldo de paraguas.

Allí ha puesto *la Bolsa* sus avanzadas de agentes oficiales y oficiosos; allí se enreda el hilo de los pequeños negocios, se cruzan las más inesperadas noticias, y se tejen y destejen fortunas; es el *Bolsin*, ó lo que es lo mismo, la antesala de la *Bolsa*.

De este grupo se desprendió un paraguas, debajo del que iba un hombre que tomó apresuradamente la dirección de la *Carrera de San Jerónimo*, y al verlo venir el personaje del gaban raído y del sombrero espoluznado, pasó á la acera de enfrente y esperó.

Venía el hombre del paraguas como van casi siempre los caballos y los agentes de bolsa, esto es, á escape, y pasó por delante del jóven sin mirarlo.

—Bien, se dijo éste á sí mismo. Medina ya no me conoce; ha apartado los ojos por no verme, se ha hecho el distraído por no mirarme. La cosa es bien natural: un hombre de negocios no tiene tiempo para reco-

nocer á sus amigos. Es más bajo que yo, y sin embargo, puede mirarme por encima del hombro. Si hubiera tenido un duro que dejar caer sobre las baldosas, le habria hecho bajar la cabeza..... Y restregándose las manos, no de frio, sino de satisfaccion, añadió:

—Me alegro, me alegro: si yo fuera rico, sabria lo que cuesta un hombre como Medina; no tengo un cuarto, y sé lo que vale. Despues de todo, el dinero es un brillo que deslumbra, y la pobreza una luz con la que se ve todo como es..... ¡Ah! prosiguió; la satisfaccion de comprarlo, no vale tanto como el placer de conocerlo..... Vamos, vamos..... la pobreza no es una desgracia, más bien es una fortuna..... Y conociendo, sin duda, el disparate que acababa de pronunciar, soltó una ruidosa carcajada.

La gente que pasaba junto á él, sorprendida por tan repentina alegría, se le quedó mirando con estúpida sorpresa; más él, volviéndose á unos y otros, les dijo con amable sonrisa:

—Señores, me rio de mí mismo; y les volvió la espalda, fijando sus ojos en el bri-

llante aparador de una espléndida joyería.

Del fondo de los estuches, abiertos como bocas dispuestas á tragarse el mundo, partían esos rayos particulares con que la luz muestra su radiante júbilo al reflejarse en la limpia superficie de las piedras preciosas.

Los diamantes se deshacían en aguas de colores, sin dejar á la vista tiempo para decidir cuál era el más bello y el más refulgente de aquella serie inquieta y tumultuosa de resplandores.

Las perlas, detenidas en laafiligranada prision del engaste que las sujetaba casi sin atreverse á tocarlas, parecían gotas de leche en vasos de oro.

Las esmeraldas lanzaban sus fulgores verdes robados al arco íris, como si quisieran llenar el aire con los más bellos reflejos de la esperanza; y los *berilos*, envidiosos, descubrían en su palidez la tristeza de la envidia.

Mostraba la ágata *calcedonia* su blanca pureza, mientras la cornerina avergonzada no ocultaba los reflejos de su tinta roja; la *erisoprasa* verde, la zafirina azul y el *ónice* de fajas concéntricas de finos colores se dispu-

taban las miradas del jóven, que no sabía dónde fijarlas.

En caprichosos cambiantes heria sus ojos la luz del ópalo noble, á la vez que le descubria el fuego que lleva en sus entrañas el ópalo transparente, y veia al mismo tiempo al ópalo blanco, nebuloso como una tarde de otoño, y al girasol risueño como una mañana de primavera.

«Aquí», le decia el jacinto, enviándole un rayo de luz rojo oscuro, como el último rayo del sol bañado en la oscuridad de las nubes.

«Yo soy amarillo como el oro», le gritaba el topacio del Brasil; y el granate le decia: «yo soy transparente para que admires la púrpura de mi sangre».

Los rubíes relampagueaban, amarillos, rojos y azules; las túrquesas de roca antigua dejaban ver su azul celeste, y las turquesas, formadas de hueso fósil, teñidas de azul oscuro por la hábil mano del fosfato de hierro, querian competir con las primeras, como las oscuridades de la tierra con los resplandores del cielo, como quiere competir el

azul profundo del agua con el azul refulgente del aire.

En el horno misterioso de la naturaleza se cristaliza la alúmina formando el zafiro; y allí se ostentaba esta piedra preciosa, que resplandece hasta en el nombre, en toda la variedad de su especie.

El zafiro es una dinastía de piedras preciosas.

Allí estaba el *corundo* limpio ó zafiro de agua incoloro, donde la luz brilla como en el aire y resplandece como en un espejo. Allí se veía, ya en una joya, ya en otra, el zafiro azul como el cielo en el momento de recibir los primeros resplandores del día. Allí se encontraban los ojos el zafiro rojo, rubí oriental, el zafiro rosa, el zafiro violeta, amatista de Oriente, el zafiro amarillo y el zafiro verde, que son el más bello topacio y la más limpia esmeralda.

El oro, queriendo competir con los diamantes, con las perlas, con las esmeraldas, con las amatistas, con los jacintos, con el ópalo y con el zafiro, con los rubíes y con los topacios, presentaba en diversidad de joyas y

en variados engastes los esmaltes más bellos.

Habia allí una verdadera competencia entre la naturaleza y el arte; y el oro, sosteniendo en caprichosas figuras admirablemente trabajadas aquella esplendorosa pedrería, parecía decir á los ojos asombrados del transeunte: «Todo esto es mio.»

La mirada del jóven, como si estuviera iluminada por la luz que brotaba de los estuches, resplandecía de un modo extraño, y sus ojos ávidos pasaban de una joya á otra, como una mariposa de una flor á otra flor, sin reposar en ninguna.

Se sentia deslumbrado, y su sonrisa burlesca habia desaparecido, para dejar en sus labios esa expresion de asombro que manifestamos siempre que algun suceso extraordinario ó algun objeto maravilloso nos deja con la boca abierta.

Y toda aquella riqueza deslumbradora brillaba ante su mirada al traves de los cristales empañados por el frio, como brillan las estrellas al traves de las nubes, como centellean los ojos de una mujer al traves del velo que cubre su semblante.

Pudiera creerse que su alma indiferente se encendía ante el fuego de tanta opulencia, porque permanecía delante del aparador, inmóvil y al mismo tiempo inquieto, poseído de aquella deliciosa admiración que debió experimentar Adán cuando, al volver de su profundo sueño, se encontró con la hermosa figura de Eva.

Por una crueldad de las cosas que suelen combinarse hábilmente para atormentarnos, en el fondo del escaparate se destacaba un estuche de grandes dimensiones, conteniendo dos preciosos jarrones de oro cincelado, que brillaban tendidos sobre el terciopelo carmesí de que estaba revestido el interior del estuche. La tapa era un espejo, que repetía los elegantes contornos de los jarrones, donde estas preciosas joyas se contemplaban, orgullosas de su belleza, y si puedo decirlo así, ansiosas de reproducirse.

Los reflejos del oro, encendidos por el carmesí del terciopelo, iluminaban la luna del espejo con ráfagas semejantes á las de una aurora boreal, y el cristal, azul como el cielo, dejaba ver flotando en su engañosa pro-

fundidad una nube de púrpura y de oro.

Nuestro héroe clavó los ojos en los jarrones, alzó los párpados y se vió cruelmente retratado en la superficie del espejo; en medio de aquel esplendor, pudo distinguir el cuello de su gaban raído, las macilentas alas de su sombrero y los desmayados colores de su corbata, anudada á su garganta como un dogal, y vió al mismo tiempo su semblante con esa expresion casi estúpida con que el asombro suele pintarse en el rostro humano.

No pudo contenerse, y retrocedió con movimiento tan brusco, que dió con el hombro violentamente en la barba de otro curioso que á su espalda examinaba tambien las joyas expuestas en el aparador.

Volvió la cabeza y se encontró una cara de hombre, pero..... ¡qué cara!..... Una cara terrible..... esa cara que todos ponemos cuando recibimos en ella un golpe inesperado.

El jóven, al verla, se echó á reir diciendo :

—¡Ay Guillen! ¿quién demonios te manda ponerte detras de mí?

Guillen se compuso el sombrero, que ha-

bia saltado sobre su cabeza, y le contestó:

—No sabía yo que era tan temible ponerse á tu espalda.

—Es verdad, añadió el jóven; tú sabías únicamente que es algo expuesto ponérseme delante.

—¡Siempre el mismo!..... exclamó Guillen, dulcificando la voz y hasta haciendo un esfuerzo por sonreírse.

—Tranquilízate, añadió el otro; no he de armar camorra contigo por haber incurrido en la indiscrecion de no tener ojos en la espalda; ademas, tú eres bastante discreto para perdonarme esta falta, y yo te prometo que si vuelvo á nacer, haré que me los pongan.

—Dime, Miguel: ¿cuándo sentarás la cabeza?

—Lo ignoro; porque sé cómo se sientan las costuras, cómo se sienta la mano..... pero no he podido averiguar todavía cómo se sienta la cabeza.

—Quiero decir que cuando tendrás juicio.

—¡Ah, juicio, sí!..... vamos, explícame; ¿cómo tienes tú el juicio?

—Es tarde y tengo prisa. Ya se ve, tú vives matando el tiempo.....

—Tú, ilustre doctor, vives más honradamente: mientras yo paso la vida matando el tiempo, tú, médico de moda, pasas tu vida matando enfermos.

—Hijo mio, exclamó el doctor, la última enfermedad no tiene cura; la ciencia no ha podido todavía traspasar los umbrales de la muerte.

—En ese caso, la ciencia es una mera vanidad. Si no teneis nada que hacer en la última dolencia, lo que hagais en las demas enfermedades sobra.

—No sobra, se apresuró á decir el médico, porque no se trata precisamente de la vida, sino de la salud. La medicina es una ciencia que alguna vez cura, muchas veces alivia y siempre consuela.

—Muy bien; pero eso significa que la enfermedad es un pozo en el que el enfermo cae, y como todo el que se ahoga, se agarra á un clavo ardiendo, y el clavo ardiendo es el médico.

—¡Oh! la medicina ha hecho grandes adelantos.

—Lo creo, pero han adelantado más las enfermedades; mientras la ciencia adelanta, las gentes continúan muriéndose como si tal cosa. — Se sabe más, mucho más, pero ¡qué demonio! se vive menos.

El doctor se encogió de hombros, como diciendo: Bah, está loco; y Miguel prosiguió:

—La naturaleza salva ó mata al enfermo, y el médico.....

—¿El médico qué?

—El médico lo desuella despues, muerto ó vivo.

—Ése es el grande error que padecen todos los que gozan de buena salud.

—Vamos á ver. Hace tres años que ejerces tu noble profesion; has sabido extender tu nombre, y eres el médico de moda. Cuando éramos estudiantes no tenias camisa; ¿á qué ya eres rico?

—¡Rico!..... exclamó el doctor dando un paso atras, y escondiendo su mano derecha

bajo la solapa del gaban, como si quisiera ocultar un soberbio brillante que campeaba sobre una enorme sortija de oro macizo.

— Rico, repitió Miguel.

— Vivo, replicó el doctor, con suma estrechez, y si me ves algo decente, es porque el traje es absolutamente indispensable para alternar en la sociedad.

— No voy á pedirte nada.

— Puedes pedirme lo que quieras..... la mitad de lo que yo tenga será siempre tuyo; pero, querido Miguel, soy más pobre que tú.

— Lo creo; porque yo, á lo ménos, no te oculto mi pobreza, como tú me ocultas tus brillantes.

— Esta sortija, dijo, metiendo más la mano dentro del gaban, es mi único tesoro..... además es falsa, y ¿sabes por qué la consevo?..... porque es un recuerdo de mi madre..... En fin, me estás haciendo perder el tiempo.

— Véte, véte, le dijo el jóven, empujándole suavemente; y el médico, diciendo «hasta la vista», desapareció entre la gente que corría por la acera, como el que huye, mién-

tras Miguel, irguiendo la cabeza con orgullo y dando á su sonrisa una expresion desdenosa, murmuraba entre dientes:

— Todos son iguales. Medina no quiere ya conocerme. Guillen, á pesar de su avaricia, daria cualquier cosa porque yo no lo conociera.

No dijo más; y volviendo la espalda con desprecio al suntuoso aparador de la joyería que habia embargado ántes sus miradas, cruzó la calle y pasó á la acera opuesta.

Poco á poco fué apareciendo en su fisonomía ese aire distraido con que la reflexion envuelve el semblante como un rótulo que dice: «Aquí se piensa»; y cada vez parecia que su alma se abismaba más en la profundidad de algun pensamiento tenaz y repentino.

De pronto se detuvo, se quitó el sombrero, echó atras los hermosos rizos que coronaban su frente, y exclamó:

— Nunca.

En aquel momento pasó junto á él, marchando en su misma direccion, un hombre pequeño y fino, envuelto en un magnífico

gaban de *retina*, sepultado el rostro en las elegantes vueltas de una bufanda blanca como la nieve, tachonada de lunares de color de púrpura; el sombrero perfectamente resguardado por la doble seda del paraguas, que abierto llevaba en la mano, revelaba en su brillo y en su forma la distincion de la persona.

Al verlo pisar con sus preciosas botas el lodo escarchado de las calles, podria creerse que andaba sin pisar, pues ni la más ligera mancha de barro interrumpia el brillo del charol.

Era una figura muy á propósito para hacerse admirar en el aparador de un sastre: todo era correcto en su vestido, el córte, el color, la tela..... todo respiraba ese minucioso esmero que confunde algunas veces á los hombres con las mujeres.

Todo en él era superior, ménos la persona, que al traves de tanta elegancia no ofrecia belleza ninguna; el buen aire de la ropa no acertaba á disimular el mal aire del cuerpo: era un bello exterior, á pesar del que se descubria un interior detestable; una super-

ficie brillante, y un fondo oscuro; el sastre debajo de cuya hábil mano queria desaparecer un hombre mal hecho.

No le faltaba requisito á la perspectiva, pero le faltaba todo á la realidad; á cierta luz, á cierta distancia, era un conjunto completo.

Producia el efecto de los bastidores de un teatro en una noche de representacion; poseia la distincion que da la moda, la elegancia que se compra, y era, en fin, la mano yerta y descarnada de un cadáver primorosamente envuelta en un guante fino y perfumado.

Miguel lo vió de espaldas, y debió reconocerlo, pues exclamó:

— ¡Ah!..... Matusalem.....

Y apartando la gente que se habia interpuesto, corrió hácia él, dobló su flexible cintura como se dobla un junco, y metiéndose debajo del paraguas, se enderezó de repente.

Sucedió lo que era natural: el paraguas, empujado por el sombrero de Miguel, se escapó de las manos del que lo llevaba, y éste,

por recogerlo, dió un mal paso, vaciló, se escurrieron sus piés sobre las baldosas, bruñidas por la escarcha, y cayó como un trapo.

Miguel se quedó con los brazos abiertos y el sombrero apabullado delante de aquella especie de *trousseau* tendido en el suelo.

Era un cuadro tan dramático como cómico, tan sério como grotesco; de manera que los circunstantes prorumpieron en una carcajada, llorando de risa.

Inmediatamente se formó un círculo de curiosos al rededor de esta escena inesperada.

El que estaba en tierra se levantó sin querer servirse de la mano que Miguel le tendia, cogió su paraguas, lanzó sobre el agresor una mirada de basilisco, y quiso continuar su camino; pero el jóven lo detuvo, diciéndole:

—Querido Matusalem, perdona, conozco tu buen corazon; te sobraba paraguas y he querido aprovecharlo, contando con tu indulgencia; nada más léjos de mi ánimo que el cruel propósito de arrastrar por el lodo tu flamante vestido. ¿Me perdonas?

Matusalem subió hasta cerca de los ojos

el embozo de su bufanda, como si no quisiera ser conocido, y trató de alejarse sin decir palabra; pero Miguel lo detuvo, cogiéndose á su brazo, y con una naturalidad que hacia reventar de risa á los circunstantes, dijo:

—No te suelto; estos señores creerán que he querido burlarme de tí, y no puedo soportar el peso de semejante calumnia. Tú, que me conocés, sabes muy bien que soy inocente.

Uno de los circunstantes no pudo contenerse y dijo:

—¡Qué barbaridad!

—¡Barbaridad?..... exclamó Miguel..... ¿por qué? ¿acaso no tengo yo confianza con este caballero para tomar un poco de abrigo contra la intemperie debajo de su paraguas? Sepan ustedes que somos amigos, amigos antiguos, amigos de toda la vida. Habla, Matusalem, habla..... defiéndeme, no me abandones.

La escena era curiosa, y el número de los circunstantes se aumentaba.

Matusalem gesticuló; pero, si dijo algo,

sus palabras se ahogaron en los dobles pliegues de la bufanda : sus ojos pequeños y hundidos hablaban un lenguaje de fuego ; sus miradas mordían como víboras.

Miguel, sin abandonar el brazo de su amigo, se inclinó cortésmente ante los circunstantes, y guiñando graciosamente los ojos, dijo con amable sonrisa :

— En medio de todo, acabo de hacerle un favor insigne ; venía á pié en un día como éste, en que se hielan hasta los saludos ; sin duda ninguna, no ha encontrado coche ; pues bien, yo lo he puesto en berlina.

Una nueva carcajada circuló por el corro, y Matusalem golpeó las baldosas con su pié ricamente calzado, como si hubiera querido decir : Ábrete, tierra, y trágame.

— ¿ Tienes prisa ? añadió el jóven, vámonos ; y volviéndose á los curiosos que le rodeaban, les dijo, señalando á su amigo :

— Señores, por indisposición repentina del primer actor se suspende esta función ; se devolverá el dinero, presentando los billetes.

Y sin decir más palabra, cogió el para-

guas de las manos de Matusalem, y ferozmente asido á su brazo, dió media vuelta, rompió el corro de los curiosos, pasó á la opuesta acera, marchando majestuosamente hácia el remanso de las Cuatro Calles.

Los circunstantes se quedaron mirando con la boca abierta.

Y decían unos:

—Es un calavera.

Otros:

—¡Ca!..... está borracho.

Muchos:

—¡Bah!..... está loco.

· Calavera..... borracho..... loco..... ¿acaso no es lo mismo?.....

CAPÍTULO II.

La Serpiente.

Así llegaron á la esquina donde empieza la calle del Príncipe, y apénas dieron la vuelta, cuando Matusalem bajó con furia el embozo de su bufanda, y echando llamas por los ojos, dió rienda suelta á su comprimido enojo, prorumpiendo en estas palabras:

—Eres, Miguel, un sér execrable; tienes la vanidad de la miseria y has hecho de tus harapos una bandera de guerra contra tus amigos. ¡Oh! esto es abominable..... da vergüenza conocerte.

—Perdóname, dijo Miguel con aire compungido, pero no puedo verte con indiferencia; ejerces sobre mí una atracción diabólica; lo acabado de tu *toilette*, lo correcto de tu vestido y lo primoroso de tu persona me

seducen de un modo invencible; me siento arrastrado hácia tí por un impulso secreto, que no acierto á explicarme. Te adoro y te detesto..... deseo abrazarte, y si te abrazo, te ahogo.

—Ésa es la envidia, que te devora.

—Sea; pero esta envidia es una pasión que me domina; tú no sabes el tierno placer que experimento cuando puedo hacer que te desesperes. Me inspiras ese amor impaciente con que la piedra se ve arrastrada al abismo. Eres mi vicio, porque te aborrezco y no puedo vivir sin tí. Te busco como la sombra al cuerpo. Verte y no jugarte una mala pasada me es imposible, absolutamente imposible.

—Pues mira, Miguel, es preciso poner término á esta persecucion abominable, ó de lo contrario me vengaré.

—Tu venganza sería para mí más dulce que la miel.

—Emigraré.

—Es inútil, porque yo te seguiria al fin del mundo.

—Eres un malvado; ¿qué daño te he hecho yo?

Miguel se detuvo pensativo, y Matusalem se quedó contemplándolo con curiosidad. Al fin dijo el primero :

— ¡Daño!..... no se trata de eso; precisamente es todo lo contrario. Te debo los más vivos placeres de mi vida. Cuando voy por la calle te busco; cuando no te veo pienso en tí; cuando duermo, ¡ay querido Matusalem! cuando duermo te sueño. ¿Dónde vives?

Matusalem dió un paso atrás, exclamando:

— En el infierno.

— Lo creo; pero es lo mismo, porque á mí lo que me gusta es sorprenderte al volver una esquina, alzar súbitamente el brazo con un movimiento imprevisto y hacer que tu sombrero immaculado ruede por el lodo de la calle. Me gusta también esperarte á la entrada del teatro, seguirte sin que me veas, colgar sigilosamente en tu espalda un cartel y dejarte en paz. ¿Te acuerdas?

— No se me olvidará nunca; aquello fué horrible.

— Tú entras siempre en el teatro despues de alzado el telon; quieres que te vean, y

aquella noche quise yo que te conocieran; el cartel decia : *Matusalem*, y tu nombre resonó por todas partes en medio de los silbidos y de la risa de la concurrencia; tu éxito fué completo; yo lo presencié, y puedo asegurarte que obtuviste los honores de la funcion.

Matusalem rechinaba los dientes, diciendo :
— ¡ Ah ! eso no se hace con nadie.

— No podia yo consentir que tu nombre permaneciera ignorado; vivias oscurecido, y te hice célebre. Todavía se indigna tu modestia, pero fué un acto de justicia; ya todo el mundo te conoce.

— Me vas á conducir al crimen, exclamó Matusalem ciego de cólera; porque, te lo juro, no puedo pensar en tí sin pensar en la estrignina.

— Muy bien; pero ten en cuenta que sólo me puedes matar de un modo.

— ¿Cuál?

— Muriéndote tú.

— No lo esperes.

— ¿Piensas vivir eternamente?

— Sí.

— Mejor; pasarémos juntos el resto de nuestros días.

— Pero bien; ¿qué quieres de mí?

— Nada.

— Entónces, ¿por qué no me dejas gozar tranquilamente de la vida?

— Porque me moriria de tristeza.

— Deja esos harapos, sacude la miseria que te rodea, y me someto al rigor de tus insufribles bromas.

— Nunca; este gaban raído, este sombrero patibulario y esta corbata descolorida te aterran. Cuando te veo limpio y perfumado en medio del mundo en que vives, siento una necesidad invencible de acercarme á tí, tenderte la mano, coger tu brazo y llamarte mi amigo; tú te avergüenzas, porque todos te miran, y el pudor de tu hermoso vestido, de tu brillante corbata y de tu exquisito sombrero me enamora; tú te desesperas, y yo soy en aquel momento el hombre más feliz de la tierra.

— Pero vamos, Miguel, seamos razonables; ¿qué gusto tienes en vivir de esa manera? ¿no sabes que la miseria es la ignomi-

nia? Todo se puede ser en el mundo ménos pobre.

— Bien; ¿y qué hago?

— El mundo, contestó Matusalem con aire sentencioso, es un jardín poblado de árboles; cada árbol te tiende sus ramas, ofreciéndote el fruto; no tienes que hacer ningun esfuerzo; alarga la mano y coge.

— ¿Y qué cojo?

— El gran fruto dentro del que se encierra el secreto de la ciencia, que todo lo sabe; de la grandeza, que todo lo quiere; de la fuerza, que todo lo puede: la manzana de oro.

— Eres un viejo imbécil; el oro es estúpido, ignorante é impotente.

— Blasfemas, exclamó Matusalem casi horrorizado; en pleno siglo XIX los tres elementos constitutivos del hombre civilizado son.....

— Veamos.

— Dinero, dinero y dinero.

— ¿Y dónde está?

— Hé ahí el secreto de nuestra civilización: en todas partes; en el siglo en que vivimos todo es oro.

— Ya..... te comprendo, dijo Miguel..... robaré.

— Estás desconocido; tú tenías talento, pero la miseria te ha convertido en bruto. ¡Robar!..... ¡oh qué atraso tan lamentable! ¡Robar..... esto es buscar el bolsillo ajeno por medio de una *ganzúa* ó de un trabuco! No; eso es ir á presidio ó ir al cadalso. En nuestra sociedad el robo es innecesario. ¿Quién roba ya? algún loco, algún tonto rematado. ¿Quién se atreve á luchar con las contingencias del Código, teniendo tantas puertas abiertas para llegar al colmo de la fortuna?

Bien; en ese caso trabajaré.

— ¡Trabajar!..... ésta es más negra. Convertirse en máquina, encerrarse en un escritorio ó en un taller, consumir la vida dándole vueltas á una rueda ó á una pluma, vender el sudor de la frente por un pedazo de pan, matarse para vivir, quitarse la vida para no morir. Eso es absurdo. El trabajo no enriquece; trabajar es morir, y vivir es gozar. Nadie trabaja tanto como un mulo; pues bien, ¿has visto tú algún mudo millonario?

—Te conocí, dijo Miguel, hace mucho tiempo, en la mesa de un café. Allí nos reuníamos habitualmente Medina, que ya no me conoce, Guillen, que no quisiera conocerme, y otros amigos, estudiantes todos, que consumíamos en cinco noches nuestras mesadas de treinta días. Tú te hiciste amigo nuestro, y con una generosidad que no sabremos nunca agradecerte nos adelantabas quince por treinta, nos dabas la mitad de nuestras asignaciones para tomar la suma doble quince días después, y además nos ayudabas á gastar alegremente aquella triste mitad que recibíamos de tu mano; eras nuestro banquero.

—Conozco, exclamó Matusalem, la ingratitud del corazón humano. Teniais siempre mi bolsillo abierto, os saqué de muchos apuros, no podiais vivir sin mí. ¿Os daba?..... entónces era yo el hombre más generoso de la tierra; pero trataba de cobrar, y me regalabais un insulto por cada duro.

—Eres injusto, porque entónces te pusimos el venerable nombre de Matusalem; la tribu te aclamó por su patriarca. Te hubié-

ramos puesto Rostchild, pero nunca pudimos saber tu edad, y por lo empedernido de tu corazón, por la dureza de tu malicia, por lo inflexible de tu egoísmo y por el aspecto fósil de toda tu persona, calculamos que ya habrías vivido novecientos años; por eso te pusimos Matusalem.

—Broma estúpida, dijo Matusalem con aire furioso; broma de malísimo gusto, que tú has tenido la gracia salvaje de extender por todo Madrid, y que me habría hundido, si mi presencia de ánimo no hubiera hecho frente al ridículo con heroica grandeza. Tu maldad ha sido inútil.

—Me alegro.

—En fin, ¿quieres ser rico?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tú lo eres.

—No tener dinero es no tener vergüenza.

—Cuando un hombre como tú se ve mimado por la fortuna, la fortuna es una ignominia.

Matusalem se encogió tan expresivamente,

que sus hombros puntiagudos llegaron á tocar en las alas de su sombrero. Miguel prosiguió con afable sonrisa :

—En una sociedad donde tú vives, donde todo el mundo te da la mano y te sonrie, donde todas las puertas se te abren, donde tú eres un hombre útil, necesario, ameno, agradable, simpático, hasta virtuoso, los hombres como yo deben sepultarse en el fondo de la miseria para no exponerse al deshonra de partir contigo la celebridad.

—Aunque de esa boca sonrosada no han salido nunca más que disparates, empiezo á sospechar, dijo Matusalem, que estás completamente loco.

—¡Loco! exclamó Miguel moviendo la cabeza.

—Sí, loco, repitió su amigo. Yo creí que acabarias en San Bernardino, pero ya me parece que acabarás en Leganés; estoy seguro de ello. Te caería admirablemente una camisa de batista; pero más tarde ó más temprano tendrás que resignarte á sufrir la *camisa de fuerza*.

La sonrisa de Miguel se apagó en sus la-

bios como una luz que recibe de repente un soplo inesperado.

—Loco, exclamó, porque desprecio á la sociedad en que tú vives, triunfas y gozas.

—Infeliz, exclamó Matusalem con desdeñosa compasion; ¿qué locura más grande hay en el mundo que la estupidez de no querer ser rico? La miseria te ha derretido los sesos. Insensato, ir contra la corriente es ahogarse.

—Pues bien, me ahogaré.

—Ahógate enhorabuena.

—Sí; porque prefiero la locura de mi pobreza á la embriaguez del oro.

—A lo ménos, tu locura es original; de seguro eres el único caso de semejante monomanía; hay quien tira el dinero por la ventana, pero no conozco á nadie que lo vea en medio del arroyo y no lo recoja.

Matusalem examinaba atentamente la fisonomía de Miguel, que parecia bañada por una nube de tristeza, ofreciendo esa seriedad que se esparce en el semblante del hombre cuando el alma cae en la profunda oscuridad de alguna duda; observaba que balanceándo-

se sobre las piernas, daba á su cabeza el movimiento indeciso del hombre que vacila, y veia, sobre todo, que permanecia silencioso, como si nó tuviera nada que replicarle.

Entónces le tendió la mano y le dijo :

—Todas las atrocidades que has hecho conmigo te las perdono, y voy á pagar tus ingratitudes con un nuevo favor. ¿Me oyes?

—Habla, contestó Miguel.

—Leo en tu cara como en un libro, y no puedes ocultarme la lucha que has entablado contigo mismo; tu fisonomía demasiado jóven, no ha aprendido aún á ocultar las emociones de tu alma, y no sabes qué hacer entre tu terquedad y tu miedo.

—Explicate.

—Es bien sencillo; es el fenómeno de todas las demencias incipientes. Conoces tu locura y no aciertas á desecharla. ¿Me comprendes?

—No, no te comprendo.

—Pues mira, te has obstinado en ser pobre y te aterra la idea de volverte loco.

—Bien, ¿y qué?

—¿Qué?..... que esa obstinacion es tu lo-

cura. Vacilas entre el esplendor de un palacio y los horrores de un manicomio, entre perder tu pobreza ó acabar de perder el juicio. Y tú..... te conozco muy bien, ó te haces rico ó te vuelves loco..... ¿No te decides por ninguna de las dos cosas?..... entonces no te queda más que un recurso, uno solo.

—¿Cuál?

—¿Cuál?..... morirte.

Y como si ésta fuera su última palabra, soltó la mano de su amigo y emprendió la retirada en precipitada fuga.

Miguel lo dejó escapar, como suele el gato dejar escapar al raton que tiene entre sus uñas, sólo por el placer de volver á cogerlo; así es que ántes de que pudiera dar diez pasos, sintió sobre el hombro un peso enorme, volvió la cabeza y se encontró con la cara de Miguel, no triste y pensativa, sino con aquella cara terriblemente risueña y cruelmente burlona con que le jugaba las malas pasadas.

Matusalem tembló al verse cogido de nuevo, y sin poder contener su enojo, exclamó, deteniéndose:

—Vamos á ver..... ¿qué quieres?

—Quiero que me expliques, tú, que todo lo sabes, cómo puede morir un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto.

—De una manera muy sencilla, que me asombra cómo se ha escapado á tu penetración. Se toma un cordel fuerte, fino y suave, se enrosca en círculos iguales, de modo que haga el ménos volúmen posible, y se esconde en el fondo del bolsillo. Hecho esto, coges el sombrero y te diriges á un sitio apartado y solitario, donde encuentres la sombra tranquila de un árbol generoso que te ofrezca sus brazos, trepas á la mayor altura posible, anudas tu cordel á la rama más vigorosa, haces una lazada, cuyo nudo se escurra fácilmente. A tí, que eres capaz de meter la cabeza por una pared maestra, te será sumamente fácil meterla por esa lazada, lo haces así, y sin más preámbulos te lanzas, y como todo está previsto, te quedas suspenso en el aire entre el cielo y la tierra..... Así deben morir los que no tienen sobre qué caerse muertos..... ¿Quieres ser pobre?..... pues bien, ahórcate.

—Reconozco la superioridad de tu talento, y confieso ingenuamente que hoy estás inspirado. No cambiaba por nada en el mundo el placer que experimento al oírte..... Sigue..... sigue.

Matusalem prosiguió de esta manera:

—Es muy posible que conserves el juicio, á pesar de tu pobreza; pero, ¡infeliz! ¿quién ha de creer que eres pobre por tu gusto?..... ¿A quién le vas á meter en la cabeza que prefieres vivir en una bnhardilla, pudiendo vivir en un palacio? ¿Cómo harás creer, desdichado, que vas hecho un Adán, sólo porque no quieres ir hecho un príncipe? No te creeran, y serás un sér ridículo, y si llegan á creerte, serás un loco á los ojos de las personas sensatas que incurran en la locura de creerte.

—Estás terrible, querido Matusalem. Tu lógica me confunde, y te aseguro, viejo abominable, que me siento en este instante inclinado á ser millonario; pero ¿cómo podré serlo?

—Siéndolo.

—No quieres que robe, porque tú eres

un criminal honrado; no quieres que trabaje, porque el trabajo es una felicidad, pero no es una fortuna. ¿Qué quieres, pues, que haga?

—Óyeme..... eres jóven, eres hermoso y no eres tonto; pues bien, tu juventud es oro, tu belleza es oro, tu talento es oro.

—¡Miserable! exclamó Miguel indignado, ¿quieres que venda mi juventud, mi belleza y mi talento?

—No, contestó Matusalem; no quiero que vendas ni tu talento, ni tu hermosura, ni tu juventud..... pero ¿de qué te sirven?..... ¿para qué las quieres?..... son tres fincas que constituyen todo tu patrimonio..... no las vendas, pero alquílalas.

—¿Quieres que me envilezca?

—¿Con que, es vileza hacer útil lo que nos pertenece? ¿Con que, no tienes tú derecho á explotarte á tí mismo? ¡Ah! tú no sabes economía política, eres un ignorante embrutecido. Tu juventud, tu belleza y tu talento son tres capitales; dalos á rédito, cobra el triple interes de esas tres fortunas, y riéte del mundo..... Ea, ¿quieres que yo te administre?

Miguel abrazó estrechamente á su interlocutor, diciéndole con acento lleno de ternura:

—¡Ah Matusalem! siempre te he aborrecido, pero ahora, tú no sabes cuán cariñosamente te detesto.

Matusalem se deslizó como pudo de los brazos de su amigo y le dijo:

—Quita; eres brutal hasta en tus afectos..... Y á pesar de todo, te quiero como quiere el lapidario al diamante en bruto..... Tú, vestido y perfumado, con esos ojos llenos de inocencia, esa sonrisa llena de malicia y esa cabeza llena de inteligencia, *harías furor*, y hacer furor, es hacer dinero..... Se disputarian tus obsequios las damas más encopetadas, elegirías á la más rica y serías el Dios de los salones; pero tú no tienes corazón..... Harías en el mundo un gran efecto.

—Es tarde..... por ahí la fortuna no debe venir á buscarme, porque se encontraría la puerta cerrada.

—Eres terco como un guarda-canton..... pero te rendirías al fin; nadie se resiste á una mujer hermosa que lleva delante cincuenta

mil duros de renta; digo más: con veinte y cinco millones de capital no hay mujer fea en ninguna parte del mundo..... Conozco yo una.....

—Es inútil..... Matusalem..... ya estoy enamorado.

Matusalem soltó la carcajada.

—Lo creo, lo creo, dijo; eso entra perfectamente en el orden insensato de tus ideas..... Un trovador sin camisa, un Otello sin zapatos..... ¡Enamorarse!..... ¿y de quién?..... de alguna mujerzuela digna de tí; porque desde ese gaban ignominioso y bajo ese sombrero depresivo no habrás ido á poner los ojos en ninguna persona decente.

—Estoy enamorado de mi pobreza.

Al lector le parecerán raros estos personajes, y á mí tambien me lo parecen; pero no debo alterarlos, porque así es como han llegado á mi noticia, y yo no hago más que contar lo que sé, de la mejor manera que puedo.

Lo raro de uno y otro carácter consiste en que Miguel no quiere ser rico y en que Matusalem está empeñado en que lo sea:

dos cosas inverosímiles, que el lector se resistirá á creer, pero que no son por eso ménos ciertas; en lo demas son como el resto de los mortales.

La conversacion que acabo de bosquejar se habia entablado muchas veces entre uno y otro, siempre en los mismos términos.

Matusalem huia de Miguel, porque la presencia de éste era para él el anuncio seguro de alguna catástrofe; siempre que se encontraban le sucedia á Matusalem alguna desgracia, y á pesar de esto, y quizá por esto mismo, cuando trascurria mucho tiempo sin que se encontráran, Matusalem sentia cierta inquietud, cierto vacío, como si le faltára algo. Las crueldades de Miguel habian llegado casi á serle necesarias. Por otra parte, le era imposible deshacerse de tan terrible enemigo; era un sér oscuro, desconocido, insignificante, que lo heria en la sombra, miéntras él era una persona conocida, casi popular, en los más elevados círculos de la buena sociedad. Poseia un conjunto de medianías que lo ponian á cubierto de la envidia: era medio rico, medio políti-

co, medio filósofo, medio elegante; era la mitad de todas las cosas.

Era cobarde, pero asistía á los duelos como testigo con admirable serenidad; conocía todos los pormenores de estos lances, ménos el pormenor de ponerse en guardia delante de un enemigo; era un duelista consumado, que no se habia batido nunca.

Sus amores eran tambien medios amores; se contentaba con una mirada, con una sonrisa, con un saludo. ¿Podrian creer que era amado?..... pues ya estaba contento.

Miguel era otra cosa..... quizá todo lo contrario: se habia reclinado, digámoslo así, en su vida y se mecia con la indolencia indiferente del que nada desea; era un artista que se habia obstinado en poetizar la pobreza. Probablemente soñaria mil cosas, pero debia creer que las ilusiones son de vidrio y la realidad de bronce, y no queria acercar la realidad al deseo, temeroso de que el bronce rompiera el vidrio.

Toda su actividad la empleaba en perseguir á Matusalem, y éste se desesperaba más de no poder convencerlo que de verse

perseguido; lo veía como un tesoro que iba á perderse en el abismo; porque, á su modo, también Matusalem era artista, y quería que tan buena alhaja tuviera un soberbio estuche.

Estos dos hombres, puestos frente á frente, habían entablado una lucha encarnizada, en la cual Matusalem llevaba la peor parte, porque siempre caía debajo.

—Es posible, dijo éste, que por no tener, no tengas ningún vicio; pero te equivocas grandemente acerca de tu virtud, porque tampoco tienes ninguna.

—Por lo que hace á los vicios, replicó Miguel, te concedo completa autoridad, y sería una injusticia negarte la competencia; pero en cuanto á las virtudes, ¿qué entiendes tú de eso?

—Mira..... de seguro tienes á tu madre sumergida en todos los horrores de la miseria, después que la infeliz consumió su pequeño patrimonio por darte una carrera, que no has concluido.

Miguel se entristeció, y bajando los ojos, dijo:

—¡ Ah! mi madre.....

Matusalem creyó que acababa de poner el dedo en la llaga; que habia tropezado al fin con el resorte oculto que podia poner en movimiento aquella máquina, entorpecida por la miseria, y cargando la mano, añadió:

—¡ Sí, tu madre!..... ¡la dejas morir de hambre!..... no solamente eres un mal hombre, sino un mal hijo.

Miguel se pasó la mano por la frente, y el otro prosiguió:

—¿ Te avergüenzas al fin?..... ¿comprendes al cabo toda la extension de tu ignominia?..... Con sólo querer, puedes rodearla de comodidades, desde una doncella que la cuide hasta un coche que la pasee. Habla, habla.

—Mi madre, exclamó Miguel, dando un profundo suspiro, murió hace dos años.

—Lo comprendo perfectamente; ¿qué habia de hacer la infeliz viuda más que morir? Se murió por salir de tí.

—Te equivocas..... todavía no ha salido de mí, porque la llevo en mi corazon.

—Mejor sería que la hubieras llevado en

coche, y no habria cerrado los ojos por no verte. Una vez que ha muerto, déjala en paz, y no la lleves ni la traigas debajo de las solapas raidas de ese gaban vergonzoso. Tu miseria no respeta ni el sepulcro.

—Mi ódio, replicó Miguel, arqueando la boca para dar á sus palabras la expresion del desprecio, se convierte en lástima. Debias haber nacido reptil, y has nacido hombre; la naturaleza suele incurrir en monstruosas equivocaciones.

—Muy bien; estoy acostumbrado á tus extravagancias y no me hacen mella; para tí estoy hecho á prueba de bomba; pero tú, sér racional, hombre hecho y derecho, rey de la creacion, ¿de qué vives? ¿cómo vives? ¿por qué vives?

—¿Acaso vivo?

—Entónces, ¿por qué no te mueres?

—He pensado seriamente en ello.

—¿Y qué has sacado en limpio?

—Que debo vivir.

—Será curiosa la razon.

—Muy curiosa.

—Una razon digna de tí. Dila, dila.

—He averiguado.....

—Veamos.

—Que nacer es una locura.

—Cierto; sobre todo nacer pobre.

—Al mismo tiempo he caído en la cuenta.....

—¡Cuenta! ¿qué sabes tú lo que es una cuenta, si no tienes con qué pagarla?

—Digo que al mismo tiempo he caído en la cuenta de que morirse es una tontería.

—¡Demonio! pero para vivir es preciso vivir; y tú, sepultado en ese gaban y cubierto con ese sombrero, eres un cadáver ambulante..... lleno de vida eso sí, pero un cadáver.

—Pues bien; este cadáver, ya que incurrió en la locura de nacer, no caerá en la tontería de morirse.

—Comprendo por qué no te has muerto, y siento en el alma que hayas sacrificado tu descanso eterno á semejantes escrúpulos; pero, ¿cómo vives?

—¿Cómo? ¡Bah! ése es mi secreto.

—Tus amigos huyen de tí porque los

avergüenzas con tus harapos; tienes la insultante dignidad de la miseria; pero, en honor de la verdad, tú nunca nos pides nada. ¡Ah, si nos pidieras, tendríamos el placer de no darte! pero así no encontramos desquite.

—Yo soy rico, exclamó Miguel con orgullo.

—¡Rico!

—Sí.

—De seguro que fundas tu riqueza en alguna teoría absurda.

—No lo creas; en un hecho constante.

—Explícate, si puedes.

—El pobre va siempre detras de un duro, que necesita; el rico, detras de un millon, que le hace falta; los bolsillos del uno y del otro son dos capacidades que nunca se llenan.

—Bien, ¿y qué?

—Nada; que el más rico es el que menos necesita, y el más pobre el que más busca; yo no necesito ni un millon ni un duro; luego.....

—Pero bien; ¿con qué te mantienes?

—¿Con qué? con estas piernas, más fuertes que las tuyas.

—Conozco algunos cuerpos gloriosos como el tuyo; tú vives en los garitos, donde sólo ganan los que no tienen nada que perder. ¡Ah, ah! hueles á *timba*. Para burlarte de la sociedad de la manera que lo haces es preciso que salgas de algun *burlote*. ¡Infeliz! añadió con acento dramático; tú *levantas muertos*.

Miguel hizo un movimiento de cólera tan expresivo, que Matusalem dió un paso atrás; mas debió parecerle sumamente ridículo el miedo de su amigo, porque su cólera estalló en una ruidosa carcajada.

—Iba á cometer la torpeza de enfadarme, dijo; pero eso sería concederte un honor que no mereces; tu lengua de víbora se agita inútilmente contra mí.

En aquel momento entró por el extremo de la calle una elegante berlina, arrastrada impetuosamente por dos soberbios caballos, cuyas bocas, entreabiertas por la presión del freno, humeaban como bocas de horno; la berlina se deslizaba sobre el pavimento como

una pluma, adelantándose hácia los dos amigos, que se contemplaban como dos adversarios que se examinan y se miden un momento ántes de acometerse.

Miguel esperaba el golpe de su contrario con la desdeñosa tranquilidad del tirador que está seguro de pararlo, ó más bien con la calma del que lleva el pecho guarnecido con una coraza impenetrable, y Matusalem buscaba con avidez un punto débil donde clavar el puñal de su lengua.

No debió encontrarlo, porque, encogiéndose de hombros, le dijo :

—Bien; puesto que has perdido todo género de vergüenza, nada tengo que hacer contigo; pero, si queda en tu alma algun resto de pudor, arréglate ese sombrero, horrosamente *apabullado* por tu hazaña; y si te importa poco el desprecio del mundo, no seas, á lo ménos, objeto de la risa de los transeuntes.

Al oír estas palabras, Miguel, por un movimiento irreflexivo, se llevó la mano á la cabeza y se quitó el sombrero, que en efecto se hallaba hundido, doblado casi por la

mitad, de resultas del golpe que media hora ántes habia sufrido contra el paraguas de Matusalem; y metiendo la mano en el hueco de la copa, trató de ponerlo en órden.

En esto llegó la berlina y se detuvo; Matusalem volvió la cabeza y vió aparecer en el vidrio el rostro de una mujer que indudablemente habria sido muy hermosa, y que sin ningun género de duda estaba empeñada en no dejar de serlo; y lanzándose á la portezuela del coche, exclamó:

—¡ Ah, mi querida Marquesa!

La Marquesa bajó el cristal y dejó ver un conjunto de graciosas facciones, finas, correctas, distinguidas, hábilmente realzadas por los primorosos caprichos de su tocado, por un color de nacar tímidamente sonrosado, por unos ojos llenos de dulzura, por una sonrisa llena de vida.

No estaba allí la juventud, pero estaba la belleza, y más que la belleza, la gracia, que es la belleza suprema.

Aquella mujer sacó una mano, cuyos contornos se señalaban al traves de la fina piel

de un guante de niña, y tendiéndola hácia Matusalem, le dijo :

—Amigo mio, lo he visto á V. y he hecho detener el coche para llevármelo; voy de compras, y hoy me es V. indispensable.

—Señora, exclamó Matusalem oprimiendo suavemente la mano de la Marquesa, no deseo más que complacerla.

—Suba V., suba V. Hoy no le suelto; comerémos juntos y hablarémos mucho.

—¡Oh! sí, ya lo creo, ya lo creo, dijo Matusalem abriendo la portezuela y poniendo el pié en el estribo del coche.

Al mismo tiempo miró á Miguel, que permanecía con el sombrero en la mano á dos pasos de la berlina, contemplando á la Marquesa, y le dirigió las siguientes palabras :

—Señor mio, tenga V. paciencia; hay muchos infelices á quienes socorrer, y todos los dias no se puede.....

Y como asustado de lo que acababa de decir, se precipitó en el coche, cerrando detras de sí la portezuela.

— ¡Ah! ¿es un pobre? preguntó la Marquesa.

— O un vago, contestó Matusalem.

— No importa, dijo ella; cuando pide es por que lo necesita.

Y asomando su hermosa cabeza, animada por la sonrisa más dulce del mundo, arrojó á los piés de Miguel una moneda de oro, diciéndole :

— Tome V., pobre jóven.

Al mismo tiempo los caballos partieron al gran trote.

Nuestro hombre, á quien habian puesto pálido y trémulo las últimas palabras de Matusalem, sintió ahora que toda la sangre se le subia á la cabeza, y comprendió, por el calor de sus mejillas, que debia tener el rostro encendido como la grana.

Sin saber lo que hacia, puso el pié sobre la moneda de oro, que delante de él brillaba entre las piedras, y la gente que pasaba se le quedaba mirando con esa impertinencia con que todas las gentes del mundo miran lo que no les importa.

Por los rayos de sus ojos se colegia que

estaba iracundo, en ese momento en que la ira atropella por todo; mas por el color encendido de sus mejillas se veía que estaba avergonzado, en ese momento de vergüenza en que quisiéramos que la tierra se abriera y nos tragára.

Al fin debió tomar una resolución, pues poniéndose el sombrero con tal furia que se le caló hasta las orejas, dobló el cuerpo, cogió la moneda, y apretando los puños, echó á correr detras del coche, murmurando entre dientes:

— ¡Infame, infame!

CAPÍTULO III.

La señora Gertrúdis.

No es cosa resueltamente averiguada si en el órden de las velocidades es mayor la del hombre que corre huyendo ó la del hombre que corre persiguiendo; hay casos que prueban la violencia con que se lanza la ira, y casos que atestiguan la rapidez que adquieren las piernas movidas por la fuerza, á la vez centrípeta y centrífuga, del miedo. Pero debe ser indudable que la velocidad será mayor si corremos movidos por la doble fuerza que impulsa al que huye y al que persigue.

Combinando el poder locomotivo de ambos impulsos, podemos llegar á comprender la rapidez con que Miguel corria, pues iba

impulsado por una y otra fuerza: perseguía al coche en que iban Matusalem y la Marquesa, á la vez que huía de sí mismo.

La actitud amenazadora de sus puños apretados, que se agitaban en el aire como dos aspas de molino, decía..... «Persigue.»

La precipitación tumultuosa y rápida de sus piés, que apénas tocaban el suelo, decía claramente..... «Huye.»

Era, si me es permitido decirlo así, una flecha lanzada á un mismo tiempo por dos arcos; era un hombre que corría como dos hombres.

En Madrid puede correr un caballo sin que nadie se admire ni se asombre; pero un hombre no puede correr sin causar sorpresa, curiosidad, alarma; así es que Miguel produjo con su súbita carrera esas paradas que detienen á la gente en las aceras, porque un hombre corre, porque un perro ladra, porque dos disputan. Madrid es un pueblo siempre en movimiento, y que á la vez parece cansado, porque cualquier cosa lo pára. Madrid es el pueblo de los corrillos, de tal modo, que no hay charlatan que no tenga siempre

á su alrededor un círculo de gente, lo mismo en las plazuelas que en las calles, que en los salones, porque los charlatanes están en todas partes, precisamente porque el vulgo lo llena todo.

Miguel corria llevándose detras las miradas de los transeuntes; pero en calles tan concurridas no se puede correr de ese modo sin tropezar con álguien. La primera víctima atropellada por este hombre desbocado fué un muchacho de esos que pasean por Madrid su ignorancia y su malicia, vendiendo fósforos y periódicos.

Sin saber cómo, el muchacho se le enredó entre las piernas, y fué sacudido, rodando por el suelo; saltó el cajon ambulante de su mercancía, entre una nube de cajas de fósforos y periódicos.

Ya se ve, el muchacho era demasiado listo para no sacar partido de su torpeza, y en cuanto se vió en tierra alzó la voz y puso el grito en el cielo, quedándose tendido como si le fuera imposible levantarse.

Miguel no se detuvo; ántes por el contrario, redobló su carrera, y la gente, indig-

nada contra aquel atropello, comenzó á gritar : « ¡ A ése , á ése ! »

Oyó estas voces en el momento en que, siguiendo la direccion del coche que huia delante de él, doblaba la esquina de la calle del Príncipe. Allí se encontró un nuevo tropiezo, un obstáculo peor que un muchacho, porque era una mujer; digo mal, era una planchadora, que en un azafate de mimbre llevaba hasta una docena de camisas primorosamente planchadas y cuya blancura deslumbraba como deslumbra la blancura de la nieve.

Al choque, saltó el azafate de las manos de la planchadora, y las camisas cayeron sobre el lodo de la calle; la mujer soltó la lengua en términos que no me es dado escribir; y al verse con las manos libres quiso asir al causante de aquella desgracia; pero Miguel llevaba demasiada prisa, y la mujer no pudo cogerlo.

La gente rodeó á esta segunda víctima, que echaba por aquella boca sapos y culebras, y que se convirtieron en rayos y centellas cuando, al recoger las camisas esparra-

madras en el suelo, vió que le faltaba una. Entónces ya no cupo duda; el choque no habia sido casual, sino intencionado; el autor de la catástrofe era un ladron; algunos gritaron: «¡ Al ladron, al ladron!»

Nadie habia visto á Miguel bajarse para coger la camisa; era imposible que la hubiera cogido de otro modo; pero faltaba una, y la opinion pública allí reunida falló en el acto que aquel hombre que corria llevaba la camisa.

Todo esto pasó como un relámpago.

Uno de los circunstantes, que con más compasiva solicitud se habia acercado á la planchadora para ayudarla á recoger las camisas, pareció sumamente indignado, y terciándose la capa, dijo:

— No me ganará por piernas; juro que no ha de ser suya la camisa.

Otro circunstante se echó á reir, diciendo:

— Sí, échale un galgo.

— Ahora lo veremos, replicó el primero.

— Quiá, exclamó el otro.

El hombre indignado, terciándose de nuevo la capa, añadió con ademan resuelto:

—Tan seguro como si la tuviera entre mis manos.

Y sin más, se lanzó por la calle de *Sevilla*, perdiéndose en el callejon de *Gitanos*.

Los curiosos que presenciaban esta rápida escena creyeron que aquel hombre sería amigo ó pariente, amante ó marido de la planchadora, y ella, á su vez, creyó que era un sér generoso, un corazon compasivo, un buen hombre.

Entre tanto Miguel habia ganado la calle de *Cedaceros*, por donde un momento ántes habia entrado la elegante berlina de la bella Marquesa. Reconoció que no podria alcanzarla, en razon á que dos caballos corren más que un hombre; pero continuaba siguiéndola con la esperanza de que se detuviera delante de alguna tienda, pues la Marquesa habia dicho que iba á hacer algunas compras.

Así corrió hasta el extremo opuesto de la calle en que acababa de entrar, y pronto llegó á las esquinas que dan á la hermosa calle de *Alcalá*; pero allí lo esperaba un tercer contratiempo, un nuevo choque, más terrible

que los dos anteriores; pues no se trataba de un muchacho ni de una mujer, sino de un hombre; peor aún, porque se trataba de un aguador.

Cuando se vió encima de aquella especie de acueducto ambulante, apartó rápidamente la cabeza para no chocar de frente con la cuba; pero no pudo evitar el choque con el aguador, que á su vez quiso ladear el cuerpo, con tan mala suerte, que las herradas suelas de sus enormes zapatos se escurrieron sobre las baldosas, como el diamante sobre el cristal, y el pobre hombre se desplomó, cayendo la cuba con estrépito.

Las duelas, hundidas por el golpe, se escaparon de los aros, y el agua, sedienta de aire, salió á borbotones con el mismo ímpetu que sale el pájaro que se escapa de la jaula.

El aguador al caer comprendió que la cuba iba á deshacerse; y considerándose muerto, dando á sus palabras la lentitud inalterable de sus pasos, como si hablára con los piés, exclamó:

—¡Dios me haya perdonado!

Aquí volvió á surgir otro círculo de curiosos, y los primeros que pudieron oír las fúnebres palabras del aguador gritaron:

—¡Lo ha muerto!

Este grito produjo una gran sensación.

«Lo ha muerto» quería decir dos cosas distintas: era á la vez la designación de dos actos contrarios; quería decir: un muerto y un homicida; uno que muere y otro que mata.

Entendida la frase en este doble y natural sentido, los curiosos de segunda fila, que habian visto á un hombre correr hácia la calle de *Alcalá*, comprendieron con esa rara penetración de las muchedumbres que se trataba de un asesinato, y sin más averiguaciones, corrieron algunos detras de Miguel, gritando:

—¡Al asesino, al asesino!

La cosa era grave, y Miguel, que oía los gritos y vió que lo seguían, se penetró inmediatamente de lo peligroso de su situación, y ante aquella voz unánime, que lo acusaba, se creyó culpable, y entónces, abandonando la persecución del coche de la Marquesa, se

resolvió á huir en toda regla. Subió la calle de *Alcalá*, ganó hábilmente terreno hasta llegar al café del Íris, y entró en él sin ser visto de los que le perseguían, corriendo poco, gritando mucho y silbando algo.

El café del Iris es una especie de sótano, un camino subterráneo, que pasa de la calle de *Alcalá* á la carrera de *San Jerónimo*, y que durante el día permanece sumido en profundas tinieblas, hasta que aparece para él el sol del gas.

Meterse en el café del Íris á las doce del día es lo mismo que caer en pozo de dos bocas.

Los mármoles de las mesas, que blanquean fantásticamente en medio de la oscuridad, formando calles que se cortan entre sí, parecen losas sepulcrales, y los *mozos*, más ó ménos viejos, que discurren por entre aquellas sepulturas, con semblantes cadavéricos por efecto de la oscuridad, parecen verdaderamente sombras.

Se podría creer que este lugar de placer, de vida, de animación y de luz durante la noche, se esconde en las entrañas de la tierra al amanecer, como avergonzado de la luz del día.

Estos lugares de disipacion, donde lo ménos que se pierde es el tiempo, donde los dueños del establecimiento desuellan á los concurrentes, y los concurentes desuellan al género humano, son muy alegres de noche y muy tristes de dia; pero si hay algunos *cafés* más brillantes de noche que el *café del Íris*, ninguno es de dia más sombrío, más sepulcral ni más triste.

Miguel entró y anduvo á tientas algunos instantes, empujado de una parte á otra por las duras esquinas de las mesas, que lo despedían como si supieran que no llevaba un cuarto en el bolsillo, porque áun cuando llevaba una moneda de oro fuertemente apretada en el puño de la mano derecha, las mesas no habrían tenido tiempo de enterarse de esa circunstancia.

Una vez escondido en la profundidad de este *café*, sintió necesidad de descanso y se sentó; además no se determinaba á aparecer tan pronto en la carrera de *San Jerónimo*, donde probablemente estaria aún esperando la planchadora la camisa perdida.

La oscuridad y el silencio despiertan por

lo comun en el ánimo los instintos reflexivos, y Miguel, despues de tomar en el *café* las dos ó tres bocanadas de aire necesarias para restablecer el curso ordinario de su respiracion, alterada por la violencia de la carrera, debió lanzar su pensamiento por los espacios imaginarios, atropellando probablemente las reglas pacíficas del sentido comun, que suele incurrir en la imprudencia de salir al paso extraviado de las imaginaciones acaloradas.

Ello es que permaneció algunos instantes inmóvil, como si lo hubiera clavado allí lo agudo de su pensamiento, y Dios sabe e mundo de ideas que, digámoslo así, darian vueltas en su cabeza.

De pronto se pasó la mano por la frente, echándose atras el sombrero, y con ademan desesperado dejó caer la mano desde la altura de la frente, hiriendo con los dedos el redondo borde de mármol que formaba el tablero de la mesa.

Un momento despues vió acercarse un contorno indeciso, medio blanco, medio negro; una forma vaga, fantástica, que se iba precisando conforme se acercaba.

Vió pasar por el mármol de la mesa una especie de nube blanca, que recorrió el tablero en toda su longitud y en toda su latitud, dando vueltas caprichosas, que se extendían, volviendo sobre sí mismas y perdiéndose unas en otras, como los anillos de una serpiente.

Sobre esta especie de nube habia una mano medio cerrada que la sujetaba; de esta mano partia un brazo, y detras del brazo un hombre.

Despues de esta operacion, que Miguel habia visto sin hablar palabra, el hombre abrió la boca, de la cual salió una voz que dijo :

¿Qué pedia V.?

Miguel contestó inmediatamente:

— Nada.

El hombre se fué disipando como un objeto que se aleja, y al fin desapareció en el rincon de un divan, sumergiéndose en la oscuridad, como una piedra que se traga la profundidad del agua.

Miguel, sorprendido por este incidente en el curso de sus reflexiones, debió anudarlas

para seguir el rumbo arrebatado de su pensamiento.

Echó una pierna sobre otra, y luégo echó la otra sobre la una..... se atusó el bigote y se mordió las uñas..... se echó hácia atras como quien huye el cuerpo, y se echó hácia adelante como quien acomete; colocó entrambos codos sobre la mesa, y dejó caer la cabeza sobre ambas manos, teniéndola sujeta por las sienes; irguió de pronto la frente, como un cadáver que resucita, y cruzó las manos sobre el pecho, como hombre muerto.

En fin, se levantó con la ligereza que da á los músculos la energíá de una resolucion tomada, y volvió á caer sobre el divan en que se habia sentado, con toda la pesadez del desaliento.

Debemos suponer que estas fluctuaciones exteriores de sus movimientos respondian á las agitaciones internas de su espíritu, y en tal caso no debemos envidiar la situacion de su ánimo, porque no hay tormento semejante al tormento de la incertidumbre.

Así pasó una hora bien larga, al cabo de

la cual se levantó, echó el ala ondeada de su sombrero sobre sus bien plantadas cejas, escondió las manos en los bolsillos espaciosos y deshabitados de su pobre gaban, y con pasos macilentos salió á la calle por la misma puerta por donde habia entrado. La luz del dia le hizo entornar los ojos al salir del pozo del café, y emprendió su camino hácia la *Puerta del Sol*.

Anduvo por várias calles, dejando unas y tomando otras, cuyos nombres recordaría si los supiera, y llegó despues de tres cuartos de hora de marcha á la puerta de una casa de buena apariencia, que ostentaba cinco pisos, incluso el *entresuelo*, que parecia agobiado por el peso del resto de la casa, y cuyas rejas, encogidas, demostraban que allí sería difícil levantar los brazos, sin tocar con las manos al techo.

Miguel entró, y *tomó la escalera*, que ascendia en anchos escalones y en tramos regulares, dando vueltas sobre sí misma en espiral, bruscamente cortada por el último piso.

Subió á saltos, salvando unas veces dos

escalones, otras veces tres, y alguna vez hasta cuatro, y llegó al último peldaño, que se extendía de una pared á otra formando un pasillo, en el cual se encontraban tres puertas, una á la derecha, otra á la izquierda y otra en el centro, y se dirigió á la segunda en el órden en que las he indicado, y á la última en el órden en que se encontraban.

La puerta no estaba cerrada, y Miguel empujó suavemente y entró en un pasillo bastante estrecho, que empezaba en la cocina y acababa en la sala.

A la sala se dirigió, torciendo á la derecha, y una vez en ella, arrojó violentamente el sombrero sobre una silla, el cual, sorprendido de insinuacion tan brusca, se hundió por dos ó tres partes, como si hubiera querido esconderse dentro de sí mismo, y no pudiendo mantenerse sobre el asiento de la silla, cayó al suelo.

El jóven lo miró con desprecio y le volvió la espalda, comenzando á ir y venir de un ángulo á otro de la habitacion, con la misma inquietud que el pájaro va y viene de un punto á otro buscando salida por los es-

trechos espacios que forman los alambres de la jaula que lo aprisiona.

He llamado sala á esta habitacion, porque en la necesidad de darle un nombre, ése es el que me ha parecido ménos impropio..... No era gabinete, ni comedor, ni dormitorio, ni despacho, ni cuarto de vestirse, á pesar de que allí se hacia todo eso, porque prescindiendo del pasillo y de la cocina, de un cuarto oscuro y de una alcoba, era la única habitacion de la casa.

Sala ó lo que sea, era una pieza cuadrada, que recibia la luz por una ventana que miraba á Oriente, y en las mañanas de sol podia pasar muy bien por una habitacion alegre y risueña.

Al rededor de las paredes, no muy tersas, pero sí muy blancas, se destacaban unas cuantas sillas de Vitoria, entre las que se levantaba sobre cuatro piés que acababan en punta, una mesa de pino pintada de color de chocolate.

En frente de la mesa se veia un armario alto y estrecho como la caja de un reló, tambien de pino, pero sin pintar, que tenía

la costumbre de abrirse siempre que algun coche impetuoso, rodando por la calle, hacía temblar el pavimento.

No habia más muebles en la sala, pero estaban colocados con tal arte, con tal gracia, con tal geometría, con tal orden, que la llenaban toda; pues parecia que en el adorno de aquella pieza no faltaba nada.

La alcoba abria su puerta enfrente de la ventana y dejaba ver una cama que debia ser un catre de lona, cuyos piés verdes y cruzados asomaban por debajo de una cubierta de percal, sobre cuyo fondo amarillo se destacaban en complicados ramos menudas flores de color de violeta.

La cabecera tenía su funda blanca como la nieve, ostentando una *puntilla* estrecha que el exceso del almidon habia hecho inflexible.

Sobre la cabecera, pendiente de un clavo, se destacaba en la blancura de la pared un pequeño Crucifijo con la cruz de madera pintada de color oscuro, y el Cristo de plomo dorado.

Se respiraba allí el perfume de la limpie-

za, y aquellos pobres muebles resplandecían con el brillo del aseo; se había sacado todo el partido posible de aquellas sillas, de aquel armario y de aquella cama, y la habitación parecía bordada como un pañuelo.

Si se me permite combinar el opuesto sentido de dos palabras que probablemente bramarán de verse juntas, diré que se percibía allí en la luz y en el aire, en los detalles y en el conjunto, cierta cosa agradable, que podríamos llamar el bienestar de la miseria.

Mas sea como quiera, lo que por de pronto se ocurría es que por allí debía andar la mano de alguna mujer.

Si ésta era la casa de Miguel, cosa que parece indudable por la natural franqueza con que entró en ella, es evidente que Miguel no vivía solo.

Podía descubrirse en aquel cariñoso esmero la mano de una madre, pero ya sabemos que Miguel no tiene madre; podía ser también obra de la mano solícita de una hermana, pero ahora debemos saber que Miguel no había tenido nunca hermanas.

Si no eran ni una madre ni una hermana, ¿quién podía ser?

Habia ternura en el órden con que todo estaba colocado, coquetería en la limpieza, lujo en los pormenores..... Todos aquellos objetos mudos parecian mirarse unos á otros, prontos á hacer la revelacion de alguna confidencia. Todos parecian decir..... ella, ella, ella.

Pero bien, ¿quién era ella?

¿Debia ser una muchacha fresca y sonrosada, de ojos maliciosos, de hermosos cabellos y de apretados dientes, de esas que flotan en la vida de Madrid, que se enamoran del primero que las enamora, para olvidarlo al dia siguiente ó para no olvidarlo nunca?

¿Sería alguna vecina enamorada la que cuidaba de aquel modo su habitacion, dejándole en cada mueble el misterioso mensaje de un amor oculto?

Nuestra curiosidad nos perderia en vanas conjeturas.

Miguel daba vueltas en su cuarto como un loco, y semejante al jugador que ha per-

dido su última apuesta, se paseaba hablando solo, y decía :

—Ese Matusalem es un infame, y mi venganza será terrible.

Y haciendo un gesto de impaciencia añadía :

—Pero ¿qué me importa á mí ese malvado? Ella..... ella es la que ha encendido en mi rostro el fuego de la vergüenza. A ella es á la que yo necesito humillar..... Yo romperé las prisiones de estos harapos y nos veremos.

Cogió una silla y la colocó de golpe junto á la mesa, y se sentó en ella casi dando la espalda á la puerta de la habitacion; colocó el brazo derecho sobre el tablero de la mesa, y hundió la mejilla en el hueco de la mano.

Tenía la ventana enfrente, al traves de la que veía el cielo siempre que alzaba los ojos; porque el sol habia disipado la niebla, tiñendo el aire de ese azul profundo con que suele brillar el cielo de Madrid en algunos dias de invierno; pero Miguel no podia contemplar aquella luz por mucho tiempo, pues bajaba rápidamente los párpados como si bus-

cára en la tierra lo que no acertaba á encontrar en el cielo.

En el fondo de su alma pasaba algo extraordinario, porque la perspectiva del mundo, semejante á la decoracion de un teatro, se habia transformado á sus ojos; ya no veia del mismo modo.

Matusalem le habia puesto el dedo en la llaga, en la llaga más dolorida que puede tener el corazon humano, en la llaga de su soberbia.

Miguel no era un hombre vanidoso, pero por lo visto era soberbio; y Matusalem, hiiriendo su vanidad, no adelantaba nada, pero inflamando su soberbia, podia conseguirlo todo.

Entre la soberbia y la vanidad hay una diferencia bastante profunda; el vanidoso se contenta con las apariencias de las cosas, miéntras el soberbio necesita la realidad de todas sus ambiciones.

La vanidad es tonta.

La soberbia es loca.

Un rey constitucional, hé ahí un tonto.

Un despóta, hé ahí un loco.

Dice el vanidoso: quisiera.

Dice el soberbio: quiero.

La vanidad es el defecto de las mujeres, y la soberbia el vicio de los hombres.

En el cuadrilongo formado por la puerta que da entrada á la habitacion en que se hallaba Miguel, se proyectó una sombra al principio confusa, pero que al fin se descató sobre el fondo oscuro de la puerta como un retrato en su marco.

Apareció silenciosa como el que espía, y tímida como quien no está seguro del buen efecto que desea producir; así es que se detuvo en el dintel de la puerta, haciendo un gesto que queria decir: «No me ha oído», poniéndose el dedo en los labios para imponerse silencio á sí misma.

Debia ser ella.

¿Ella?

Sí; la dama misteriosa de aquel palacio encantado.

¿Venía sin duda á sorprender el pensamiento del objeto de su cariño, á espiar sus solitarias meditaciones, á recoger sus melancólicos suspiros, á sondear en su tris-

teza los deseos de su corazón, las inquietudes de su alma?

Es posible.

Pero lo cierto es que movió la cabeza de derecha á izquierda, como diciendo: ¡qué hombre!

¿Estaria celosa?

No.

¿Por qué?

Porque se sonreia.

De todos modos, ambos personajes, el uno abismado en sus profundos pensamientos, sumergido, digámoslo así, dentro de sí mismo, y el otro asomando la cabeza por la puerta con curiosidad infantil, ofrecian asunto, no para un idilio ni para un poema, sino para un cuadro de esos que los pintores llaman de género, y que el talento del malogrado Ruiz Perez habia sorprendido en toda la belleza de su secreto.

Él triste; ella casi alegre.

Él con los ojos bajos; ella con los ojos fijos.

Él con la boca contraida; ella con la boca abierta.

Él iluminado por toda la claridad que el mediodía hacia entrar por la ventana.

Ella medio oculta en la sombra de la puerta.

Él sentado; ella de pié.

Él mostrando en la frente, en el punto en que se buscan las dos cejas, ese pliegue perpendicular que dice: aquí se piensa.

Ella alargando el cuello para acercar los ojos con esa curiosidad que se pregunta á sí misma: ¿qué pensará?

Semejante cuadro, lleno de naturalidad y de misterio, nos inspiraría un vivo interes, y delante del lienzo nos preguntariamos: ¿qué ha sucedido aquí? O lo que es lo mismo: ¿qué va á suceder? Y cada cual, segun su imaginacion y su gusto, formaria el drama ó la comedia de aquel cuadro.

Nosotros, ante la realidad de las cosas, no podemos abandonarnos á los caprichos de la imaginacion, y tenemos que seguir hilo á hilo la trama de esta verdadera historia.

Aquella mujer, suspensa dentro del marco de la puerta, era sencillamente la señora Gertrúdis.

Su cabeza, ligeramente inclinada por la actitud observadora en que acabamos de verla, ofrecía un mundo copiosamente poblado de cabellos negros, tumultuosos y crespos, que brillaban como el azabache, heridos por la luz, y que partiendo de la frente en indómitas ondas, iba á reunirse y á esconderse bajo una toca blanca que envolvía el moño como una funda.

No faltaba gracia á tan sencillo tocado, y cuando ménos, la blancura de la toca realizaba lo negro de los cabellos, y éstos á su vez hacían más blancos los pliegues de la toca.

En las nobles montañas de Vizcaya he visto yo algunas veces este gracioso prendido, rodeando la cabeza de las jóvenes como una corona de pureza, como una muestra de sus sencillos pensamientos, y me ha parecido encantador sobre aquellas frentes que ilumina el sol de las montañas y besa el viento de los valles.

La frente de la señora Gertrúdis se adelantaba demasiado sobre los arcos de las cejas, formando desde la raíz del pelo hasta el

nacimiento de la nariz, en vez de la línea recta que la correccion de la belleza exige, una línea curva que le daba el aspecto de una frente hinchada, de una frente que quería salirse de la cabeza.

Las cejas se extendían á derecha é izquierda en dos grandes arcos, espesas, ásperas y juntas como dos matorrales, debajo de los que brillaban, como si quisieran templar la dureza de la frente y de las cejas, dos ojos negros, llenos de viveza, de bondad y hasta de alegría.

Más, preciso es decirlo, el buen efecto de su dulce mirada se destruía por la impertinencia de los pómulos de las mejillas, que se elevaban, rehaciendo en la fisonomía la dureza de la frente y de las cejas, mitigada por la doble bondad de los ojos.

La nariz empezaba bien, pero acababa mal; partía en línea casi recta; mas ántes de llegar al término de su carrera, se detenía como quien pierde el camino, y se levantaba trazando una curva inesperada, de manera que la señora Gertrúdis, vista de perfil desde el principio de la frente hasta la punta de la

nariz, presentaba poco más ó ménos el contorno de una S vuelta del reves.

Antes de llegar á la boca, era forzoso detenerse á reflexionar si aquélla era la cara de un hombre ó la cara de una mujer; porque el labio superior aparecia súbitamente oscurecido por la sombra de un bozo que venía á ser como la esperanza de un soberbio bigote, debajo del que se abria la boca en dos labios gruesos de color sano, más dispuestos para la risa que para los sollozos.

La barba descendia en un movimiento regular, y habria sido una buena barba si por una equivocacion geométrica de la naturaleza no fuera cuadrada en vez de ser redonda.

El resto de la persona era un macizo de huesos, músculos y sangre, donde la robustez atrincherada podia desafiar á todas las enfermedades, casi segura de vencerlas.

Parecia que la naturaleza habia pensado hacer de la señora Gertrúdis un hombre, pero que cambiando de pensamiento á última hora, la habia hecho mujer.

En medio del conjunto de tan duras fac-

ciones, brillaba en todo su semblante una suavidad que inspiraba confianza, y una dulzura que atraía.

Su fealdad resultaba mitigada por un *no sé qué* particular, por un reflejo extraño que hacia olvidar pronto la desaliñada construcción de aquel semblante.

Era morena, bastante morena, como si sus facciones hubieran querido esconderse en la oscuridad.

No era alta, porque sin duda habia dicho : de lo malo, poco.

Tres impresiones sucesivas causaba su presencia, porque al verla por primera vez se exclamaba :

Primero : ¡qué fea!

Despues : ¡qué alegre!

Luégo : ¡qué buena!

Tendria, meses más meses ménos, unos cuarenta y cinco años.

¿Quién era la señora Gertrúdis?

Era un ser solitario que ejercia en aquella casa las delicadas funciones de portera; aquel cuarto 4.º era su habitacion, y hacia dos años que Miguel era su huésped.

Si no parece bastante poético el caso, puede transformarse.

Digamos que era la mano delicada que extendía por la habitación con tierna solicitud el lujo de la limpieza.

La mano cariñosa que cuidaba de aquellos muebles colocándolos con la coquetería de una mujer que quiere agradar sin ser vista.

Digamos que era la hada misteriosa que mullía el único colchón de aquella cama limpia; la tierna amiga que había puesto sobre la cabecera el pequeño Crucifijo de madera y de plomo.

Digamos, en fin, que era *ella..... ella*; esto es, la dama misteriosa de aquel palacio encantado; la que llenaba el aire con los perfumes del aseo, y la vida de Miguel con el bienestar de la miseria.

Ella, la que medio oculta en la sombra de la puerta, parece dispuesta á sorprender los pensamientos del objeto de su cariño, á espiar sus solitarias meditaciones, á recoger sus melancólicos suspiros, á sondear en su tristeza los deseos de su corazón y las inquietudes de su alma.

Ella, que no es jóven ni hermosa, ni siquiera rubia; que no está enamorada ni está celosa; madre que no tiene hijos, hermana que no tiene hermanos.

Miguel permanecía en la postura en que lo dejamos, tan inmóvil que parecía dormido; y la señora Gertrúdis adelantó su ancho pié con bastante sigilo para que la estera, que servia de alfombra no crujiera indiscretamente, sorprendida por la dureza de sus rudos zapatos.

Este paso cauteloso la acercó más á Miguel y pudo observar sus párpados cerrados. Entónces elevó el labio superior con ademán de duda, y acaso quiso decir:

—¡Vaya un sueño!

Poco despues movió la cabeza en señal de incertidumbre, como la persona que no sabe qué partido tomar, y esperó algunos instantes.

La señora Gertrúdis venía, digámoslo así, revestida con un delantal blanco; traía colgada en el brazo derecho una servilleta y con la mano del mismo brazo sujetaba dos platos, sobre los que brillaba un vaso de

cristal, de ese cristal en que todavía quedan algunos resabios del vidrio. Con la mano izquierda empuñaba el largo cuello de una botella oscura, entre negra y verde, cuyo tapon de corcho no entraba con bastante precision, señal evidente de que era un tapon de otra botella.

Junto al vaso y casi saliéndose del plato, se veia un panecillo de corteza dorada por el lento fuego del horno, y asomaba tambien un cubierto de peltre por una de las bocas entreabiertas de los bolsillos que la señora Gertrúdis llevaba en su delantal.

Cargada de este modo é indecisa acerca del partido que debiera tomar, permanecia junto á Miguel esperando que resucitára de su profundo sueño, ó pensando allá en sus adentros cómo lo despertaria sin despertarlo.

La verdad es que Miguel dormia profundamente; habia pasado de la reflexion al sueño, como se pasa de la vida á la muerte, y el sueño debia serle más lisonjero que la realidad, porque se habia disipado la arruga sombría de su frente, y en su boca, cuyos

labios se movían como si hablaran sin voz, dejaba ver una expresión risueña y satisfecha.

Soñaba, pues, cosas agradables.

Esto lo observó la señora Gertrúdis en el momento en que decididamente iba á despertarlo; pero se detuvo temerosa de interrumpir ó disipar la felicidad de aquel sueño.

No obstante, dió otro paso más y se acercó á la mesa y colocó en ella con el mayor tiento los platos, el vaso, el pan, la servilleta, la botella y el cubierto, y cruzando los brazos se quedó contemplando á su huésped con aire tan bondadoso y tan burlon, que Miguel viéndolo no habría sabido qué hacer, si adorarla ó aborrecerla.

Así era la señora Gertrúdis.

CAPÍTULO IV.

Siete heridas, siete cruces y siete hijos.

Era demasiado violenta la posición en que Miguel dormía para que su sueño pudiera ser muy duradero. Con el codo apoyado en una mesa y la cabeza descansando en la mano se duerme, pero se duerme poco. ¿Por qué? porque el brazo se duerme á su vez y se niega á sostener el peso de la cabeza dormida. Pero si dormía mal, soñaba bien, porque á pesar del velo con que el sueño cubre la fisonomía del que duerme, el semblante de Miguel resplandecía como iluminado por la luz interior de una satisfacción completa.

Debia soñar cosas muy agradables, muy risueñas, muy brillantes; debia estar bajo la influencia de una felicidad repentina, acaso

ignorada hasta entónces y quizá nunca soñada.

Si el sueño es la imágen de la muerte, el alma de Miguel, desatada de las realidades de la vida, habia subido al cielo de sus más ardientes deseos. Verdaderamente hubiera sido una crueldad despertarle en aquel momento.

Mas no hay nada eterno en el mundo, y los sueños como las realidades se disipan bien fácilmente.

Miguel hizo un movimiento buscando á su cabeza una posicion más cómoda, y el sueño, interrumpido por la realidad, se escapó de entre sus manos como una mariposa que huye de las manos de un niño.

Abrió los ojos desmesuradamente, y era tal el espanto de su mirada, que la señora Gertrúdis no pudo contener la risa que salia á borbotones de su boca, sonando lo mismo que una carraca.

Miguel hubiera querido confundirla, pero se contentó con dejar caer el puño sobre la mesa, exclamando:

—¡Oh! está visto.

La señora Gertrúdis interpretó inmedia-

tamente el sentido de la exclamacion de su huésped, y replicó :

— Está visto..... vaya si está visto; como que hace una hora de reloj que estoy aquí esperando que su real majestad se despierte y diga si se digna comer.

La silla en que Miguel estaba sentado cayó de espaldas; tal fué la violencia con que se puso en pié su real majestad.

Miéntras la señora Gertrúdis levantaba la silla que habia caído, Miguel dió dos vueltas por la habitacion. De repente se paró delante de la portera, y echando las manos atras, dijo :

— Comer..... comer.....

— ¡Comer! repitió ella con asombro. Ya lo creo; ¡cómo que es preciso vivir!

— Veamos el *menú*, dijo el huésped. Sopa de pan desmenuzada con los dedos, garbanzos cocidos, carne pasada por agua, tocino en caricatura, una patata enorme, medio chorizo, ensalada fresca y un postre seco.

— Y vino de Valdepeñas, añadió apresuradamente la portera señalando la botella.

—Señora, le advirtió Miguel, los vinos no entran en el *menú*.

—No sé lo que es eso; pero sé que el vino entra en la comida.

Pues bien; con vino y todo, no como.

—¿Por qué?

—Por una razón que no tiene vuelta de hoja.

—¿Podemos saberla?

—Sí, amiga mía; porque eso no es comer.

—Toma, toma; hace dos años que todos los días come V. lo mismo, y está hecho un tudesco; más gordo que un toro y más sano que una manzana, y ahora sale con eso.

—No siempre se ven las cosas de la misma manera.

—Pero señor..... los faisanes andan por las nubes; las trufas cuestan un sentido; ya sé yo que se puede comer mejor; pero por seis reales diarios con casa, muebles, cama y ropa limpia, me parece á mí que es vivir como un príncipe.

—Señora Gertrúdis, quiero volar.

—Respiro, exclamó la portera soplando

como un fuelle. Creí que habia V. perdido el estómago, y veo que ha perdido la cabeza.

—V., naturaleza pedestre y vulgar, que todo lo ve al traves del ventanillo de la portería, ignora que el hombre es un águila.

—¡Santo Dios, qué desatino! dijo santi-
guándose.

Miguel prosiguió:

—Un águila que debe sacudir las alas perezosas y tender el vuelo por el espacio, porque el mundo es suyo.

—Suyo..... ¿dice V. que es suyo? pues bien; ¿á que no lo vende?

En cualquiera otra ocasion, Miguel se hubiera reido al oir la salida de la señora Gertrúdis; pero en el momento en que estamos, eran sus ideas demasiado sérias para que le consintieran reirse.

—Suyo, repitió, y el que renuncia á poseerlo es un imbécil.

—Y bien, preguntó la portera, doblando la cabeza casi con gracia sobre el hombro derecho.

—Nada..... contestó Miguel..... que voy á volar.

—¿Y alas? volvió á preguntar aquella ama de huéspedes implacable.

—Alas..... ésa es la cuestion.

—Pues no es floja.

—Icaro las usó de cera, pero los rayos del sol las derritieron y el infeliz cayó de cabeza.

—Entónces.....

—Quiere decir, que Icaro fué un insensato.

—Ajajá.....

—Pero todos no somos Icaros.

—¿Por qué?

—Porque Icaro es un sér fabuloso y yo soy un sér histórico.

—No entiendo una palabra.

—Quiero decir, que Icaro usó alas de cera y yo usaré alas de oro.

—Cada vez le entiendo á V. ménos.

—Cuando digo que quiero volar, lo que digo es que quiero ser rico.

—Ya, eso es otra cosa; hablando se entiende la gente. Ser rico no es cosa mala.

—Es lo único que hay que ser en el mundo.

—Siempre ha hablado V. con desprecio de las riquezas..... Decia V. que el oro era amarillo..... eso, amarillo..... como un envidioso; decia V. una porcion de desatinos. ¿Por qué, pues, ha cambiado V. de disparates?

—Oiga V., dijo Miguel. Hace dos años que un dia pasé por esta calle y vi colgada en la puerta una tablilla que decia: *Se admite un huésped en el cuarto 4.º de la izquierda, con comida, cama, muebles y ropa limpia. La portera dará razon.* Entré y me hizo V. subir ciento veinte y cuatro escalones.

—Ya se ve; los que hay; los que sube todo el mundo que va al último piso.

—Nos convinimos, y aquella noche dormí en este cuarto.

—¿Y á qué viene eso? preguntó la portera con más admiracion que curiosidad.

—Espere V. Yo acababa de perder á mi madre.

—Por eso traia V. un semblante tan triste y no hablaba palabra. Yo decia: alguna desgracia le ha sucedido; y ya se ve; sin poderlo remediar le fuí tomando cariño. Co-

mia V. poco, y la verdad, me daba lástima, y entónces añadí al puchero el medio chorizo, que no habia entrado en el ajuste.

Miguel prosiguió.

—Éramos solos en el mundo mi madre y yo; poseíamos un pequeño patrimonio que yo consumí en mi carrera, pues cursé hasta el último año de leyes; pero no pude licenciarme porque me faltaba la ciencia de unos cuantos pesos-duros, y tuve que resignarme, con todas mis leyes, á sufrir la ley del dinero. Mi madre lloraba que se escurria, y yo me desesperaba; con lo cual, las cosas seguian del mismo modo; esto es, empeorando; hubo un dia en que no comimos más que pan.

Miguel pronunció esas ultimas palabras con forzada sonrisa, como si experimentára una cruel complacencia en recordar aquella angustia de su vida, y la señora Gertrúdis movió tristemente la cabeza y se pasó por los ojos el revés de la mano.

—Desde entónces, dijo Miguel, concebí hácia el dinero un rencor profundo, condeñándolo en el fondo de mi alma al más so-

berano desprecio; pero ya se ve, era preciso comer; era preciso buscarnos la vida, que se nos perdía entre la miseria. Yo no podía consentir que mi madre se muriera de hambre. Todas las puertas se cerraban; mis amigos huían de mí y yo huía de ellos. Pensé venderme, engancharme en el ejército para proporcionarle algunos recursos; pero abandonarla era matarla, y yo veía que su salud se iba quebrantando. Busqué ocupacion en un escritorio; mas yo, que sabía medianamente *las Partidas*, ignoraba por completo la *partida doble*. Me resigné á ser escribiente, pero mi letra es detestable, y ya era tarde para tomar un maestro de primeras letras. Visto que no servía ni para escribiente, me decidí á ser escritor y pretendí una plaza de tijera en la redaccion de un periódico, y tampoco pude conseguirla, no por falta de mérito, sino por sobra de pretendientes. Tenía el director un sobrino que habia perdido cinco años en la universidad, que pasaba las noches en el café, que solía jugar en el casino, que hablaba indistintamente de política; de mozas y de desafíos; que sabía con-

traer deudas, que solía apropiarse dichos y versos ajenos, que había escrito ya en muchos *albums*, y el tío comprendió por tan felices disposiciones, que tenía en el sobrino el embrión de un publicista. Pero el buen señor quiso protegerme, y me propuso si quería ser corrector de pruebas, y admití.

—Bien hecho, exclamó la portera; no sé qué oficio es ése, pero debe ser cosa de corregir, y corregir al que yerra es una obra de misericordia.

—Dos horas de correccion al dia me proporcionaban doce reales diarios, con los que vivimos tres meses mi madre y yo; mas su salud quebrantada empezó á inspirarme serios temores. Al fin cayó en la cama, y desde aquel momento no me separé de su lado; pues me consintieron que hiciera la correccion de las pruebas en mi casa. Yo la cuidé hasta el último momento; algunas veces, oprimiendo mi cabeza con sus manos, me decia: «Hijo mio, eres una hermana de la Caridad.» Una mañana que me pareció más animada y más risueña, me cogió la mano, me atrajo hácia sí y me dió un beso en la

frente y me dijo: «Miguel, quisiera recibir los Santos Sacramentos.» ¡Cómo! repliqué, si está V. mejor. Por eso, hijo mio, me contestó. Tú eres un hombre y tienes el corazón entero como el de tu padre; no debo engañarte; nos vamos á separar pronto, aunque no por mucho tiempo. No he rehusado ninguna medicina del cuerpo; ahora tráeme las medicinas del alma. Todo lo dispuse inmediatamente, y á las cuatro de la tarde habia ya recibido el último sacramento. A las cinco volvió hácia mí el semblante, abrió sus hermosos ojos y me miró con la inmensa serenidad con que los cielos miran á la tierra, y con voz semejante á un soplo me dijo: «Miguel, te quedas solo en el mundo; pero yo velaré por tí; huye de todas las vanidades de la tierra; porque, hijo mio, la felicidad ni se compra ni se alquila.» Se detuvo y ya no habló más palabra.

—¿Habia muerto?..... preguntó la portera.

—Sí, contestó Miguel; habia muerto.

Hubo un paréntesis de silencio, durante el que Miguel dió algunos pasos por la ha-

bitacion, volviendo la espalda á la señora Gertrúdis, miéntras ésta, agitando los labios como si hablára consigo misma, sacó el pañuelo sonándose estrepitosamente. Despues se santiguó y dijo :

—De seguro está en el cielo.

—Yo la amortajé, continuó Miguel. Yo dispuse su pobre entierro y yo solo la acompañé al último asilo. Para cubrir estos pequeños gastos tuve que vender nuestros escasos muebles. Todo lo empleé en eso.

—Dichosa ella, murmuró la señora Gertrúdis.

—Desde entóntes me encuentro solo en el mundo.

—¡Solo!

—Completamente solo.

—V. no sabe lo que se dice, insistió la portera. ¡Solo..... en un mundo que está lleno de gente!

—Yo no tengo padres, yo no tengo hermanos, yo no tengo.....

—V. tiene padres, V. tiene hermanos, replicó la portera con viveza.

—¿Me hace V. el favor de presentarme

á esa parentela desconocida? preguntó Miguel sonriéndose.

—Sí, señor; V. tiene padre, un padre que no falta nunca, porque todos somos hijos de Dios. V. tiene madre, porque la Providencia es la madre de todos los pobres. V. tiene hermanos, porque hermanos todos somos.

—Basta, basta, exclamó Miguel interrumpiéndola; la veo á V. en camino hasta de darme hijos, y francamente, no creo que mi posición es la más á propósito para que me cargue V. de familia.

—Bueno; pero no sería ninguna cosa del otro juéves, puesto que se ha empeñado V. en ser rico.

—Y lo seré, porque es preciso que lo sea.

—Preciso.....

—Sí, señora; preciso, absolutamente preciso.

—¿Por qué?

—Ah..... ¡por qué!..... porque la pobreza es una ignominia. Vea V. cómo se recluye al pobre como á un criminal, cómo se le barre en las calles como una inmundicia. Y

todavía se puede ser pobre en los campos, donde en cada espiga de trigo hay un grano para el hambriento, donde las ramas de los frutales se asoman á los cercados como ofreciendo sus frutos al pobre que pasa por el camino, donde todos los árboles dan sombra, donde nunca faltan veinte palmos de tierra para levantar el palacio de una choza..... Sí, palacio, porque no tiene vecinos; palacio, porque no tiene casero. Pero en estos centros populosos donde hay que comprar hasta el aire que se respira, donde el pobre paga á peso de oro la humedad de los sótanos en que vive ó la intemperie de las boardillas en que alternativamente se abrasa y se hiela; aquí, me he convencido, no se puede ser pobre.

—Vamos, tranquilícese V., porque con paciencia se vive en todas partes.

—Pues bien, á mí se me ha concluido la paciencia.

—¿Y cómo ha sido eso?

—¿Eso?..... Es todo un poema.

—Algunas veces he oído esa palabra y nunca la he entendido.

—Imagínese V. que he recibido el último ultraje, el último insulto, y que al fin se me ha subido la sangre á la cabeza.

—Es decir, que está V. loco.

Miguel dió un paso hácia la portera con aire tan trágico, que ésta retrocedió; le puso la mano sobre el hombro, y acentuando enérgicamente las palabras y ahuecando la voz, le dijo:

—Han gritado detras de mí: «á ése.»

—¿Y qué?

—Despues han gritado: «¡al ladron!»

—¿Pero qué tenemos con eso?

—Y por último, me perseguian gritando: «¡al asesino, al asesino!.....»

—Pues ¿sabe V. que es una gracia?

—Y todo ¿por qué? Porque corria, y corriendo atropellé á un muchacho, á una mujer y á un aguador.

—¡Toma! exclamó la señora Gertrúdis, eso ya es otra cosa. Pero, vamos á ver, usted ¿por qué corria?

—Corria por alcanzar á un coche.

—¡A un coche!.....

—Cabal; á un magnífico coche, á una

soberbia berlina, dentro de la cual iba una señora.....

—¿Esas tenemos?

—Hermosa como una tarde de otoño.

—¡Hola!

—Con los ojos más amables que he visto en mi vida.

—¡Malo!

—Y con un modo de sonreír capaz de desesperar á un santo.

—Y ¿dice V. que era una señora?

—Una marquesa.

—Ya. ¿Usted la conocía?

—Es la primera vez que la he visto.

—¿Y se ha enamorado V. de ella?

—¡Yo!.....

—Pues, un amor de romance.

—Señora, prorumpió Miguel con énfasis: yo tengo el corazón más duro que la piedra; no hay en el mundo mujer que á mí me enamore.

—Por supuesto, la que quiera; la primera que se le ponga en el moño le vuelve á V. tarumba.

—Le doy á V. permiso, replicó Miguel

con profundo convencimiento, para que se burle de mí y me silbe..... Mi bello ideal no existe sobre la tierra.

—Me contentaré, dijo la portera, con tirarle á V. de la levita. A V. lo atrapa cualquiera. ¡Lo que me voy á reir!.....

—Desafío á todas las mujeres, exclamó Miguel con arrogancia.

—A todas las mujeres juntas se puede desafiar; pero Dios lo libre á V. de una que le éntre por el ojo derecho....., porque ha de hacer V. el enamorado más fastidioso que ha nacido de madre.

Miguel! hizo un movimiento de impaciencia.

—Sí, prosiguió la señora Gertrúdis; ya ha corrido V. como un loco detras de un coche porque iba dentro una marquesa.

—Cierto.

—Una marquesa hermosa como una tarde de otoño.

—Sin duda alguna.

—Con los ojos más amables que ha visto V. en su vida.

—Sí señora.

—Y con un modo de sonreír capaz de desesperar á un santo.

—Y vamos á ver, portera infeliz, ¿qué saca V. en limpio de todo eso?

—Saco en limpio que ya no sabe V. lo que se pesca.

Miguel hirió el suelo con violencia.

—Esa furia, añadió la señora Gertrúdis, le vende á V., porque no quiere confesar que la marquesa lo ha flechado....., y ya se ve, marquesa, en coche....., con muchos encajes y mucho boato, y V. á pié, y así tan desaliñado....., es claro.....; pues mire V., de ménos nos hizo Dios, y cada uno es hijo de sus obras. Si V. no es marqués, merece serlo.

Miguel se echó á reír, diciendo:

—¡Yo, enamorado de la marquesa!..... ¡Qué desatino!

—Entónces, preguntó la portera, ¿por qué se le ha metido á V. en la cabeza la manía de ser rico?

—Por ella.

—¿Por qué, volvió á preguntar, ha corrido V. detras de su coche?

—Por ella.

—Y ¿qué quiere decir cristiano?

—Cristiano....., quiere decir que está usted en *babia*.

La señora Gertrúdis se acercó á la mesa, tendió la servilleta, y colocó los platos y el cubierto con todas las reglas del arte, esto es, la cuchara á la derecha, el tenedor á la izquierda y el cuchillo delante; el vaso ocupó su sitio, y junto al vaso puso la botella; el pan tomó posición junto al tenedor y enfrente del vino.

Todo esto lo hizo la señora Gertrúdis cantando á media voz la siguiente copla:

Los enamorados son
Medio tontos, medio locos;
Lo que niegan con la boca
Lo descubren en los ojos.

Miguel dijo:

—Me calumnia V. en prosa y en verso, hablando y cantando. Lo que esa brillante marquesa ha conseguido inspirarme no es amor, es todo lo contrario, es ódio.

La portera se hallaba, sin duda alguna,

en un momento feliz de inspiracion filarmónica, así es que con la misma voz y el mismo tono cantó de nuevo :

Me da risa cuando dicen
Que dices que me aborreces,
Porque entónces digo yo :
Ahora es cuando más me quiere.

—Es V. terca como un guardacanton, y voy á confundirla.

Miguel acompañó estas palabras con un ademan tan resuelto, que la señora Gertrúdis estuvo á punto de tomarlas al pié de la letra, y retrocediendo un paso, dijo :

—Vamos, hable V., hable V.

—Ese maldito coche, que era por cierto una magnífica berlina, se detuvo casualmente delante de mí; del coche salió una mano de mujer asestándome, cuando ménos lo esperaba, un bofeton soberano al mismo tiempo que una preciosa cara aparecia detras de la mano, diciéndome con la mayor dulzura : «Tome V., pobre jóven.» El coche partió, y yo eché á correr detras del coche, ciego de ira.

— Un bofeton..... ¡bah!..... eso es increíble.

— Sí, señora, un bofeton, que cayó á mis piés.

La portera se quedó mirando fijamente á Miguel, porque nunca lo habia oido disparatar de aquel modo, y empezaba á sospechar si aquella hermosa cabeza habria perdido el juicio. Así es que revistiendo su semblante con toda la formalidad posible, replicó:

— Vamos, V. no habla seriamente.

— Y tan seriamente como hablo; mire usted, recogí el bofeton para devolvérse-lo.....: no pude alcanzar el coche y todavía lo traigo en la mano.

— ¡El bofeton en la mano!..... exclamó la portera santiguándose como quien dice: esto es cosa perdida.

— Aquí está, dijo Miguel lanzando sobre la mesa una moneda de oro que saltó como si estuviera viva.

La señora Gertrúdis se hacia cruces mirando alternativamente la moneda que brillaba sobre la mesa y el rostro de Miguel,

pálido y casi desencajado, como si el pobre muchacho tuviera dentro del cuerpo una legión de demonios.

No acertaba á explicarse qué era aquello, no daba con el hilo de aquel enredo, y se devanaba los sesos buscando una explicacion que la librára de la sospecha de que su huésped se habia vuelto loco.

Al fin le preguntó :

— ¿Cómo puede ser bofeton una moneda de oro?

— Los ultrajes, pobre mujer, toman muchas formas, se esconden debajo de muchos disfraces: se insulta con la sonrisa en los labios, se ofende con las lágrimas en los ojos y se ultraja hasta de rodillas. Todo ultraje es un bofeton, y esa moneda infame es el bofeton de una limosna.

— Ya....., ya, exclamó la portera.

— Yo vivia contento con mi pobreza; no la hubiera cambiado por los tesoros de Creso....., pero ese insulto me ha abierto los ojos y me ha encendido la sangre: la pobreza voluntaria es el desprecio á las vanidades del mundo, y hé aquí mi argumento: ¿Es

preciso ser rico para demostrar desprecio á las riquezas? Pues bien; yo ódio el dinero, y seré rico. Necesito oro para arrojar á los piés de esa mujer puñados de oro..... Una limosna, esto es, el último desprecio; pues bien, yo me vengaré con la misma arma. Me han herido con el vil metal, yo heriré con el metal vil; á un bofeton de cinco duros contestaré con una bofetada de cinco millones.

—¿De manera, preguntó la señora Gertrúdis, que para V. una limosna es un insulto?

Miguel la miró con aire estúpido; no entendia la pregunta y su mirada significaba: ¿Qué dice esta mujer?

Así debió comprenderlo la portera, pues insistió diciendo:

—Vea V. un ultraje que todos los pobres recibiríamos con mucho gusto.

Y cogiendo la moneda, que brillaba inmóvil sobre la mesa como una estrella en el horizonte, la examinó atentamente por uno y otro lado, hasta que haciéndola sonar una y otra vez, dijo:

— No es falsa, es oro puro; cinco duros como cinco soles.

Miguel no contestó nada: se paseaba agitado de un extremo á otro de la habitacion, empleando cuatro pasos para ir y cuatro para volver, por la sencilla razon de que no habia más espacio entre las cuatro paredes de la sala.

La señora Gertrúdis colocó la moneda en el fondo del plato, quedándose pensativa.

Reinó por algunos instantes ese silencio que se establece en las ocasiones solemnes y que nadie se atreve á romper. De pronto Miguel se detuvo delante de la mesa y vió la moneda resplandecer sobre la blancura del plato, y volviéndose á la portera, le dijo con imperio:

— Quite V. de ahí eso.

Ella cogió los cinco duros en oro y los puso sobre la mesa.

— Digo, insistió Miguel, que quite usted esa moneda de mi vista.

La señora Gertrúdis abrió el cajon de la mesa, dejó caer en él la moneda de oro y volvió á cerrarlo.

—Hoy, gritó Miguel, se ha propuesto V. no entenderme.

Y abriendo el cajon cogió la moneda y alzó el brazo en ademan de lanzarla por la ventana; pero ántes que pudiera hacerlo, la portera le cogió la mano, diciéndole:

—¿Qué va V. á hacer!.....

—Á arrojar léjos de mí esa moneda, cuya presencia me injuria.

—Mire V. que son cinco duros.

—Para mí no es más que un ultraje.

—¿De manera que V. no la quiere?

—No, contestó Miguel secamente.

—En ese caso.....

—En ese caso, ¿qué?

—Me está ocurriendo una idea.

—Imposible.

—Esa señora marquesa nos las va á pagar todas juntas. Verá V.

—¿Cómo!.....

—¿Oh, cómo!..... Esa es mi idea.

—¿Sería V. capaz de tener una idea?

—Oiga V. Es una picardía eso de que una señorona metida en su coche, á título

de rica, arroje á la cara del primer pobre que encuentre el ultraje de una limosna de cinco duros. Eso no se puede sufrir, clama al cielo y pide venganza. En la boardilla de la casa de al lado vive un militar honrado y pundonoroso, con un alma muy grande y un corazon más grande todavía. Un pobre diablo que no se ha metido nunca en ningun pronunciamiento y que por no querer tomar parte en la última jarana le han puesto el retiro en la mano, y el infeliz está pereciendo. Y sepa V. que le ofrecieron el oro y el moro porque entregára la guardia y diera el grito.....; pero él, sí, primero se dejaría cortar la cabeza que faltar, como él dice, á sus juramentos. Ayer mismo sacó su espada y la puso contra la pared, formando cuesta, alzó el pié y lo dejó caer con toda su fuerza, haciendo que la espada saltára en dos pedados, y los recogió diciendo: «Ántes rota que deshonorada.» Es terrible, y tiene siete heridas, siete cruces y siete hijos. Éste es el hombre que necesitamos para decirle á esa señora marquesa cuántas son cinco.

Miguel, que continuaba paseándose por

la habitacion, se detuvo delante de la portera, preguntándole :

—¿Adónde va V. á parar con toda esa relacion de ciego?

—Voy á parar, contestó la señora Gertrúdis, á la boardilla donde vive nuestro hombre..... Entraré como Pedro por su casa, y al verme me sonreirán las siete caras de los siete hijos, gritando todos : «La señora Gertrúdis, la señora Gertrúdis.» Tomaré en brazos al más pequeño y besaré, uno á uno, hasta el más grande, que tendrá ya nueve años. Despues me sentaré en lo primero que encuentre, y si no encuentro nada en que sentarme, me sentaré en el suelo..... La madre estará, de seguro, en el rio, porque, aunque es fina como una señorita, la infeliz no puede pagar lavandera, y es más limpia que los chorros del agua. El padre estará, como siempre, haciendo jaulas de mimbre, con lo cual saca para pagar al corriente el alquiler de la boardilla, pues con el retiro no tiene más que para pan, cuando lo cobra. Al verme, se sonreirá tambien, porque....., porque es un valiente, que no se deja aco-

bardar por la miseria. Me contará los siete casos de sus siete heridas y me enseñará las siete cintas de sus siete cruces, que.....

Al llegar aquí la señora Gertrúdis, Miguel cogió una silla y se sentó, diciendo:

—Siga V., señora, siga V. Veo que lo ha tomado V. despacio y que va V. á contar hasta los pelos del bigote de ese oficial retirado.

—Ya estamos en el fin, replicó la portera impasible. Así que concluya su relacion le diré: «Traigo una mala noticia.» Y ¿sabe usted lo que hará? encogerse de hombros, como diciendo: «Venga.....» Le digo á usted que es un héroe. Yo seguiré diciendo: «Una señora marquesa, por más señas, que anda por esas calles en un magnífico coche y que debe vivir en un palacio, le ha hecho á V. un grande ultraje, insultando su desgracia.» Al oír esto, se pondrá encendido como la grana, y despues pálido como la muerte..... «Es el caso, añadiré yo, que ha sabido que es V. pobre, y sin más averiguaciones, le arroja á la cara la limosna de estos cinco duros.» Y echaré sobre la pequeña

mesa en que arma sus jaulas la moneda de la marquesa. Entónces será ella.....; se pondrá en pié, me cogerá las manos, mirará al cielo, se atusará el bigote, alzará los brazos y se le arrasarán los ojos de lágrimas..... Querrá saber quién es esa señora..... para verla..... para buscarla..... para..... ¿comprende V.? para vengarse....., y..... asunto concluido.

—¿Pero, cómo? preguntó Miguel.

—¿Cómo? Vaya una pregunta. Como se vengán los corazones nobles, como..... ¡imagínese V.!..... él, tan pundonoroso....., tan valiente....., digo....., ¡pobre marquesa!..... si da con ella....., está fresca.....; ya verá....., ya verá lo que son cinco duros puestos en las manos de un hombre como ése. Será capaz de tirarse por una ventana. Y con razon, porque no se debe insultar así á la desgracia..... ¡Una limosna!..... Vamos, se va á poner furioso.

—Señora, exclamó Miguel, es imposible tomarle á V. sustancia de nada de lo que dice; arma V. tales *galimatías*, que el demonio que la entienda, y tiene V. una manera

de explicarse, que no se sabe cuándo habla usted con formalidad, ó cuándo se burla. ¡Qué! ¿pretende V. dar esos cinco duros á su amigo el de la boardilla? Léveselos usted enhorabuena; pero haga V. cuenta de que se los ha encontrado en la calle..... Á mí no me pertenecen....., yo no tengo sobre ellos derechos ningunos; déselos V., y que se vengue como quiera, que yo me vengaré á mi modo.

—No hablemos más del asunto, replicó la portera.

Y haciendo saltar en su mano la moneda de oro, salió precipitadamente de la habitación, corrió á la puerta y comenzó á bajar la escalera medio alegre y medio triste.

Iba á llevar á una familia infeliz, acosada por una escasez extrema, el consuelo de una limosna caída del cielo, y dejaba en su casa á un pobre muchacho furioso porque una mano desconocida habia querido socorrerlo. No ataba ella bien estos opuestos cabos del corazón humano. ¿Por qué habia de ser en el uno motivo de enojo lo que en el otro sería motivo de júbilo?

Sin salir de esta perplejidad llegó al fin de la escalera, y sin meterse en más averiguaciones, se echó á la calle diciendo:

—Pues señor, ruede la bola.

CAPÍTULO V.

Cien mil duros que se lleva el viento.

Miguel se quedó suspenso un momento; mas debió ocurrirle alguna idea repentina, pues salió de la habitacion y se asomó á la escalera llamando á la señora Gertrúdis, precisamente en el momento en que ésta pisaba la acera de la calle; así es que no pudo oír la voz del huésped, que en vista de la inutilidad de sus gritos volvió á entrar en el cuarto, dejando olvidadamente abierta la puerta que daba á la escalera.

«Mejor, dijo hablando solo; podia haberle devuelto esa moneda injuriosa en una carta concebida, por ejemplo, en estos términos: Señora Marquesa: incluyo á V. los cinco duros adjuntos que ayer dejó caer des-

de la ventanilla de su coche..... etc. Pero eso es ramplon..... mezquino..... insignificante..... La Marquesa hubiera dicho: he ahí un pobre que no quiere serlo. No, es preciso hacer más, algo más, mucho más. Ese infame de Matusalem tiene razon; hay que ser rico. La fortuna es una loca; vamos á ver si podemos hacerla entrar en razon..... El hombre debe saber de todo..... es decir, debe saberlo todo..... ya he visto el mundo al traves de la pobreza, justo es que lo vea al traves de la fortuna. Quiero ver cómo me buscan los que ahora huyen de mí..... Y no ha de ser una fortuna tejida hilo á hilo á la vista de todos, que llevando la cuenta de mis prosperidades, se digan: ya tiene diez, ya tiene veinte, ya tiene cuarenta; no; quiero surgir de repente del fondo de la sociedad, como sale el sol del fondo de los mares..... quiero caer súbitamente sobre ese mundo despreciable y azotarlo con un látigo de oro.....»

La imaginacion de este abogado sin licenciar se acaloraba como el agua del mar revolviéndose sobre sí misma, y con esa facilidad

óptica de los deseos, todo lo iba viendo á su gusto.

No era arquitecto, y sin embargo se dibujaban en su imaginacion las líneas elegantes de un palacio suntuoso, alzado gallardamente detras de un jardin sembrado de árboles que Dios cria, y de estatuas que el hombre labra.

Veia sus magníficos trenes llegar hasta el pié de la alfombrada escalera, sentia en sus salones el murmullo de las conversaciones de las gentes deseosas de verlo y solícitas por agradarle; experimentaba esa viva sensacion que producen en el alma las miradas lisonjeras y las sonrisas halagüeñas. Se contemplaba á sí mismo y se admiraba de su propia gloria, y á falta de otro cortesano se tributaba á sí mismo los honores de su soñada opulencia.

Y la virtud, digámoslo así, acudia tambien á tomar parte en esta apoteósis del hombre regenerado por el poder del oro; los más nobles pensamientos venian á mezclarse en la accion activa de esta ambicion peligrosa.

Una vez rico, una vez poderoso, tenderia

la mano á todas las desgracias; estimularia al genio dormido en las sombras de la pobreza; protegeria al débil contra el fuerte; sacaria al mérito de la oscuridad y del olvido; prestaria al talento los rayos de la gloria del mundo, y sembraria de flores el triste camino que hacen por la tierra los nobles sentimientos.

¡Oh qué perspectiva!

Pensando y pensando, esto es, ahondando, ahondando en su propio pensamiento, descendia hasta el fondo de su ambicion repentina, y ponía los piés sobre la dura realidad de las cosas, como en un punto de apoyo para lanzarse con nuevo ímpetu en los espacios imaginarios de sus súbitos deseos.

«Yo, decia, bajo estos harapos miserables he sufrido con valor el desden de los amigos y el desprecio de las gentes; apénas soy hombre en medio de los hombres..... soy un cero ambulante..... un vacío..... nada..... Esto creia ser á los ojos del mundo..... pero me encuentro un coche, y una mujer opulenta me llama pobre..... corro..... y la multitud grita: «¡A ése, á ése!» Sigo adelante..... y me llaman

ladron..... continúo y braman gritando: «Asesino..... asesino.....» y me veo en la necesidad de huir y de esconderme como un criminal..... yo mismo llego á creerme culpable..... Y es claro, con este gaban..... con ese sombrero..... no se puede ser en la sociedad más que un miserable, un ladron y un asesino.»

No era muy preciso el razonamiento, pero vaya V. á hacerle entender á un hombre acalorado que debe discurrir con todas las reglas de la lógica. Además, él no trataba de convencer á nadie; trataba sólo de convenirse á sí mismo, y por lo visto no necesitaba la fuerza de otras razones. Se sentia humillado, queria erguirse, y se erguia.

Dió várias vueltas por el cuarto agitando su hermosa cabeza como un leon enjaulado, y ya se detenia como el que encuentra lo que busca, ó ya continuaba sus vueltas como el que desecha lo que habia encontrado.

Sabía perfectamente donde queria ir, pero ignoraba el camino, porque buscaba el camino más corto.

Queria llegar inmediatamente, pronto, como un rayo.

Sin poder reprimirse, alzó el brazo y se dió una palmada en la frente.

«Aquí está», dijo.

Y se restregó las manos con la satisfaccion del que da al fin con lo que busca.

«Un capital, exclamó llenándose la boca con la palabra y haciendo sonar las sílabas como las monedas de un bolsillo lleno. Esto es lo que yo necesito..... un capital. ¿Y qué es un capital?..... Es una cantidad que sale en busca de una serie interminable de cantidades; es el grano que produce la espiga, el dinero que atrae al dinero, el oro que se reproduce, la suma que se multiplica..... Capital..... lo más inflexible que hay en el mundo..... Capital..... lo que más fácilmente se dobla en las manos del hombre. Tener un capital es tener el hilo del ovillo..... Necesito, pues, un capital.»

Como se ve, su pensamiento, fundiéndose en el calor de su deseo, iba tomando una forma positiva. Por costumbre, metió maquinalmente las manos en los bolsillos del gaban, y sus dedos recorrieron aquellas oscuras soledades, sin encontrar en ellas nada.

Parecia que las manos seguian los movimientos de su imaginacion con igual fortuna, pues sus ideas se perdian del mismo modo que sus dedos, sin encontrar el rayo de oro que habia de anunciar la aurora de su opulencia.

Debió sentir un profundo desaliento, una sensacion semejante á la que experimenta el hombre que al poner el pié sobre un puente conoce que el terreno huye debajo de sus piés dejándolo en el aire..... sensacion angustiosa producida por la sangre que se agolpa al corazon huyendo del peligro.

«Nada..... dijo..... y de nada no se puede hacer nada.....»; y recordando á Arquímedes, se paseaba gritando: «Venga un punto de apoyo y una palanca, y levantaré el mundo.»

Poco á poco se fueron iluminando sus ojos, esparciendo en su semblante los reflejos de una idea feliz..... y golpeándose de nuevo la frente, se sonrió con desprecio diciéndose á sí mismo:

«Soy un imbécil.»

Despues, saltando como un niño que sale de la escuela, comenzó á gritar:

«*Eureka..... eureka.....!*»

Su idea debía ser profundamente sábia, puesto que tuvo que expresarse en griego para mayor claridad, y debió surgir en su entendimiento como un cadáver que sale del sepulcro; pues para expresar su triunfo tuvo que valerse de una lengua muerta.

Hé aquí cómo habia llegado á la cuadratura del círculo de su fortuna.

«De nada, no se puede hacer nada..... Luego es preciso tener algo..... Deber es poseer lo que no se tiene..... yo debo, equivale á decir yo tengo..... Ésta es la teoría..... éste es el rayo luminoso de la ciencia que está deramando por el mundo todos los esplendores del oro..... ¡una deuda! hé aquí mi capital..... tomo prestado..... y asunto concluido.»

Fué á saltar de nuevo, pero se detuvo como si repentinamente se hubiera abierto á sus piés un abismo.

«Demonio, exclamó rascándose la cabeza..... para contraer una deuda se necesita crédito..... El crédito es la confianza; ¿y qué confianza puedo yo inspirar con este gaban y con ese sombrero? Si yo pudiera rodearme de una opulencia aparente..... Si combino bien

los términos de una especulación fabulosa..... ¡bah! encontraré dinero; sí, porque encontraré socios..... Calla..... calla..... se dijo á sí mismo, imponiéndose silencio para oirse mejor..... ¡Una sociedad.....! ¡una sociedad de crédito.....! ¡una sociedad anónima.....!»

De nuevo se vió detenido en la carrera triunfal de su victorioso pensamiento..... El primer paso le costaba un trabajo inmenso, y llegaba al fin sin haber podido pasar de las dificultades del principio..... veía el cielo sin poder levantar los piés de la tierra.

«¿Cómo, se preguntó, rompo yo el hielo de esta pobreza? ¿Cómo sacudo el polvo de la miseria? ¿Cómo me rodeo de los resplandores de la loca fortuna en medio de las oscuridades de la desgracia ciega?..... ¡Chist!..... añadió, poniéndose el dedo en la boca..... Áun hay patria, Veremundo.»

Y acercándose de puntillas al armario y abriéndolo suavemente para que no rechinaran los mal seguros goznes, sacó una caja de madera y la colocó sobre la mesa..... Levantó la tapadera, que se resistió cuanto pudo, hasta que cediendo á la obstinada presión de

los dedos, saltó, dejando ver en el fondo de la caja un estuche de figura ovalada revestido de terciopelo verde.....

Volvió la caja del revés como el que vacía un vaso, y el estuche quedó sobre la palma de su mano izquierda.

Estaba pálido y tembloroso.

Oprimió un pequeño boton medio oculto en el espesor del terciopelo, y el estuche se abrió en toda su longitud, llenando el aire de reflejos que se disipaban y se reproducían, según el movimiento de la mano.

El estuche contenía un medallón de oro, ceñido por un cordón de diamantes, y en el centro aparecía una preciosa miniatura.

Era el retrato de una mujer sumamente bella, de tez resplandeciente como el nácar y de cabellos rubios como el oro.

Miguel contempló aquella imagen que parecía clavar en él sus dulces ojos..... Contó uno á uno los pequeños diamantes que la circuían, y suspendió el medallón en la palma de la mano, haciéndolo saltar discretamente sobre ella, como se hace para calcular el peso de una moneda.

Era el retrato de su madre..... La pobre mujer lo habia conservado con maternal empeño, porque no queria morirse sin dejarle á su hijo aquel dulce recuerdo de su cariño, y aquella memoria de sus prosperidades.

Miguel dijo :

«Por este medallon, sin el retrato, podrán darme tres mil reales. Despues yo le haré al retrato un medallon que valga diez veces más.»

Cerró el estuche, lo colocó cuidadosamente dentro de la caja y puso la caja dentro del armario..... despues se enjugó la frente con la palma de la mano, porque sudaba como si hubiera hecho un esfuerzo supremo, y anudó el hilo de sus reflexiones diciendo :

«Tres mil reales..... poco es..... muy poco..... pero al fin, con tres mil reales se puede brillar unos dias; el tiempo necesario para plantear la sociedad..... Sí, el director del periódico donde yo corrijo pruebas es un gran elemento, se hombrea con los más altos personajes..... tiene en su cartera muchos secretos y en su mano muchas reputaciones.... Lo pon-

drémos al frente del negocio. Dos generales son indispensables, y si son de los que se han sublevado más veces, mejor; su influencia será más poderosa..... Un par de banqueros es preciso que presten su nombre; uno que haya sido ministro es de suma necesidad..... algun diputado revoltoso y el director de nuestro periódico, hé abí el núcleo..... No se necesita más para que el dinero acuda á nuestras arcas..... ¿Quién se atreve con dos generales que pueden poner en el momento más inesperado cuatro regimientos en la calle? ¿Quién se atreve con dos banqueros que pueden comprometer el crédito del Estado haciendo bajar la Bolsa en el dia crítico de algun empréstito? ¿Quién se atreve con un hombre que habiendo sido ministro tiene á su disposicion todo el personal desocupado de una administracion cesante? ¿Quién se atreve con un diputado de voz atronadora, bramador público, maton por más señas, capaz de encender el fuego de una tempestad en el dia más sereno? ¿Quién se atreve, en fin, con un periódico, eco de la opinion, órgano de todos los intereses, que lleva por título *El*

Oriente, esto es, que no mira más que al sol que sale?»

A Miguel debieron parecerle sus observaciones completamente exactas, pues dió el caso por resuelto, y siguió adelante de esta manera :

«Nuestra sociedad debe tener un fin humanitario y filantrópico; debese la protectora inmediata de la agricultura y de la industria; su propósito será acabar con la usura que arruina á los labradores y consume á los industriales, extendiendo sus operaciones á todo género de negocios.»

Aquello era coser y cantar..... una vez puesta su imaginacion en el camino de hierro de las especulaciones, no corria, volaba; su cabeza era un manantial inagotable de dinero, que se derramaba majestuosamente á la sombra de todas las prosperidades. Mil ejemplos acudian á su memoria, atestiguándole la realidad de sus cálculos. ¡Cuánta sociedad próspera! ¡cuánta empresa afortunada! ¡cuántos negocios felices!..... ¡cuántos hombres súbitamente millonarios!..... Matusalem..... el infame Matusalem tenía razon..... todo era oro.

Su pensamiento quiso sin duda verse frente á frente, porque el pobre Miguel, si ya es permitido calificarlo de ese modo, metió la mano por debajo de la solapa del gabán, como si hubiera ido á consultar los latidos de su corazón, y sacó una cartera bastante usada, tomó el lapicero, y arrancando una hoja, se acercó á la ventana, que estaba abierta de par en par, y sobre el antepecho se puso á trazar en el papel las líneas principales de sus cálculos.

Los números nacían debajo del lápiz como las estrellas debajo del cielo, y las cantidades crecían sobre el papel como las espumas sobre el agua.

Las cantidades se desarrollaban impulsadas por el vigor de una aritmética creadora, formando sumas que á su vez iban á colocarse unas debajo de otras, como regimientos que marchan por compañías.

Esta columna, semejante á un río, se detuvo al fin cortada por la rigidez de una raya, que poniendo término á aquella invasión de números, se tendió como quien dice: «basta, basta.»

Mas los números se empujaban unos á otros, y confundiéndose entre sí con orden admirable, embebiéndose los primeros en los segundos, los segundos en los terceros y así sucesivamente, saltaron por encima de la raya formando una sola cantidad; era la suma total de las ganancias de un año realizadas por la sociedad; era la suma en bruto próximamente calculada.

Esta suma sufrió varias restas, pasando últimamente por el tormento de una division.

El cociente arrojaba en números redondos la cantidad de 2.000.000 de reales, ó lo que es lo mismo, cien mil duros uno sobre otro.

«Ésta es mi parte», exclamó Miguel contemplando aquel rio de oro.

Y dejando el papel sobre el alféizar de la ventana, y colocando los codos en disposicion de poder dejar caer la cabeza entre las manos, comenzó á repasar una por una toda la serie de sus operaciones.

«Perfectamente, dijo al fin..... no me he equivocado ni una vez siquiera..... esto

es de buen agüero..... ¡Cien mil duros en un año!.....» y añadió con gesto de disgusto..... «¡Un año, un año! ¡cuánto tiempo!»

La puerta que daba á la escalera permanecía abierta lo bastante para que el aire, entrometido de suyo, pudiera entrar cómodamente, dar una vuelta por la sala y salirse apresuradamente por la ventana.

En una de estas entradas y salidas cogió por debajo el papel que contenía los cien mil duros, lo suspendió como á una pluma, le hizo dar vueltas como si fuera una campana, y se lo llevó como si tal cosa.

Por pronto que acudieron las manos de Miguel á detener el vuelo de su fortuna fugitiva, fué inútil, y chocaron entre sí dando una palmada, mientras el papel volaba como un pájaro sobre el tejado de la casa de enfrente.

Imaginémonos un niño, al cual se le escapa de entre los dedos la brillante mariposa que acaba de coger, y tendremos una idea del gesto, de la actitud, de la mirada de nuestro pobre millonario.

Con el pecho inclinado sobre el pasama-

no de la ventana..... con los brazos tendidos, la boca entreabierta y los ojos casi á punto de salirse de las órbitas, ofrecia el aspecto más cómico y más dramático del mundo.

Una carcajada repentina, que anunciaba un timbre de voz puro y sonoro, lo sacó de aquel estado, sonando en sus oídos en el momento en que el papel daba tranquilamente vueltas sobre el abismo de la calle.

Bajó los brazos, y volviendo la mirada hácia la izquierda, tropezaron sus ojos con una ventana que venía á estar enfrente de la suya, y en el instante mismo se transformó su semblante, pasando de la ira á la admiración; parecia poseido por un encanto repentino..... brillaban sus ojos con una luz suave, y se movian sus pupilas con ese movimiento imperceptible con que los ojos quieren abarcar en una sola mirada todos los pormenores del conjunto que contemplan.

Podria creerse que muchos puntos luminosos á la vez se disputaban la atención de su mirada absorta.

Su fisonomía, que habia tomado la rigidez

del cálculo y la inflexibilidad de los guarismos, se dilató como una flor que se abre, y sus mejillas, pálidas como el oro en que tanto pensaba dos horas hacia, se tiñeron de un vivo sonrosado, de la misma manera que hubieran podido teñirse las mejillas de una colegiala al ver por primera vez á un guapo mozo.

La boca no podía permanecer indiferente á esta súbita expresion del semblante, y dibujó en sus labios una sonrisa tan tímida, que hubiera podido tomarse por la primera sonrisa de un niño.

Todo lo que habia de atrevido, de desdeñoso y de burlon en el semblante de Miguel desapareció del mismo modo que los reflejos de la aurora disipan los fantasmas que crean las sombras de la noche; aquel vaso de agua amarga aparecia repentinamente dulcificado por una gota de miel.

Por un movimiento quizá puramente mecánico, irreflexivo, instintivo, llevó las manos á su cabeza, y hundiendo los dedos en las ondas de sus cabellos, los echó atras, descubriendo una frente llena de inteligencia, y

presentando el contorno de una cabeza graciosa y enérgicamente modelada.

¿Qué veía?..... ó mejor dicho, ¿qué miraba?

La ventana de un cuarto piso, aunque sea del cuarto piso de un palacio, no es bastante por sí sola para transformar de la manera que hemos visto la fisonomía de un hombre que acababa de perder de una mano á otra la friolera de dos millones en papel.

Mas, ¿qué puede haber en una ventana de un cuarto piso, capaz de producir transformacion tan súbita?

¿Qué pueden ver los ojos de un hombre deslumbrados por el esplendor de la fortuna, para dejarse arrastrar tan fácilmente fuera del centro luminoso de sus más impacientes deseos?

El objeto que atraía su mirada, despertaba su admiracion y embargaba su espíritu, debia tener una fuerza de atraccion irresistible; debia ser una cosa extraordinaria, nunca vista, nunca soñada; una cosa, en fin, del otro mundo.

¿Sería una aparicion?

Su madre, que al morir le habia dicho: «Yo velaré por tí», ¿se le habria aparecido para consolarlo con una tierna mirada ó con una dulce sonrisa de la pérdida de los cien mil duros?

Ello es que permanecia absorto, con los ojos clavados en aquella ventana con el afán con que un ciego de nacimiento que recobrara la vista de repente miraria por primera vez al cielo.

Aquello debia ser el efecto de una primera impresion sentida de golpe, con toda la fuerza de las primeras impresiones.

Algo nuevo, desconocido, y por consiguiente inesperado, habia sorprendido el camino de su alma, llegando hasta el fondo de su corazon.

¿Qué habia en aquella ventana?

En aquella ventana estaba el cielo, la tierra, la vida, la fortuna, la gloria..... todo.

En aquella ventana habia una mujer..... no, no, una niña; más aún, las dos cosas..... Era el resplandor indeciso y último de la inocencia, que brilla en el rostro humano en el momento en que pasamos de la adoles-

cencia á la juventud y que parece decir: todavía no. Era el día, un hermoso día de primavera, adornado con todo el lujo de la naturaleza, en el cual el sol se levanta sobre el horizonte, medio oculto todavía en el casto velo de la aurora.

Era *ella*.

Ella, la mujer que se nos mete en el alma y se apodera de nuestro sér sin saber cómo, y se hace dueña de nuestros pensamientos de pronto ó poco á poco, asociándose á todos los actos de nuestra vida.

Ella es una imágen que por el desconocido procedimiento de misteriosa fotografía se estampa en el fondo del corazón para no borrarse nunca, cuando hay en el fondo del corazón el gérmen divino de los grandes sentimientos.

Ella es esa mujer que conocemos ántes de verla, que se nos aparece bajo mil formas caprichosas, cuyos ojos vemos, ya en una, ya en otra; cuyas sonrisas creemos ver en ésta ó en aquélla; cuya voz, que no hemos oído nunca, suena continuamente en nuestros oídos.

Ella es la realizacion de nuestros sueños, la forma precisa de nuestros deseos..... la personificacion de nuestras esperanzas.

Raro es el hombre que al pasar de la infancia á la juventud no lleva en algun rincon de su pensamiento la imágen impalpable de alguna mujer desconocida.

Si es artista, será la imágen de una mujer espléndidamente bella.

Si es codicioso, será la imágen de una mujer espléndidamente rica.

Si es poeta, será la imágen de una mujer espléndidamente apasionada.

Cuando encuentra el original de tan misterioso retrato, el hombre exclama: «Ésta es..... es *ella*.»

Miguel no acertaba á separar los ojos de la ventana, y examinaba una por una todas las perfecciones que la naturaleza se habia complacido en reunir en aquel gracioso semblante; porque, ya lo he dicho, en la ventana en que el *corrector de pruebas* tenía fijos los ojos, habia una mujer movible y risueña como una niña.

Envolvian su cabeza magníficas ondas de

rubios cabellos, que brillaban según el caprichoso movimiento de los rizos, con la claridad del raso y la profundidad del terciopelo; descendía la frente en línea recta, sobre la cual se destacaban dos cejas finas ligeramente arqueadas, debajo de las que se abrían dos ojos de un azul oscuro, brillando al través de hermosas pestañas.

Aquel azul húmedo y resplandeciente asomaba bajo la extensa sombra de los párpados, como el azul del cielo al través de las nubes rasgadas.

La nariz, de una corrección admirable, daba á su rostro una severidad encantadora, su boca seria ó risueña presentaba las líneas más puras con que el arte ha sabido contornear la boca de una mujer, y en sus labios inquietos aparecían á la vez la franca sonrisa de la alegría y el color sonrosado de la salud.

El rostro, suavemente ovalado, terminaba en una barba hecha expresamente para aquel rostro, de una blancura suprema, y las mejillas resultaban redondas, teñidas de esa transparencia purpúrea que se ve en los tornasoles del nácar.

La garganta, fina y flexible, se alzaba gallardamente sobre dos hombros de Vénus, y Miguel distinguía perfectamente en los extremos de los brazos dos manos de reina, es decir, dos manos rigurosamente aristocráticas.....

No era un tipo griego, ni un tipo hebreo, ni un tipo árabe, porque no era un tipo, sino un modelo; su belleza no quería decir: así deben ser las rubias, ni así deben ser las morenas, ni así deben ser las mujeres de África, ni así deben ser las mujeres de Asia, ni así deben ser las mujeres de América, ni así deben ser las mujeres de Europa..... decía pura y simplemente: así debe ser la mujer.

Si Eva no salió así de las manos del divino Hacedor, ignoro cómo pudo haber salido.

Esta bella criatura había seguido con la doble curiosidad de la mujer y de la niña los movimientos con que Miguel trazaba sobre la hoja arrancada de su cartera los abundantes números de su futura prosperidad; hubiera querido ver con sus hermosos ojos qué

escribía aquel jóven meditabundo y abstraído, apoyado sobre el pasamano de la ventana, y quizá pensó que escribía versos, imaginándose que sería un poeta, porque ella debía tener por cosa averiguada que los poetas habían de ser pobres y habían de tener la cabeza poco más ó ménos como la cabeza de aquel jóven pensativo; y si pensó esto, debió pensar que serían unos hermosos versos.

Y claro está..... no atreviéndose á mirar frente á frente, miraba á hurtadillas, con tan atento oído, que algunas veces que Miguel movía los labios sumando ó restando, ella creía percibir el ruido armonioso de los consonantes.

Cuando el aire, llevándose de un soplo los cien mil duros que Miguel acababa de amontonar, dejó á éste en la cómica actitud en que ántes lo hemos visto, ella no pudo contenerse y soltó la carcajada.

Entónces el *corrector de pruebas* la vió, comprendiendo al punto que aquella prueba de la humana belleza no tenía nada que corregir.

No faltaba en ella ni punto ni coma..... y debió decirse, olvidando sus millones por un momento : ¡ Preciosa vecina !.....

La vecina parece que entendió estas palabras apenas pronunciadas, pues bajó los ojos y se puso encarnada como una amapola.

Dos veces quiso levantar la vista, y dos veces se encontró con los ojos de Miguel..... Hubiera abandonado la ventana..... pero..... ¿por qué?..... ¿acaso era la primera vez que la miraba un hombre?..... No sabiendo qué hacer, hizo todo lo que hace una muchacha de quince años cuando la mira un hombre que no le es desagradable; cosas que las mujeres hacen muchas veces sin darse cuenta de ellas.

Debia tener una aguja en la mano, pues comenzó á mover el brazo derecho, como si trazára rayas, círculos y cuadrados sobre el alféizar de la ventana, y de vez en cuando soplabá para despejar sus dibujos oscurecidos por el polvo que la punta de la aguja debia levantar al correr sobre el yeso de la pared.

¡Dios sabe las figuras que trazaria su mano indiferente!

Despues tosió tímidamente, como se tose cuando duerme álguien, á quien no queremos despertar.

Luégo puso el codo sobre el quicio de la ventana, y colocó la mejilla sobre el hueco de la mano, dejando competir la blancura de la mano con la blancura del rostro, lo sonrosado de sus dedos con el sonrosado de sus mejillas, el nácar de sus uñas con el nácar de su tez.

Así permaneció algunos momentos balanceándose, como si sus piés inquietos martirizarán algun objeto que tuvieran debajo.

Por último, sacó del bolsillo de su bata de percal de color de violeta un pañuelo blanco, que á Miguel le pareció finísimo, y comenzó á hacer y á deshacer nudos, tomando el pañuelo entre sus dedos las formas más caprichosas.

Salían de él lazos de diversas hechuras, que ella contemplaba un instante, satisfecha de su obra..... Hizo tambien del pañuelo un muñeco con sus brazos largos y sus largas

piernas, y de cuya cabeza, formada por un nudo, salía una punta que flotaba como una llama.

Esta vez se sonrió contemplando su obra, y Miguel descubrió detras del carmin de sus labios, dos filas de dientes menudos, blancos y apretados.

En un abrir y cerrar de ojos deshizo el muñeco, volviendo el pañuelo al sér natural de sus cuatro líneas y de sus cuatro puntas; lo dobló de un extremo á otro, formando lo que las mujeres llaman medio pañuelo, y los geómetras un triángulo.

El lienzo obedecía todas las indicaciones de sus dedos con docilidad pasmosa.

Cogió el pañuelo por las dos puntas dobladas, y alzando los brazos, que dejaron ver el gentil contorno de su talla, lo echó sobre su cabeza, anudando las dos puntas debajo de la barba, donde apénas llegaban, destacando el perfil más gracioso que puede imaginarse.

La blancura del pañuelo, debajo del cual se escapaban los rizos de su cabeza, hacia más brillante el oro aterciopelado de los cabellos

y realzaba el puro sonrosado de sus mejillas.

Semejante tocado hubiera hecho fea á cualquiera mujer ménos bella, pero el secreto de las mujeres verdaderamente hermosas consiste en que todo las embellece, ó más bien, en que lo embellecen todo.

Era un capricho de niña, que aumentaba poderosamente los encantos de la mujer..... sus facciones se destacaban con más pureza, con más inocencia y con más malicia; su boca parecia más expresiva y sus ojos tomaron, si es posible, más espacio, marcándose más la rasgada extension de los párpados.

El presunto millonario no pestañeaba, recogia todos los detalles de aquel bello conjunto con la avidez de una admiracion irresistible, y podia hacerlo, porque la preciosa vecina miraba á todas partes ménos á la ventana en que permanecia absorto el huésped de la señora Gertrúdis.

Detras de aquel semblante tan correcto y tan gracioso, tan reflexivo y tan alegre, se imaginaba que habia de residir un alma superior, tierna y enérgica, y buscaba una mirada, en la cual pudiera ver un destello del

ángel que debía ocultarse dentro de aquel cuerpo de mujer.

No es posible que la vecina adivinára estos pensamientos sin poseer la facultad de una penetracion imposible..... pero es el caso que alzó los ojos y los clavó en el cielo, iluminado á la sazón por el sol que empezaba á ponerse, y Miguel vió en ellos un rayo inefable de ingenuidad y de esperanza.

Al bajar los ojos despues de un momento de contemplacion, vino á fijarlos indiférentemente en la ventana de que Miguel no acertaba á separarse, y al verlo, los bajó lentamente, inclinando la cabeza, y sin más ceremonia desapareció del marco de la ventana como una aparicion que se disipa.

Aun la veia Miguel y hacia tres minutos que ya no estaba, y es que se le habia quedado en los ojos, y claro está, no podia mirar sin verla.

En esto, el papel que habia caido en el tejado de enfrente, se levantó nuevamente impulsado por una bocanada de aire, y empezó á volar, dando vueltas sobre sí mismo, como un pájaro sin piés ni cabeza.

Miguel se volvió por no verlo, pero al volverse retrocedió asustado..... Se puso pálido..... y dijo entre dientes:

—¡Qué demonio de mujer!

Era la señora Gertrúdis, que estaba detras de él, y que al volverse lo miró sonriendo con la bondad más cruel del mundo.

—Ea, dijo la portera, no hay que asustarse..... soy yo, que no me meto en lo que no me importa.

—Me parece á mí, replicó el huésped, que ántes de entrar en una habitacion donde hay álguien, se pide permiso.

—Permiso..... ¿y qué culpa tengo yo de que V. esté en babia? ¿le parece á V. que he hecho poco ruido al entrar por esa puerta?..... Además, ¿estaba V. haciendo alguna cosa mala?

—En fin, señora, exclamó Miguel, ¿hace mucho tiempo que está V. ahí?

—Acababa de entrar cuando V. ha vuelto la cabeza; le digo á V. que no he visto nada.

El huésped se mordió los labios, y la portera añadió:

—Créame V.; áun no puedo respirar de haber subido la escalera á escape.

Y en efecto, respiraba precipitadamente, como si le faltára aire al mismo tiempo que le sobraba, lo cual no le impidió el uso de la palabra, pues continuó diciendo:

—No sé lo que habrá V. hecho en todo este tiempo, pero se ha perdido V. una escena capaz de enternecer á las piedras. El Sr. Martin, con su cara de vinagre, y sus tremendos bigotes, y sus siete heridas, y sus siete cruces, y sus siete hijos, ha llorado como un chiquillo..... ¡Qué cuadro!..... Los pequeños, al ver llorar á su padre, se deshacian en pucheros..... Vamos, era un paso de risa que hacia saltar las lágrimas..... ¡Cuántas bendiciones..... cuántos sollozos..... cuántos suspiros!..... La señora Marquesa ya está fresca..... no sabe ella lo que ha hecho con tirar cinco duros á la calle.....

Miguel la interrumpió diciendo:

—Basta..... basta.

La portera tenía las lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios, y su huésped no se atrevia á mirarla por no verla sonreirse;

peró ella se le puso delante con la arrogancia del vencedor, y cruzando los brazos, dijo:

—Vamos á ver..... ¿qué quiere V. saber?

Él apartó los ojos y respiró con fuerza, del mismo modo que respira el que se siente oprimido por un gran peso y se esfuerza por resistirlo.

La señora Gertrúdis era implacable, pues con el tono más lastimero que encontró en el diapason de su voz exclamó:

—Válgame Dios, ¡qué suspiro!

—Señora, prorumpió Miguel, ¿es que va V. á tomar nota hasta de mis respiraciones?

—Ave María..... no permita Dios que yo me meta en semejante cosa..... Suspire V. todo lo que quiera.

—No trastrueque V. las palabras; no suspiro, sino respiro.

—¿Qué más da?

—Sí da.

Para doblar la fuerza de su afirmacion levantó los ojos y se encontró con la cruel sonrisa de la señora Gertrúdis. Vamos, aquella

sonrisa le atacaba los nervios..... Dió media vuelta y se sentó.

La portera se le acercó preguntándole:

—¿Quiere V. comer?

—Sí, contestó; me parece que ya es hora.

—Hola, exclamó la mujer; ¿hay apetito?

El huésped por toda respuesta dejó caer el puño sobre el tablero de la mesa, y la señora Gertrúdis salió á escape en busca de la comida.

Ella salió diciendo para sí:

—Harán una hermosa pareja.

Él se quedó murmurando:

—Esta mujer me va á conducir al crimen; un dia la ahogo.

CAPÍTULO VI.

El pájaro que queria volar no acierta ya á salir de la jaula.

Post nubila, Fæbus. Despues de la tempestad, el sol..... detras de las tinieblas, la luz. Despues de un dia nublado, frio, oscuro y triste, un dia despejado, resplandeciente, sereno y alegre: éste es el órden de todas las cosas.

En Madrid tiene el invierno algunos dias de primavera. La atmósfera, transparente como un cristal, brilla iluminada por los rayos del sol; los pájaros cantan bajo las hojas de los castaños de las Indias, que poseen el privilegio de un verdor perpétuo; el agua, rompiendo las ligaduras del hielo que la tenía cautiva, corre por los cauces, salta so-

bre las piedras y se sonrie tranquila en los estanques, dejando ver sus peces de colores; el aire vuela agitando por todas partes sus alas invisibles.

El termómetro, engañado por las apariencias del buen tiempo..... sube, y la gente baja de las bohardillas, de los pisos segundos, de los pisos terceros, de los pisos principales, y se derrama por las calles, invade el *Retiro*, inunda á *Chamberí*, y se la encuentra á la vez en la *Fuente Castellana*, en el *Campo del Moro*, en la *Montaña del Príncipe Pío*.

¿Quién trabaja en estos dias de fiesta de la naturaleza?

Miguel habia dormido perfectamente..... la vecina no le habia quitado el sueño, y eso que no habia dejado de verla ni un instante desde que cerró los ojos; pero, una vez despierto, saltó de la cama y se vistió apresuradamente..... Un rayo de sol entraba por la juntura de la ventana, diciéndole, hé aquí un hermoso dia, y sin vacilar abrió las maderas, y al traves de los cristales entró el dia en aquella estrecha habitacion, llenándola de luz, de reflejos y de colores, con esa con-

fianza, con esa franqueza, con esa abundancia con que el sol entra en las casas de los pobres.

Nuestro héroe sintió en su corazón toda la alegría de aquella hermosa mañana, y le pareció su cuarto un palacio, porque no hay opulencia semejante á la alegría..... Estar alegre es poseerlo todo.

Después de las maderas abrió los cristales para que entrara el aire del mismo modo que entraba el sol, y en efecto, el aire entró impetuoso, aturdido, inquieto, como un muchacho travieso que todo lo toca, que todo lo palpa y todo lo revuelve.

La cortina de ramos verdes que cubría la estrecha puerta de la alcoba, se agitó lentamente entrando y saliendo; parecía decir: «Hola, ya está aquí este loco.»

Algunas cuartillas de papel extendidas sobre la mesa se levantaron sobre sí mismas, volviendo á caer, y si hubieran tenido lengua, de seguro habrían dicho: «Buenos días, amigo.»

Por lo que hace al sol, no era recibido con menos agasajo; el polvo impalpable for-

maba una especie de columna de honor suspendida en el aire, trazando un plano inclinado desde la ventana al suelo, como diciendo: «Por aquí va.»

Las paredes parecían más tersas y más blancas, los muebles más lustrosos, y hasta el armario, desnudo de toda pintura, tomó un tinte suave para recoger mejor los reflejos del padre de la luz..... de la luz, que es á su vez la madre de todos los colores.

Entre tanto, el huésped de la señora Gertrúdis hacia su *toilet* en mangas de camisa.

No tenía espejo en que mirarse; así es que no pudo advertir el esmero inusitado con que sus cabellos se colocaron al rededor de la frente, alzándose en abundantes rizos sobre ambas sienas.

Hecha esta operacion, se acercó á la ventana y miró, y no vió más que unos cristales perfectamente cerrados, detras de los que colgaban dos *visillos* blancos.

Él mismo trajo de la cocina un plato, una taza y una cucharilla; despues volvió y trajo dos cafeteras que humeaban, y en un tercer viaje completó el almuerzo, trayendo

una servilleta y un panecillo con manteca..... Se sentó y almorzó como un príncipe..... porque aunque el café no era superior, la leche decia bebedme, y ademas sentia apetito.

Terminado el almuerzo, se envolvió en su gaban, echó una segunda ojeada á la ventana de enfrente, y cogió el sombrero, poniéndoselo sin mirarlo..... ¿Para qué lo habia de mirar, si no tenía otro?

—Ya es tarde, dijo.

Y tomando una llave que habia encima de la mesa, salió, cerrando la puerta con cuidado para que no hiciera ruido.

Claro es que si era tarde tendria prisa, porque para nadie es tarde cuando está despacio; y si tenía prisa, parece natural que se precipitára por la escalera como un torbellino..... Pues, no señor; comenzó á bajar lentamente; parecia que cada pié le pesaba una arroba y que en cada escalon dejaba un tesoro..... bajaba con piés de plomo.

A la mitad de la escalera se paró, dió media vuelta y comenzó á subir precipitadamente, devorando los escalones dos á dos y tres á tres; no era subir, era volar.

Llegó á la puerta y la abrió; entró y se fué derecho á la ventana; cualquiera habria creído que iba á tirarse á la calle de cabeza; pero nada de eso..... tendió el brazo hácia el ángulo inmediato que formaba el cuarto cerca de la ventana y cogió un baston que yacia arrinconado como un mueble inútil..... Esto era sin duda lo que se le habia olvidado..... Un baston..... vea V. qué capricho..... un baston que nunca llevaba.

Lo blandió en el aire trazando una cruz por medio de dos líneas oblicuas, que cortándose en medio, formaban cuatro ángulos invisibles, y lanzó una estocada vigorosa que atravesó el aire de parte á parte, yendo á clavarse la contera del baston en el yeso de la pared, que se hundió, dejando la señal de aquella tremenda estocada como una cicatriz honrosa.

Aquel alarde de fuerza, de destreza y de decision, anunciaba la disposicion belicosa de su ánimo, y cualquiera habria creído que se preparaba á sostener un rudo combate; por la arrogancia de su actitud parecia dispuesto á desafiar al mundo entero.

Las fisonomías dulces, son como las manos de los gatos, muy suaves, hasta que llega el momento de sacar las uñas, y entonces no hay aspereza semejante. De esta manera el semblante de Miguel se endureció al lanzar el baston contra la pared.

Satisfecho de su ligereza y de su tino, tomó de nuevo el camino de la escalera tarareando el *Tremma Vizancio*, que hace estremecer las piedras; grito de amenaza y de triunfo, ignorado por la historia y descubierto por la música..... ¡Pobre Matusalem, si el corrector de pruebas llega á encontrarlo!

Cuando llegó al último escalon, dió un salto y se lanzó á la calle sin volver los ojos á la portería.

Allí estaba la señora Gertrúdis, que lo vió salir, mirándolo con su implacable sonrisa.

Media hora despues la portera lo vió aparecer en el portal, y se escondió dentro de su *cuchitril* para no ser vista.

Miguel entró andando con las puntas de los piés, y llegó al pié de la escalera sin hacer ruido; habia burlado la vigilancia de la por-

tera, que probablemente se habria dormido, sin dejar por eso de hacer calceta.

Llevaba en la mano izquierda un rollo de papel y en la mano derecha el baston, y cuando entró en su cuarto dejó el baston junto al armario, y el rollo de papel sobre la mesa; tiró el sombrero sobre una silla y se sentó.

—Manos á la obra, dijo; este artículo hay que corregirlo con sumo cuidado..... dicen que ha de producir un gran efecto y que causará la caída del ministerio..... Mañana saldrá estallando como una bomba.

Desenvolvió el rollo de los papeles, separando las pruebas impresas de las cuartillas manuscritas, y reparando en éstas últimas, las examinó atentamente, diciendo:

—En efecto, este artículo debe ser anónimo; la letra me es desconocida, no es de ninguno de los redactores..... y parece que han querido desfigurarla..... hay en ella rasgos que se contradicen..... Pero ¡bah! ¿á mí qué me importa?..... En aquella baraunda de imprenta no es posible corregir con esmero, y el regente ha comprendido que un artícu-

lo tan importante merece una correccion extraordinaria..... y yo he visto el cielo abierto, porque aquí, añadió mirando de reojo á la ventana, puedo hacer más tranquilamente mi trabajo.

Las pruebas del artículo aparecian marcadas con grandes números, que señalaban el orden sucesivo en que debian colocarse, y en la primera campeaba el título en letra *normanda*..... Título sonoro y misterioso, y que desde luégo anunciaba que el asunto traia reata.

Era difícil fijarse en el título sin leer el artículo..... Y esto lo comprenderá perfectamente el lector cuando sepa que el artículo anónimo llevaba por título las siguientes palabras :

LOS CENCERROS TAPADOS.

Debajo del título debia levantarse una acusacion tremenda, y el periódico correria de mano en mano, produciendo en los lectores esa sensacion satisfactoria con que suele recibirse por el género humano la interesan-

te noticia de un nuevo crimen. ¿Quién había de negar su corazón al placer de ver aumentado el número de los culpables?..... Un ladrón más..... ¡qué dicha! y sobre todo..... ¡qué indignación!

Los Cencerros tapados, sonando en los oídos de la multitud, convocaría el gran jurado de la opinión pública, dispuesta siempre á lanzar sobre el culpable del día el fallo fugitivo de una ignominia pasajera, ó á tributar al héroe del momento los honores ruidosos de una inmortalidad de veinte y cuatro horas.

El comerciante que burla la vigilancia de las aduanas ó soborna al empleado que ha de inspeccionar los géneros de su comercio; el litigante que compra á peso de influencia ó á peso de oro el beneficio de una sentencia favorable; el contratista que parte la enormidad de sus ganancias con el mismo que ha de inspeccionar el fiel cumplimiento del contrato; el usurero que especula con la necesidad ó con los vicios; el tahur que extrae hábilmente su fortuna del bolsillo ajeno bajo la salvaguardia de una carta; el estafador de

profesion; el tramposo de oficio; el periodista que subasta su conciencia; todas las inmoralidades, en fin, que hierven en el fondo y en la superficie de la sociedad se levantarían indignadas.

Los odios, los resentimientos, las envidias, las venganzas, el espíritu de partido, la ambición, encenderían en el seno agitado de la opinión pública el rayo de la justicia, y la honradez, afligida del espectáculo, iría á esconderse en el último rincón de su casa, alternativamente avergonzada de los acusadores y de los acusados.

El efecto, pues, del artículo era seguro.

Hay en el espíritu humano de nuestros tiempos una tendencia irresistible que nos inclina á creer en los demás propensiones más dispuestas al mal que al bien. No hay acción, por perversa que sea, que no nos parezca cierta, ó por lo ménos probable, á la vez que ponemos en duda las acciones generosas que nacen de los nobles sentimientos. Parece que todos y cada uno de por sí tenemos una tristísima idea de las virtudes

del hombre regenerado por la civilizacion moderna.

Este juicio infamante que el hombre ha formado de su especie, tiene sus gradaciones. Si el hecho culpable se atribuye á un sér oscuro y desconocido, entónces es posible..... Si se le atribuye á un hombre que por algun concepto se distingue de los demas, entónces es probable..... pero si se le atribuye á un ministro, entónces es evidente. Parece que volcada la sociedad se ha invertido completamente el órden, subiendo á la superficie la *hez* del género humano.

Cuanto más elevada es la posicion de una persona, ménos pruebas se necesitan para condenarle á la pena — ya muy soportable — de la deshonra.

Los Cencerros tapados no se dirigian contra un ministro, sino contra todo el ministerio, lo cual hacia más creible el caso.

Se trataba de una operacion de crédito hecha con una casa extranjera con tales condiciones, que el Gobierno huia de llevarla á las Córtes, decidido á pedir una autorizacion ámplia que lo absolviera de antemano. Esta

especie habia corrido como un rumor vago, sin fundamento..... pues segun los más listos, era una invencion que tenía por objeto una jugada de Bolsa.

Sin embargo, el tesoro público se hallaba exhausto, y era preciso sacar dinero del centro de la tierra para mantener por algun tiempo el ruinoso equilibrio de una prosperidad comida de deudas..... El ministerio responsable por la Constitucion, no se comprometeria en una operacion tan escandalosa, pero ese ministerio responsable por la Constitucion podia ser, y lo era, de hecho irresponsable por la mayoría, y la mayoría era suya por el doble título del interes del partido y de los pingües beneficios del presupuesto.

Se discutia en los círculos el punto de derecho constitucional más curioso de cuantos encierra el sistema parlamentario, á saber, si puede existir la responsabilidad ministerial con la omnipotencia del Parlamento; si puede ser responsable un ministerio que dispone de una mayoría irresponsable.

Tal era la situacion de los ánimos en el

momento en que en las famosas columnas de *El Oriente* iba á salir á luz el misterioso artículo de *Los Cencerros tapados*.

No era el artículo un modelo de literatura, pero, preciso es reconocerlo, era un modelo de malicia..... Se dirigia al Gobierno con las más corteses palabras, y le pasaba la mano suavemente para clavarle las uñas con más seguridad. Anatematizaba el furor de las oposiciones y pedia una tregua á los intereses de los partidos para que pudiera llegar á los oídos del país la voz serena de los intereses públicos.

Hablaba, por supuesto, de libertad, de orden, de paz y de justicia; señalaba juiciosamente, y con la más profunda veneracion, ciertos límites al poder de las mayorías, y soltaba, por último, la palabra *moralidad política*, proclamando de paso el principio inmoral del respeto á todas las opiniones, que no es más ni ménos que el odioso privilegio concedido á todos los errores.

«No basta, decia, ser honrados, es preciso parecerlo para quitar pretextos á la maledicencia y armas á la calumnia; urge acallar

las injustas murmuraciones que se levantan, y tranquilizar á la opinion publicada, alarmada por la especie absurda de un empréstito misterioso, que es el objeto obligado de todas las conversaciones, y vamos á presentar á la luz del dia este fantasma amenazador (*El Oriente* salia por la noche), para que el Gobierno lo disipe con el soplo de su palabra.»

Aquí, suponiéndose eco de la opinion pública extraviada, reseñaba todos los pasos de la negociacion, marcando con destreza aquellos detalles y aquellos pormenores en que más fácilmente pudiera cebarse la sospecha. El relato aparecia tan natural, tan fácil, tan ingenuo, que era imposible pintar una cosa más verosímil; la credulidad se sentia seducida por la sencillez gráfica de la narracion. Si aquello no era verdad, debia serlo.

Despues, tomando la lógica de la maledicencia pública, establecia una serie de hipótesis, de las cuales deducia una á una con terrible precision las más atrevidas consecuencias de la murmuracion desatada, é indignándose contra la temeridad de semejan-

tes juicios, descubria, rechazándolo, por supuesto, que la operacion, objeto de tantas hablillas, era una ruina para el país y un negocio para el Gobierno.

Luégo, admitiendo la necesidad de un empréstito que pusiera término á las apremiantes urgencias del tesoro, examinaba las condiciones de la negociacion supuesta, y dejando la malicia de las palabras, echaba mano de la malicia insidiosa de los números; el empréstito resultaba á un interes espantoso.

Examinaba, por último, la cuestion constitucional, y conminaba á la mayoría á que saliera á la defensa del Gobierno con un acto de iniciativa; dejaba caer el rumor de alguna disidencia en el seno del gabinete, y concluia pidiendo á todos imparcialidad, patriotismo y justicia.

Tal era en sucinto bosquejo el artículo de *Los Cencerros tapados*.

Sin duda alguna iba á producir sensacion, el golpe estaba bien dirigido; la mano era diestra..... El director del periódico se atribuiria probablemente la gloria del éxito, y

el autor permanecería ignorado..... ¿Por modestia? No, por vergüenza ó por astucia..... Los ojos perspicaces podrian descubrir en este tejido de palabras el hilo misterioso de una intriga oculta, pero el vulgo..... ¿ha tenido ojos alguna vez?.....

Miguel repasaba las pruebas con atento cuidado, trazando en las márgenes del impreso líneas rectas, líneas curvas, círculos, cuadrados, paralelas horizontales, paralelas perpendiculares, ángulos, cruces, signos fantásticos, que repetidos entre los renglones señalaban el lugar de las enmiendas. Cada una de estas figuras se veía seguida de medias frases, de medias palabras, de medias sílabas.

De repente el *corrector de pruebas* se detuvo y soltó una carcajada, y acudió á consultar la cuartilla manuscrita correspondiente á la prueba que corregia.

El manuscrito decia: *muchos son los que nos siguen*; y el *cajista* habia hecho decir al impreso: *machos son los que nos siguen*.

Era una errata terrible, que hubiera podido destruir todo el efecto del artículo; así

es que Miguel se apresuró á corregirla, marcando bien la *u* para que la *a* no volviera á meterse donde no la llamaban.

«*Nuestros principios inmortales*, decia la letra manuscrita, miéntras la letra de molde dejando la *t* olvidada en el fondo de la caja, destacaba sobre el papel esta confesion clara y terminante: *Nuestros principios inmORALES.*»

Mas se conoce que el cajista era hombre de conciencia, pues la *t* que habia olvidado en la última palabra la aumentó en una de las siguientes, componiendo *patria* por *paria*.

Tres veces en el discurso del artículo habia escrito su autor: *las columnas de nuestro periódico*; y tres veces el cajista, aturdido, le habia hecho decir: *las calumnias de nuestro periódico*.

Ponia *sima* por *suma*, *horror* por *honor*, *tuno* por *tono*, por *trompa*, *trampa*; por *enjuagar la deuda* decia *enjuagar la deuda*.

De la palabra libertad habia hecho un verdadero *galimatía*; la *l* era cursiva, la *i* griega, la *b* vuelta del reves parecia una *q*, la *e* estaba tendida, entre la *t* y la *a* habia un es-

pacio, y la *d* era *h*. Jamás palabra alguna, al salir de las tiznadas manos de un cajista, se ha visto más horriblemente dislocada. Las letras se ofrecían en espantoso desorden, en verdadero tumulto, como si hubieran comprendido que sólo de ese modo podían expresar todo el sentido de la palabra.

El corrector puso en orden aquella turba de letras, aprisionándolas en signos inflexibles y obligándolas á entender lo que decían.

Siguió corrigiendo, y tropezó con una nueva errata; el articulista en un momento oportuno exclamaba: *¡Quién nos compara!* pero el cajista, confundiendo la admiración con la interrogación, y comiéndose una *a*, decía muy fresco: *¿Quién nos compra?*

Miguel se sonrió al corregir la frase, mas á los pocos renglones levantó la pluma, haciendo un gesto sumamente expresivo.

—¡Demonio! dijo, ésta es más negra; los cajistas son los niños terribles de la imprenta.

La errata consistía en una *a* de más, como la anterior en una *a* de menos.

Consultó el original y decía:

Éste es el grito de nuestra conciencia.

Era el último renglon del artículo, el golpe de efecto, el trueno gordo, y el cajista habia estampado en la prueba la siguiente frase :

Este es el garito de nuestra conciencia.

Terminada la correccion del artículo, Miguel lo repasó de nuevo, añadiendo algunos acentos olvidados y algunas comas indispensables, que no aparecian ni en el original ni en la prueba, y se quedó contemplando aquella serie de renglones impresos que al dia siguiente habian de causar una explosion en los ánimos, que debian aturdir al Gobierno, conmover á la mayoría y agitar á las oposiciones.

El artículo, compuesto de antemano, no debia publicarse hasta el dia siguiente, segun el autor anónimo advertia en el respaldo de la primera cuartilla.

Lo habia recibido el director de *El Oriente* bajo un sobre y por el correo interior, y despues de leerlo, se habia restregado las manos, exclamando :

— ¡Soberbio artículo!

Al día siguiente, pues, iba á ser ella. Saldría *El Oriente* echando chispas, y el artículo resonaría inmediatamente en las huecas concavidades de la prensa periódica; sería comentado en todos los círculos, se leería á la vez en todas partes, en voz alta y en voz baja..... Se reuniría el Consejo de ministros y empezarian á circular los rumores de crisis.

Miguel, semejante á Júpiter, tenía sobre la mesa el rayo que iba á estallar al día siguiente sobre la cabeza del Gobierno.

Pero ¿qué le importaba á Miguel la proximidad de aquel suceso? Desde la altura de su cuarto 4.^o veía con indiferencia las tempestades de la política que textualmente se formaban á sus piés, y si descendía á la tierra, era por pura necesidad, pues desde el día anterior se sentía entre las cuatro paredes de su elevada habitación más cerca del cielo.

Hasta entónces no había reparado que se respiraba allí un aire más puro, que el sol era más brillante, las nubes más bellas y el cielo más grande.

El cielo..... ¡ah! el cielo era á sus ojos una

cosa magnífica..... De día el sol resplandeciendo hasta en las nubes, de noche las estrellas brillando como diamantes en un manto azul..... El cielo..... ya se ve, pensaba en el cielo porque habia visto un ángel.

La imágen de la vecina se le habia metido entre ceja y ceja, y á pesar de haberla visto asomada á la ventana de un cuarto piso, le parecia que habia de ser una reina; aquellas manos eran de princesa, aquella frente de heroína.

Hay una aristocracia que todas las demagogias reunidas en una asamblea universal no conseguirán destruir nunca: es la aristocracia del pié, de la mano, de la fisonomía, del aire; aristocracia que se revela bajo el más humilde vestido, en medio de la mayor miseria.

Hay fisonomías nobles, aires distinguidos, formas delicadas, y maneras, digámoslo así, elegantes, que no siempre se encuentran debajo de los encajes y de la seda; pero que donde quiera que se encuentren nos descubren la existencia de una aristocracia que la naturaleza se ha obstinado en conservar con-

tra la corriente niveladora de nuestro siglo.

Y no hablo de la aristocracia de la hermosura, porque la hermosura no es la distincion, como el talento no es el buen gusto. Hay mujeres hermosas, realmente hermosas, que aunque ciñan una corona de duquesa, serán siempre mozas de cántaro, y hay criaturas más ó ménos bellas, que en medio de la condicion más humilde dicen con su aire modesto, con su fisonomía afable, con su pié fino y con sus manos delicadas: «Por aquí va una verdadera duquesa.»

No es extraño, pues, que Miguel viera en su vecina, bajo una bata de percal y sobre el grosero pasamano de la ventana de un cuarto piso, la imágen de una reina y el aire de una heroína.

Sentia curiosidad; segun él, esa curiosidad que se experimenta delante de un retrato, cuyo original no es desconocido..... y que nos obliga á preguntarnos: ¿quién será?.....

Esta misma pregunta se hacia Miguel cuando sintió el ruido de unos cristales que se abrian, desencajándose de golpe; y dando

un paso hácia su ventana, cuyas maderas habia entornado el aire, se colocó de manera que podia ver sin ser visto.

Los cristales que acababan de abrirse eran los de la ventana de la vecina..... pero ¡qué transformación!..... La cabeza que Miguel distinguia no tenía absolutamente nada que ver con la cabeza de su hermosa vecina; era otra cosa, era todo lo contrario.

Imaginémonos una cara ancha de la frente y estrecha de la barba, como las caras de los gatos, con cejas casi rectas, con ojos casi verdes, boca grande y labios delgados, nariz puntiaguda y tez sin color..... llevaba á la cabeza un pañuelo amarillo de seda con franja negra, y al cuello un pañuelo grande de lana á cuadros escoceses.

Al inclinar la cabeza para mirar á la calle, distinguió Miguel perfectamente dos grandes pendientes de plata que asomaron por debajo del pañuelo de seda, y vió tambien brillar en sus dedos sortijas que podian ser falsas, aunque brillaban mucho.

¿Sería aquella mujer la madre de la vecina? Imposible. Los hijos suelen no parecerse

á los padres, pero siempre tienen algo de las madres, y el *corrector de pruebas* no encontraba semejanza ninguna entre aquella mujer pálida y séria, y la bella vecina sonrosada y risueña; aquellos dos semblantes tan opuestos, colocados uno junto á otro, se rechazarían forzosamente..... No, no podía ser su madre, era imposible que lo fuera.

El aspecto equívoco de la mujer que Miguel examinaba, tenía algo de repugnante..... Semejante madre sería un defecto, y era forzoso que la vecina fuera un conjunto de perfecciones.

Pero bien, si no era su madre..... ¿qué era? ¿qué hacia allí?.....

Por el movimiento de los labios notó Miguel que hablaba, y entónces añadió á la vista el oído, aplicándolo con toda la atención posible, y oyó un murmullo de palabras, confuso al principio, más claro despues, y que poco á poco fué aclarándose, de la misma manera que la oscuridad en que entramos de repente viniendo de la luz se disipa, dejándonos distinguir la realidad de los objetos que nos rodean.

Lo primero que notó fueron las ásperas inflexiones de la voz que hablaba, á pesar de la dulzura de las palabras de que se servía para expresar sus pensamientos.

«Hija mia», fué la primera frase clara y distinta que hirió sus oídos, seguida de un brusco ademán que podía traducirse en estos términos: «No sé en qué piensas.»

La respuesta no podía llegar á los oídos de Miguel por mucha que fuera su atención, y esto aumentaba su curiosidad.

La mujer dijo:

—Yo no puedo, vida mia, cerrar la puerta de mi casa á quien debo tantos beneficios: la que no es agradecida no es bien nacida; yo no he de vivirte siempre y quiero dejarte bien colocada.

Al oír estas palabras el corrector de pruebas se indignó contra la naturaleza, porque dedujo de ellas que la mujer que las había pronunciado era la madre de la vecina..... Sin embargo, conservó un resto de esperanza, porque..... podía ser su tía.

Tampoco le agradaba ese parentesco; le parecía demasiado cercano, demasiado ínti-

mo, demasiado estrecho para unir las, cuando no encontraba más que razones para separarlas. ¿Cómo había de convenir en que fueran parientes, si no concebía que fueran amigas?

La mujer continuó hablando de esta manera:

—Niña mia, lo que dices no es razonable. Si viviera tu padre le darías un sentimiento..... Mire V. qué capricho..... puede andar en coche y se obstina en andar sin zapatos..... Cuando la fortuna se nos pone delante hay que cogerla con las dos manos.

Miguel no perdía sílaba de esta media conversacion, que excitaba su interes precisamente porque no la oía toda, pues nada nos interesa tanto como las hojas que faltan en el libro que leemos, los renglones borrados de las cartas que recibimos, las medias palabras, las medias sonrisas, las medias miradas; todo aquello que nos oculta algo para que lo adivinemos ó lo supongamos.

De nuevo resonó en sus oídos la voz de la mujer, diciendo:

—No sé, ángel de Dios, qué le echas de

ménos: es buen mozo, fino como el coral, te quiere como á las niñas de sus ojos, tiene un bolsillo tan hondo y tan lleno, que no se le ve el fin, y te llevará en las palmas de las manos.....

Aquí debió sufrir alguna interrupcion de su invisible interlocutora, porque esperó un momento, como quien escucha, y continuó:

—No quiero yo decir que entregues la carta á las primeras de cambio; pero déjate ir, déjate querer..... Un dia amable..... otro dia séria; un dia triste, otro dia alegre; maréalo..... ¿me entiendes, hija mia? maréalo.

Dichas estas palabras, apoyó la espalda sobre el quicio de la ventana, y permaneció un momento en la actitud del orador que calcula el efecto de su elocuencia. Despues movió la cabeza y dijo:

—Los hombres son todos iguales..... y tú eres muy hermosa y has nacido para vivir en un palacio y arrastrar coche y reirte del mundo..... ¡Cuántas quisieran que les arrastrára el ala un hombre como ése! Si de cada una que se despepita por él tuviera yo

un duro, otro gallo me cantára..... Vamos, es preciso que le echés el gancho; bastante tiempo hemos sido pobres, y yo me canso ya de andar con la lengua por el suelo.

Oyendo esto Miguel, se preguntó :

—¿Esa mujer es su madre?.....

Despues de pensarlo un momento se dió esta respuesta :

—¿Por qué no?

Las madres suelen profesar á sus hijas un cariño funesto; quieren para ellas lo mejor..... y lo mejor es lo que en el mundo se llama un buen partido, y un buen partido se llama en el mundo á una buena fortuna. Se dice: Fulano es jóven, guapo, tiene talento, tiene un hermoso corazon..... Sí, pero..... ¡bah!..... es pobre. Zutano es feo, es viejo, es ridículo, es insoportable..... pero ¡ah! es rico. En cien casos, ochenta veces la familia elegirá al último, para que la hija, la hermana ó la sobrina sea feliz..... Y, Dios mio, es más peligroso poner la virtud de la mujer á la terrible prueba de un marido feo, viejo, ridículo é insoportable, que á la prueba de las debilidades, de la ternura; porque

la mujer se defiende de las seducciones de su propio cariño; el amor mismo suele hacerla fuerte; pero no se resigna á la cruel felicidad de vivir perpetuamente con un hombre que no puede llenar su corazón. Lo engaña desde el primer momento en que le finge un afecto que no siente, y despues de la primera traicion, ¡es tan fácil la segunda!.....

Así discurría Miguel con la vehemencia propia de sus pocos años, queriendo subordinar á la lealtad de los sentimientos y á la pureza de los afectos la felicidad de la mujer dichosa, que se vende por toda la vida al primer saco de oro que pide su mano.

Sin embargo, allá en el fondo de su corazón se resistía á creer que la vecina tuviera semejante madre.

La mujer desapareció de la ventana, y el huésped de la señora Gertrúdis esperó, sin saber por qué, la celestial aparicion de su hermosa vecina.

En efecto, le pareció distinguir una sombra que se acercaba, y oyó claramente la voz de la preciosa niña, que con acento afligido gritaba:

—¡Madre, madre!.....

Sin poderse contener, abrió de par en par la ventana y asomó la cabeza cuanto pudo, oyendo la dura voz de la madre, que decia:

—Ya la tenemos.....

—Mire V., mire V..... repetia la dulce voz de la niña, con ese timbre ahogado que dan los sollozos á las palabras.

La madre dijo:

—Infame..... Te voy á desollar como á un cabrito; eres el verdugo de tu hermana.

—Es mentira, es mentira, gritó otra voz medio de muchacho medio de hombre.

Entónces se dibujó en el cuadro de la ventana el contorno de una nueva figura vuelta de espaldas, y cuyos brazos levantados sostenian á la altura de la cabeza una silla en actitud ofensiva y defensiva.

—No le pegue V., decia la hija.

—Lo mataré..... bramaba la madre.

—Allá veremos..... refunfuñaba el otro.

De repente, la silla que sostenia en sus manos fué lanzada con ímpetu; Miguel oyó un grito, y en el mismo instante la figura

que se distinguía en el cuadro de la ventana y que acababa de lanzar la silla, saltó sobre el pasamano, quedando á caballo sobre la pared con una pierna hácia adentro y otra pierna hácia fuera, á la vez que decia con terrible acento :

—Si se acerca V. me tiro á la calle.

Miguel, que seguía atentamente el curso rápido de aquella escena medio visible, medio invisible, pudo ver de frente á este nuevo personaje.

En su rostro pálido y demacrado se confundían en horrible contraste las últimas líneas de la adolescencia y las primeras arrugas de la vejez; el cuerpo raquítico pero ágil se balanceaba sobre el pasamano de la ventana con audaz indolencia, y en su frente deprimida, en sus ojos hundidos, en su mirada oblicua y en su boca movible, aparecían á la vez la estupidez de la ignorancia y la astucia del vicio.

Nadie se acercó á la ventana.

Miguel lo miraba y se decia :

—¿Es posible que este demonio sea hermano de ese ángel?

Los ojos del muchacho se encontraron con los de Miguel, y ambos mantuvieron la mirada firme, tenaz, provocativa; los rayos de sus ojos se cruzaron, si puedo decirlo así, como se cruzarian la hoja de una espada y la hoja de un puñal; ambos se repugnaban mutuamente. Miguel lo hubiera aplastado bajo la suela de sus botas como á un reptil, y el muchacho le hubiera mordido como una víbora..... Era la primera vez que se veian y ya se odiaban.

Miguel no bajó los ojos, pero los apartó con desprecio, y el muchacho se echó á reir con grosera insolencia.

Sobre su cabeza, y en el hueco de la ventana, habia una jaula de alambre, dentro de la que saltaba ligero é inquieto un canario, agitando sus alas de seda verde y amarilla.

—Hola, caballero..... exclamó, contemplando la jaula, como hubiera podido contemplarla un gato. La señorita se desesperaria si V. tuviera la mala intencion de morirse..... Pero..... chist, añadió poniéndose el dedo en la boca y mirando hácia adentro..... Las dos se han ido.

Entonces abrió la jaula, metió la mano y cogió el canario, oprimiéndolo tan cariñosamente entre sus dedos, que al soltarlo cayó muerto.

Todo esto lo había visto Miguel sin mirarlo, y comprendiendo lo que acababa de hacer con el pobre canario, gritó en el fondo de su corazón indignado:

— ¡Asesino!

Al mismo tiempo sus ojos se clavaron en el muchacho con todo el fuego de dos centellas, encontrando la mirada de éste fría é incisiva, como el filo de una navaja.

Otra vez se miraron de hito en hito; Miguel con semblante airado..... el muchacho con semblante cínico.

Así permanecieron algunos instantes; así hubieran permanecido mucho tiempo si el muchacho no hubiera hecho un guiño espantoso torciendo la boca, sacando la lengua y bajando las cejas arrugadas hasta cubrir las cuencas de los ojos; y no contento con esta mueca insultante, llevó el pulgar de la mano izquierda á la punta de la nariz, y el pulgar de la mano derecha al extremo del dedo me-

ñique, haciendo á Miguel, que lo miraba furioso, lo que se llama *tres palmos de narices*..... Luégo puso ambas manos sobre el alféizar de la ventana, saltó como el que se apea de un caballo y se hundió en el cuarto.

El *corrector de pruebas* se retiró..... fué á sentarse junto á la mesa y exclamó con tristeza:

—¡Qué madre y qué hermano!



CAPÍTULO VII.

La primera sonrisa.

Estamos en el día en cuya noche el famoso artículo de *El Oriente* debía producir su primer efecto. A pesar de la reserva escrupulosamente observada por los que tenían conocimiento del caso, se había traslucido, y no faltaban personas que misteriosamente decían: «Verán ustedes *El Oriente* cómo viene esta noche»; de manera que se esperaba algo, y por una contradicción tan natural como inexplicable se *esperaba* algo *inesperado*, de suerte que los ánimos se disponían á coronar el éxito de la obra con la explosión deseada.

Había llegado el rumor del próximo suceso hasta las altas regiones del Gobierno, y se citaban palabras del Ministro de la Gober-

nacion, dichas en la intimidad de la confianza, que infundian la sospecha de que no era todo armonía en el seno del gabinete. Contestando á ciertas preguntas, habia dicho: «No sé el sesgo que tomará este incidente; pero en el último extremo será preciso despejar la incógnita.» Los más acostumbrados á leer en las oscuridades de las intrigas políticas veian un síntoma de crisis, un principio de descomposicion latente. Parecia que los sucesos se anticipaban á sí mismos, que la atmósfera, digámoslo así, se adelantaba á la tormenta; en una palabra, se oia el trueno ántes de que sonára.

Por lo que hace al director de *El Oriente*, habia amanecido aquella mañana con una sonrisa verdaderamente olímpica; tenía el aire de Júpiter un momento ántes de lanzar el rayo, y sus palabras, sus ademanes y sus gestos habian adquirido de un dia á otro la importancia que el vulgo concede á todas las apariencias, robándosela á todas las realidades.

No era esto solo: dos diputados influyentes de la mayoría habian trabado la noche

anterior una acalorada disputa, tratándose con dureza; y se hablaba de un lance de honor..... Con semejante dato, era evidente que la mayoría estaba también dividida.

Si la Bolsa hubiera bajado, se habría dicho con razón que el negocio que el Gobierno traía entre manos empezaba ya á pesar sobre los intereses públicos; pero ya se ve, la Bolsa había subido, y claro está, semejante alza era un indicio seguro de que se ponían en juego todos los medios para encubrir la inmoralidad que se proyectaba.

Como se ve, no existía ninguna razón seria, ningún dato seguro para dar crédito á las especies acusadoras que circulaban contra los ministros, pero la opinión ha averiguado por intuición ó por experiencia, que de los ministros responsables debe creerse todo; es un fenómeno constante, cuya causa debe residir en la naturaleza misma del sistema. No es posible ser ministro y ser honrado; los gobiernos que por su índole política necesitan para vivir la acción activa de medios corruptores, ¿podrán dejar de ser corrompidos?..... Alguna vez la opinión, adversa ya

á un ministerio, ya á otro, será injusta, pero francamente..... siempre es lógica.

En nada de esto pensaba nuestro *corrector de pruebas*; su pensamiento se hallaba metido como en una trampa entre los tres personajes que sucesivamente habia visto aparecer en el marco fantástico de la ventana del cuarto de enfrente, sin acertar á explicarse la rara composicion de aquella familia Aquel hermano, aquella madre, aquella niña se presentaban á su imaginacion como los tres términos de un problema insoluble; y como si la dulce belleza de la vecina no hubiera causado bastante impresion en su alma, la adornaba con el prestigio de la desgracia..... Era una víctima..... Salvarla de la doble tiranía de la madre y del hermano, era una accion generosa, una empresa noble..... pero ¿cómo?

La señora Gertrúdis podria darle algunos pormenores acerca de aquella familia..... mas semejante idea fué desechada en el acto, porque la portera comprenderia al momento que el amor habia entrado en su corazon, y se reiria de él como una tonta..... cuando pre-

cisamente no sentia más que mera curiosidad, el interes que inspira la heroína de una novela..... pura compasion; y la señora Gertrúdis tergiversando las cosas y confundiéndolas, lo martirizaria á todas horas con preguntas, con sonrisas, con pullas y hasta con coplas; y era preciso averiguar algo, á lo ménos qué clase de gente era aquélla, cómo vivian, de qué vivian.....

La imaginacion es novelesca de suyo, y Miguel habia forjado ya una coleccion de novelas, en las que él era siempre el héroe; la heroína no podia ser otra más que *ella*.

Dándoles vueltas á sus pensamientos, se le habia pasado la mañana como un soplo, y en la imprenta esperarian las pruebas corregidas del artículo famoso áun ántes de ser conocido; por consiguiente, no tenía tiempo que perder. De buena gana hubiera renunciado á poner los piés en la calle, pero se resignó con su suerte, y corrió á la imprenta con el firme propósito de volver pronto.

Habia olvidado á Matusalem, á la Marquesa y á los cien mil duros que se llevó el viento, y si alguna vez surgian del fondo de

su memoria, los veía como recuerdos lejanos, como si hiciera un siglo que no los había visto; porque nada se aleja tanto de nosotros como las cosas que olvidamos.

Al volver de la imprenta, reparó que las cuartillas manuscritas del artículo corregido estaban sobre la mesa, diciéndole..... «¡qué memoria!» Se le habían olvidado; cosa bien natural por cierto, pues tampoco el *regente* al recibir las pruebas las había echado de ménos, y no se sabía que tuviera una vecina tan encantadora, con una madre tan antipática y un hermano tan odioso. Además, no eran necesarias, porque el original que va á las imprentas se pierde en ellas como la simiente en la tierra; produce sus frutos buenos ó malos y desaparece. No sintió, pues, remordimientos por semejante olvido.

«Pasar por la vida como pasan los pájaros por el aire y los peces por el agua, sin dejar sobre la tierra una señal ó un recuerdo más ó ménos duradero que atestigue ante las edades futuras nuestro paso por el mundo; no sobrevivirse, equivale á no haber nacido.»

Esto pensó Miguel de repente, causán-

dose á sí mismo una agradable sorpresa, semejante á la que experimentamos cuando al despertar de un sueño pavoroso en que nos hemos visto muertos dentro del ataúd y hasta dentro de la misma sepultura, abrimos los ojos y nos encontramos vivos.

Fué una idea súbita que relampagueó en su pensamiento, dejando en él los vagos fulgores de un nuevo deseo, de un deseo que no habia sentido nunca. Antes habia soñado muchas veces con las soledades de los desiertos de Africa, y se complacia pensando en la vida salvaje: el capricho más vivo de su deseo era ser cazador de leones.

La gloria se le aparece ahora despertando en su alma el sentimiento innato de su propia inmortalidad..... La gloria humana, como un reflejo de la gloria divina..... la inmortalidad del nombre, como un destello de la inmortalidad del espíritu.

Pero ¿qué gloria?.....

¿La gloria que deja en pos de sí un rayo de luz, ó la gloria que señala su paso con un rastro de sangre?..... ¿La gloria de los guerreros, ó la gloria de los poetas?

Así, de pronto, no supo por qué gloria decidirse; la figura de Alejandro, medio oculta en las lejanas oscuridades de la historia, le seducía; aquel genio de la guerra y de la conquista tomaba á sus ojos, por un capricho óptico de la distancia, grandiosas y brillantes proporciones; pero al mismo tiempo, la figura de Homero, más lejana todavía, acudía á su memoria cantando las hazañas de los héroes, perpetuando en los pueblos de la antigua Grecia el recuerdo de la guerra de Troya, é inmortalizando á los guerreros que celebra.

Delante de la espada de Alejandro caen los pueblos vencidos, los campos arrasados, las ciudades destruidas; delante de su caballo va la muerte; delante de Homero se levantan del mismo modo los vencedores y los vencidos; centellean las armas abandonadas, los carros crujen arrastrados por el ímpetu de los caballos. Troya arruinada levanta sus murallas, y Aquíles, hijo de los dioses, sale de su tienda..... Todo se anima, todo resucita, todo vuelve á ser como debió haber sido..... Homero lleva delante de su genio la vida.

El *corrector de pruebas* se preguntaba :

« ¿Qué queda del soberbio imperio de Alejandro?..... Nada; un nombre.

» ¿Qué queda de Homero?..... Todo..... la *Iliada*.

» Dice el guerrero..... «Tantos pueblos he conquistado.»

» Y dice el poeta..... «Tantos corazones he conmovido.»

» El guerrero busca la gloria, el poeta la reparte.

» El uno la toma, el otro la da.

» Aquél la quiere, éste la tiene.

» La espada del guerrero destruye, el genio del poeta crea.

» Las hazañas de los héroes son magníficos monumentos del poder del hombre, que se desvanecerían pronto en los lejanos horizontes de la historia, si la luz de la poesía no las iluminára y engrandeciera.

» Napoleón I llenó el mundo con el ruido de sus victorias, con el estrépito de sus derrotas, con el asombro de su caída..... Muere, y Manzoni contempla á la tierra atónita ante el anuncio de su muerte, y dice :

» *Muta, pensando al ultima
 Hora de l'uom fatale;
 Ne sà cuando una simile
 Orma di pie mortale
 La sua cruenta polvere
 A calpestar verrà (1).*

» Pero su admiracion por aquel genio de la guerra y de la victoria, de la audacia y de la fortuna, se detiene y pregunta :

Fu vera gloria?..... (2).

» Y exclama :

*A i posteri (3)
 La ardua sentenza.*

» Le tributa el asombro de su admiracion, pero no se atreve á concederle el honor de una gloria verdadera.»

Miguel revolvía todo esto en el fondo inquieto de su imaginacion, sintiéndose inclinado en favor de la gloria del poeta; le pa-

(1) La traduccion al pié de la letra es la siguiente :

« Muda, pensando en la última hora del hombre fatal, y no sabe cuándo una planta humana semejante volverá á pisar su polvo ensangrentado.»

(2) « ¿Fué verdadera gloria?.....»

(3) « A la posteridad la difícil sentencia.

recia la más bella de las glorias humanas, el punto más elevado de la inteligencia del hombre, y todo iba tomando en su pensamiento los contornos armoniosos de la poesía.

En una palabra, el *corrector de pruebas* estaba enamorado, y no sabiendo cómo expresarse sus primeros sentimientos, buscaba una lengua en que poder publicarlos..... ¡Pícaro vecino, qué revolución había hecho en aquella cabeza atolondrada y en aquel corazón solitario!

—Ser poeta, decía, ¡qué felicidad!..... Infundir en los demás sus propios sentimientos, conmover con sus propias emociones..... sorprender los secretos del corazón..... los secretos de la naturaleza, los secretos de la vida y hablar la lengua maravillosa que encuentra eco en todos los corazones, era para Miguel el bien supremo.

Esconderse como un ruiseñor en la espesura de una alameda bajo un cielo sereno y estrellado, á la luz de la luna solitaria que pasa triste por entre las nubes, y cantar con notas no aprendidas, melodías que no caben

en la lengua del mundo, ternuras que se escapan de la tierra.....

Entristecer y alegrar; hacer pasar por los ojos de la multitud los resplandores del día y las sombras de la noche; sondear los misterios del crepúsculo, la alegría de la mañana, la tristeza de la tarde; encontrar suspiros en el viento que vuela, sollozos en el agua que corre, sonidos en el silencio, rayos de luz en la oscuridad; descubrir el alma en una mirada, el corazón en una sonrisa, el amor en una lágrima..... inmortalizar á Laura como la inmortalizó Petrarca..... eternizar á Beatriz como la eterniza Dante..... desear á Flérida como la desea Garcilaso.....

Decirle á la lengua, así se habla; á la inteligencia, así se piensa; al hombre, así se muere; al corazón, así se ama; tener la misteriosa intuición de la belleza en las palabras, en las ideas y en los sentimientos..... sentir todo lo grande y cantar todo lo bueno es levantarse sobre el resto de los hombres.

Miguel estaba asombrado de su propia elocuencia..... ignoraba él que tenía dentro de la cabeza tanta palabra y dentro de su

corazon tanto entusiasmo; todo esto se le aparecia de repente, lo mismo, lo mismo que se le habia aparecido la faz risueña de la hermosa vecina; y con la misma admiracion que habia contemplado su risueña cabeza, sus frescas mejillas y su gracioso talle, oia ahora el ruido de sus propias palabras..... Se escuchaba como si fuera otro el que estuviera hablando..... Jamas se le habia ocurrido que un poeta pudiera ser lo que en aquel momento se imaginaba.

He dicho que se escuchaba como si fuera otro el que hablára, y en efecto, era otro, era otro el que hablaba, porque en veinte y cuatro horas se habia verificado en él una transformacion de que el mismo no se daba cuenta.

Estos prodigios suelen hacerlos las mujeres, sin que por eso dejen ellas de experimentarlos tambien, como simples mortales sujetas á las alteraciones que sufre la naturaleza humana.

La primera poesía que Miguel trazó en su pensamiento, si dejamos aparte los cien mil duros que el viento se habia llevado

cuando acababa de juntarlos en números redondos, fué una poesía en prosa, un idilio sin consonantes y sin medida.

Habia imaginado una casita blanca como la nieve, siempre blanca, como si siempre estuviera acabada de hacer, libre de todos los rigores de la intemperie, de la lluvia que mancha las paredes y ennegrece las tejas, del sol que abrasa y quema, del viento que empolva el color encarnado del barro cocido y la blancura de la cal purificada en el fuego y en el agua.

Esta casita, escondida en un bosque solitario, debía tener un jardín, donde en caprichosos cuadros habian de sucederse generaciones interminables de flores de diferentes maneras pintadas y de mil modos olorosas. Allí cerca debía desprenderse de la altura de la montaña un arroyo fresco y transparente, dulce como la miel y sonoro como una orquesta. Habiendo una montaña, malo habia de ser que no hubiera un valle caprichoso como una niña y verde y florido como los primeros quince años de la vida.

Con un bosque, una montaña y un valle

ya hay paisaje, pero se aumentaria su belleza si por aquellas inmediaciones tendiera el mar las anchas ondas de su manto, lamiendo la menuda arena de la orilla y azotando á la vez los duros peñascos de las rocas, que se empinarian unas sobre otras, contemplando sus tempestuosas soledades.

¿Qué inconveniente hay en situar esta casita, este bosque, esta montaña y este valle á la orilla del mar?..... Ninguno. Pues bien; coloquemos el paisaje á la orilla del mar..... casualmente el lienzo se halla dispuesto á recibir las órdenes del pincel.

Donde se dice aire, flores, árboles, agua, valle y montaña, se dice pájaros; porque así como donde hay un polvo de tierra, un rayo de sol y una gota de agua, hay siempre una flor; allí donde hay un árbol que dé sombra, una teja que dé abrigo y una semilla que dé alimento..... allí hay un nido; habria tambien pájaros.

Donde hay árboles hay pájaros; pues bien, de la misma manera, donde hay flores hay mariposas, porque las mariposas son los pájaros de las flores.

En esta casita solitaria, léjos del bullicio del mundo y adornada con todos los encantos de la naturaleza, fresca en el verano, tibia en el invierno, viviria Miguel poco más ó ménos como Adan debió vivir en el paraíso.

Al otro lado de la montaña, ó en el seno del valle, ó al extremo opuesto del bosque, podia haber un palacio ó una choza, que para el caso es lo mismo, donde habia de vivir una anciana respetable, descalza ó con botas de raso, circunstancia indiferente si tenía una nieta risueña ó triste, sonrosada ó pálida, cuyos rubios cabellos se escapáran bulliciosos, bien por debajo de las anchas alas de un sombrero de pastora, ó bajo el brillante círculo de una corona de duquesa.

Como la imaginacion se refiere siempre en sus pinturas á algo conocido..... Miguel trazaba la figura de esta duquesa ó de esta pastora, así, poco más ó ménos como un retrato de la vecina, y no encontraba inconveniente ninguno en que, pastora ó duquesa, seguida de pajes ó seguida de perros, más fieles que los hombres, fuera la vecina misma.

Pastora ó duquesa, la encontraría una mañana ó una tarde, cogiendo flores ó cogiendo madroños, á la orilla del mar ó al pié de la montaña, leyendo á *Pablo y Virginia* ó tejiendo canastillos de mimbres.

Ambos quedarian sorprendidos al verse, porque la gracia del caso consiste en que no habian de haberse visto nunca, al mismo tiempo que al encontrarse por primera vez debia parecerles á los dos que se habian estado viendo toda la vida.

Se mirarian mutuamente, diciendo él, ¡qué hermosa! y ella, ¡qué guapo!

Por supuesto, ambas exclamaciones hechas allá en el último rincon del pensamiento.

Al dia siguiente estaria ella en el mismo sitio, á la misma hora y del mismo modo, y él volveria por los mismos pasos, como si á uno y á otro se les hubiera perdido algo allí donde por primera vez se habian visto el dia ántes.

Aquí se detuvo el poeta indeciso, sin saber qué sucederia la segunda vez que se vieran; pero supuso que detras de la primera

mirada vendria naturalmente la primera sonrisa.

Desde ese momento empezaria la serie de los encuentros casuales, de las mudas confianzas, de los tímidos saludos..... Duquesa ó pastora, ¡qué tiernas conversaciones á la sombra de los castaños! ¡qué dulces silencios á la orilla del mar!..... ¡qué paseos tan largos y tan breves!..... ¡qué mañanas tan ligeras!..... ¡qué tardes tan fugitivas!.....

Alguna vez habria que saltar el arroyo, ó subir la ladera, ó bajar al valle, y entónces aquellas manos se buscarian, y temblarian un momento la una dentro de la otra.....

Arrastrado por la fuerza de la inspiracion, el *corrector de pruebas* agotaba todas las severas dulzuras del idilio, embriagándose en los encantos de su propia obra; pero aquel horizonte sereno que se abria en el fondo de su alma, debia tener alguna nube que lo oscureciera, alguna sombra que empañára el azul transparente de aquel cielo encantado. Era preciso el contraste para realzar la belleza demasiado tranquila del cuadro..... Un incidente que despertára las inquietudes dor-

midas, algo imprevisto, que interrumpiera el curso sosegado de aquella felicidad inalterable.....

Entonces pensó..... que la naturaleza podía muy bien prestarse á dar nueva vida á su creacion..... que, francamente, languidecia abrumada bajo el peso de tanta dicha.

Un dia el cielo se oscurece, las nubes amontonadas sobre las montañas se tienden, arrojando sobre el valle y sobre el bosque sus sombras pavorosas; el viento, en vez de suspirar entre las hojas de los árboles, brama furioso entre los picos de las rocas; los relámpagos rasgan el seno profundo de las nubes, y la mar agitada muge, contestando con el trueno de las olas al trueno de las nubes.

Es un dia de tormenta, el agua cae á torrentes y no hay manera de salir de casa..... aquel dia lo pasarán sin verse y ambos sufrirán todas las inquietudes y todos los dolores de la ausencia; la tempestad los separa.

En el sitio donde se vieron la vez primera, ha formado *él* una pequeña gruta; cuatro tilos, como si al nacer hubieran sabido

el tierno secreto de su destino, habian entrelazado sus verdes copas, y una enredadera cariñosamente dirigida, saltando de un tronco á otro, tendia la enmarañada red de sus vástagos, formando paredes de flores. Era un pabellon á la vez rústico y elegante, que lo mismo podia servir para una pastora que para una duquesa. En las ramas entretejidas de los tilos que daban sombra á la gruta, habia colgado *ella* una guirnalda de rosas que pendia como una lámpara, iluminando la verde oscuridad del follaje con una luz semejante á la luz de la aurora.

Todo pasa en el mundo, y por eso pasan tambien las tempestades; las nubes huyeron, y el cielo, más azul que nunca, reflejó los rayos oblicuos del sol que se ponía detras de la montaña..... ¡Qué alegría!..... aún podian verse..... *Él* sale de su casita blanca como la nieve, y *ella* de su palacio ó de su choza..... pero en vano buscan el lugar donde suelen encontrarse, porque el arroyo, hinchado por la lluvia, baja de la montaña como un torrente, y se lanza impetuoso por el seno del valle como un rio que todo lo inunda.

La gruta ha desaparecido bajo el tumulto de las aguas, y los tilos levantan las puntas de sus vástagos sobre la corriente como levanta los brazos sobre las olas un hombre que nada; todo ha desaparecido.

Él contempla este asolador espectáculo desde la orilla de aquel rio repentino, y *ella* lo contempla tambien desde la orilla opuesta..... Se ven, se buscan y no pueden acercarse; se llaman y no se oyen..... tan cerca, y sin embargo hay entre ellos un abismo..... Agitan sus manos como si se despidieran para siempre, y poco á poco van desapareciendo uno y otro, disipándose por las sombras de la noche, que se interponen entre sus ojos como las ondas del agua entre sus piés y el ruido del aire entre sus voces.....

Aquí se detuvo de nuevo el poeta, sin atreverse á seguir adelante.

Mas ¿era todo ficcion de su fantasía? ¿No sería posible encontrar el hilo real y positivo de aquel ovillo imaginado?

Suprímase la casita, el jardin, el bosque, el valle, la montaña, el mar, la choza ó el palacio, y siempre quedará, pastora ó

duquesa, la dulce imágen de la vecina.

¿Qué más da que se vean por primera vez desde dos pobres ventanas de dos boardillas, que á la sombra de pomposos árboles, ó al pié de una montaña majestuosa, ó á la orilla de un arroyo dulce y cristalino, ó en la perfumada ladera de un valle siempre florido, si la vez primera que se ven les parece que han estado viéndose toda la vida?

¿Acaso es absolutamente indispensable que los *idilios* nazcan y mueran, como las flores silvestres, en las risueñas soledades de la naturaleza? ¿No pueden nacer y morir en el corazón?..... ¿No se puede amar tierna y sencillamente desde las cuatro paredes de un cuarto piso, adonde también llega el sol del cielo, el aire bullicioso de la mañana y las sombras melancólicas de la tarde?

Si el amor todo lo embellece, ¿quién ha dicho que no puede transformar una boardilla en un palacio de mármoles ó en una gruta de flores?

Miguel tenía el *idilio* en el fondo de su alma, y había hecho de su cuarto una casita blanca como la nieve..... del cuarto de su

vecina una gruta encantada; los tejados confundiendo unos en otros hasta perderse en el horizonte, formaban los contornos de las montañas; las calles se abrían paso entre las casas como los barrancos entre las rocas; los pájaros anidan también bajo el techo hospitalario de las tejas, y el *amarillo jaramago* crece solitario en las grietas de las paredes..... Faltaba el bosque..... pero ¡bah! ¿nos hemos de detener por tan poca cosa?..... Además, desde el cuarto de Miguel se distinguía el confuso verdor del Retiro, y esto era bastante para completar la semejanza del cuadro.

El mar no era tan fácil traerlo para trazar esa línea azul que debía ondear en el último término del paisaje; pero ¿qué más mar que el oleaje continuo de las muchedumbres que se agitan en el seno casi siempre tempestuoso de las ciudades populosas? ¿Qué más mar que ese ir y venir de gente que se empuja y se atropella por todas partes en incesante movimiento, como las olas del Océano, condenadas á inquietud perpetua?.....

Mar, montañas, bosque, pájaros, flores, el cielo, que es el mismo en todas partes, inmutable como la verdad; nubes, la luz sonrosada del día que amanece, como si se avergonzara de mirar á la tierra; la sombra de la tarde medio enlutada por las primeras oscuridades de la noche..... Verdaderamente nada faltaba al cuadro. Miguel no habia hecho más que trasplantar las semillas de la realidad al campo siempre florido de las ilusiones.

Por lo que hace al curso de los sucesos, se encontraba en el primer canto del *idilio*, esto es, en el primer encuentro, en la primera sorpresa, en la primera mirada; porque la imaginacion, más rápida que el tiempo, habia llegado al fin cuando todavía estamos en el principio.

Salió del fondo perfumado de su casita blanca, es decir, del sueño de su pensamiento, y vió ante sus ojos el cuadro azul de la ventana, por donde, digámoslo así, entraba el cielo, y se acercó al pasamano tímidamente, como quien se acerca al lugar de una cita misteriosa.

Allí permaneció tendiendo la mirada, ya á una parte, ya á otra, buscando algo que no parecia. Realmente en aquella ventana se le habian perdido cien mil duros, más ó ménos fantásticos, pero al fin cien mil duros; mas no era eso lo que buscaba. Otro tesoro despertaba entónces la codicia de su corazon.....

La ventana de enfrente tenía entreabiertos los cristales, y el aire entrando y saliendo hacia entrar y salir el extremo de uno de los *visillos*, agitándolos de modo que parecia una mano blanca, tímida y ligera, que dice «vén», y se esconde; ó por lo ménos, que dice, «espera», y desaparece..... Era una seña misteriosa que el aire oficioso se habia encargado de trasmitir, contando con la docilidad del *visillo* que continuaba entrando y saliendo á merced del aire que entraba y salia.

Al fin, los cristales se abrieron de par en par, y en el hueco de la ventana apareció una sombra que nuestro poeta no quiso mirar por no ver la figura de la madre ó el perfil del hermano.

Sin embargo, sus ojos se iban hácia la ven-

tana, y le costaba trabajo sujetarlos..... queria ver sin mirar, y eso solo saben hacerlo las mujeres. Entónces le ocurrió como una idea felicísima el medio más sencillo del mundo. Consistia en retirarse de la ventana, colocarse en el interior del cuarto en el punto conveniente, y desde allí mirar sin ser visto.

Lo mismo que lo pensó lo hizo, y se encontró con los ojos de la vecina, que miraban á su ventana con apacible tristeza.

Hacia cuarenta y ocho horas que el *corrector de pruebas* no habia visto el semblante de tan bella criatura, y podrémos imaginarnos el efecto que le causaria la aparicion, si calculamos lo bella que debe ser la aurora despues de una noche de dos dias mortales.

Pronto notó que sus mejillas estaban más pálidas, que sus ojos brillaban húmedos como si hubieran llorado ó como si estuvieran prontos á llorar; advirtió que su boca se replegaba sobre sí misma, con esa gracia irresistible con que la boca de un niño afligido se encoge para sujetar los sollozos que hierven en su pecho; y vió, en fin, con rabia, con indignacion, con ira, con verdadero coraje,

una mancha azulada sobre su frente, cerca de la sien, que no dejaba duda de que en aquel sitio habia recibido la pobre niña un golpe alevoso; é inmediatamente recordó la escena que habia presenciado la tarde ántes; aquélla debia ser la señal que la silla lanzada por su odioso hermano habia impreso en la frente inmaculadada de aquel ángel del cielo.

Notó tambien que la jaula no aparecia colgada de la ventana, y le parecia más triste el cuadro, porque el infeliz canario alevosamente *asesinado* no lo alegraba con sus saltos y con sus trinos.

Templó su cólera, dulcificó la airada expresion de su rostro y se asomó de nuevo á la ventana. La vecina le vió, y si me es permitido traducir el movimiento involuntario de su cabeza, aseguraré que dijo:

—¡Ah..... está ahí!.....

Antes Miguel habia dicho:

—¡Oh..... es *ella*!

Esas admiraciones son indispensables en estas sorpresas esperadas, en estos encuentros tácitamente convenidos, en estas citas tanto más misteriosas, cuanto que pasan ig-

noradas hasta por los mismos que se buscan y se encuentran.

Al verse los dos se sorprenden, y ambos exclaman: ¡Ah!..... ¡Oh!..... es decir: ¡Qué dicha!..... ¡qué alegría!.....

El *idilio* suspenso en los espacios imaginarios, continuaba en la realidad: la ficción iba tomando cuerpo; la pastora ó la duquesa aparecía por segunda vez en el mismo sitio, á la misma hora, en el cuadro solitario de su humilde ventana; parecia que á los dos se les habia perdido algo; á *ella* en la ventana de *él*, á *él* en la ventana de *ella*.

Entre ellos se habia cruzado ya la primera mirada, la que en un lenguaje sin palabras formula clara y distintamente la primera idea del amor, la que dice: «Me gustas.»

Despues vendria naturalmente la primera sonrisa, la que anuncia el primer sentimiento del cariño, la que llega al alma silenciosamente y le dice con el mayor sigilo: «Te quiero.»

Várias veces se habian encontrado sus ojos, separándose como dos amigos que van

á volver á verse pronto. Se separaban..... ¡qué capricho!..... por el placer de volver á encontrarse.

Así pasó una hora para el reloj, que mide el tiempo con fria indiferencia, mas para ellos debió ser un instante.

Al fin, la vecina alzó su hermosa cabeza, miró á Miguel y se sonrió, desapareciendo detras de la ventana.

Era la primera sonrisa.



CAPÍTULO VIII.

Donde verá el lector claramente por los ojos de un
ciego.

A los veinte y tres años contrajo Juana su primer matrimonio, y debo decirlo en honor de sus singulares atractivos: si no se casó ántes fué porque no quiso; pues si bien no llegó nunca á ser un portento de belleza, tuvo siempre bastante maña para infundir en los hombres dispuestos á casarse, la idea de que ella era la mujer que necesitaban.

No se le habian conocido ninguno de esos devaneos en que las mujeres suelen malgastar los tesoros de su corazon, abandonándose á las disipaciones inocentes y alguna vez peligrosas, que traen consigo las inconstancias de los primeros años de la juventud; y aunque no faltaban lenguas envidiosas que

dejaban entender *si tuvo ó si no tuvo, si fué ó si vino*; semejantes rumores no pudieron nunca precisarse, y fuera de un rico *pañolon* de Manila que Juana lució muchas tardes de fiesta, ya en Chamberí, ya en la Vírgen del Puerto, ya en San Antonio de la Florida, que lo estrenó el mismo día de San Isidro, y cuyo origen fué siempre ignorado, nada se averiguó ni nada se dijo que sirviera de fundamento formal á tan vagas acusaciones.

Ella por su parte, haciéndose superior á la maledicencia, no intentó nunca aclarar el misterio de aquel pañuelo inexplicable, que estaba realmente fuera del alcance de su fortuna, y que habia despertado la envidia de sus amigas.

Nunca tuvo lo que en el lenguaje de los galanteos más ó ménos superficiales se llama un amante; á lo ménos no se supo, pero en cambio se vió rodeada de muchos pretendientes.

Juana, decian, es una muchacha capaz de sacar agua de una piedra.

Juana es una hormiga para su casa.

Juana es mujer que va siempre al grano.

Con Juana no se morirá nadie de hambre.

Con tan buenos antecedentes se veía á la vez pretendida por unos y por otros, es decir, por los más aficionados á pasar el día en la taberna, y por los que habian consagrado más asiduamente su vida á la honrosa tarea del trabajo.

Los primeros, porque con una mujer como Juana tendrían siempre la camisa limpia, la cama hecha, la mesa puesta y la taberna abierta, y los segundos, porque en las manos de Juana se doblaría el jornal y se harían ahorros insensibles para el caso de una enfermedad ó de otra desgracia semejante.

Los unos buscaban á una mujer á quien decirle: « Dame. »

Los otros buscaban á una mujer á quien decirle: « Toma. »

Entre estos últimos eligió Juana, entregando su mano medianamente blanca á un ebanista hábil, trabajador, de buena madera, capaz de hacer una moldura en el filo de una espada en ménos tiempo del que se dice.

Los primeros años de este matrimonio

fueron felices..... No digamos que reventaban de felicidad, pero, vamos, vivían tranquilos; él trabajando como un negro y ella administrando el jornal que el ebanista ponía todas las semanas en sus manos, donde desaparecía íntegro como si cayera en un bolsillo sin fondo.

A los dos años tuvieron un hijo; podía creerse que la naturaleza indecisa había necesitado todo ese tiempo para decidirse á aumentar la familia.

El ebanista saltaba de gozo; sentía todo el regocijo que inspira la idea de ser padre, y además cierta satisfacción íntima nacida de una duda que veía desvanecida, porque el pobre marido, dominado por Juana, sometido al carácter inflexible de su mujer, había llegado á pensar algunas veces si él no sería hombre.

Tan fausto suceso infundió en su ánimo una centella de vigor varonil, y acercándose á la cama de la madre y oprimiendo tímidamente con un dedo la mejilla del niño, exclamó con aire triunfante :

—Ya estamos dos hombres en la casa.

—Sí, contestó Juana con viveza; ya somos tres.

Aquí el lector preguntará: Todo eso está muy bien; pero ¿quién es Juana?

Juana es, digámoslo así, la madre de la vecina.

Observaba el ebanista con secreta atención la rigurosa economía que reinaba en su casa, y echando las cuentas más galanas que se han echado en el mundo, se guiñaba el ojo á sí mismo, se restregaba las manos y decía:

—¡Qué *bucha* tendrá!

Sin embargo, no se atrevía á ir de frente en sus averiguaciones, y semejante al que busca un tesoro escondido en las entrañas de la tierra, hacia *catas* inútiles, golpeando aquí y allí, más acá y más allá, sin obtener indicio alguno, porque Juana eludía las preguntas con respuestas evasivas, como elude las repetidas vueltas de la llave el pestillo tenaz de una puerta empeñada en no abrirse.

Decía el ebanista:

—Hay poco trabajo..... el taller va mal.

Juana contestaba:

—¿Sí? pues estamos frescos.

—Ya se ve, añadía el marido, el dinero se esconde.

—No lo creas, replicaba la mujer; el amor y el dinero no pueden estar ocultos..... Cuando no hay, es que no hay.

Otras veces la conversacion variaba de rumbo, y el ebanista echaba de nuevo la sonda de su curiosidad en el abismo de su mujer, diciendo:

—Si yo trabajára de mi cuenta, ganaria doble.

—¡Doble!..... exclamaba Juana. Sí, sí; trabaja de tu cuenta.

—Ya, replicaba el marido; para eso tendria que abrir un taller.

—Toma, contestaba ella..... pues ábrelo.

—Si no fuera más que abrirlo, ya estaria abierto..... pero..... figúrate..... no se abre un taller sin dinero.

—¿Y cuánto necesitarías para abrir tu taller?.....

Esta pregunta de Juana sonó á hueco en los oidos del ebanista, como suena la pared, dentro de la cual está escondido el tesoro.

—Necesitaria, contestó..... seis mil reales.

—¡Seis mil reales!..... exclamó Juana.
¡Qué barbaridad!

El pobre hombre insistía diciendo:

—Tal vez para empezar no necesite tanto..... Puede ser que con tres mil reales tuviera bastante.

—Tres mil reales para empezar, decía ella; sí..... ganando doble ya era otra cosa..... pero mira tú..... si el trabajo falta.....

—No, replicaba él..... no faltaría.

—En ese caso.....

—Que.....

—En ese caso podríamos hacer un esfuerzo.

—¡Cómo!.....

—Nunca faltan recursos.

—¿Tienes tú alguno?

—Puede ser.

—Ya sabía yo que tú tendrías recursos.

—¿Por qué?

—Porque tú sabes mucho.

—En el mundo es preciso saber algo.

—Vamos; ¿con qué recursos podemos contar?

Esta pregunta la hacía el ebanista con la

voz temblorosa; era el último golpe asestado contra la última capa de piedra que oculta el tesoro..... La pared iba al fin á abrirse..... ya no quedaba más que contar el dinero.

Juana contestó:

—Recursos..... yo tengo uno.

—Veamos, dijo el marido, con la ansiedad del que ve el cielo abierto.

Su mujer lo miró fijamente diciéndole:

—El trabajo es dinero; tú trabajas bien, y tres mil reales los tiene cualquiera.

—¡Cualquiera!..... exclamó el ebanista.

—Cualquiera, replicó Juana; es decir, cualquiera que los tenga.

—Pero bien; ¿qué harémos nosotros con tres mil reales que tenga cualquiera?

—¿Qué harémos?..... es muy sencillo; pedirselos, y si nos los da, tenerlos; y teniéndolos, abrir el taller y ganar doble.

El ebanista se quedó frío como la nieve y en mucho tiempo no volvió á hablar del asunto.

Pero él debia tener algunos ahorros. Todos sus compañeros de taller que veian la

pobreza de sus vestidos y la sobriedad de sus comidas, que sabian lo mucho que trabajaba, lo hacian rico..... Tan hombre de bien, con tan buenas manos y con una mujer tan económica, debia estar nadando en oro.

Él mismo llegaba á persuadirse de ello.

Un dia se decidió al fin á tomar una resolucion enérgica. Sentia que su mano no empujaba ya con la misma seguridad y con la misma fuerza que ántes el escoplo, que temblaba entre sus dedos; notaba que su vista, cansada de seguir de dia y de noche las líneas de los dibujos trazados sobre la madera, empezaba á faltarle, y conocia que sus obras no sacaban ya aquella pureza, aquella finura, aquella suavidad y aquella gracia que habian hecho célebre entre la gente del oficio su genio de tallista; y ántes de hacer el último esfuerzo para asegurarse contra ciertas eventualidades que presentia, deseaba saber si Juana, anticipándose á estos mismos temores, le ocultaba el secreto de su pequeño tesoro, creyendo que así lo tendria mejor guardado.

Quería saber esto para trabajar más si no había nada, ó trabajar ménos si había algo; de todos modos, para quitarse la vida trabajando en más ó en ménos tiempo.

Con algunos ahorros no tenía necesidad de matarse; pondría un taller y su vida sería más descansada; pero no teniendo más que el jornal de su trabajo, era preciso redoblar los esfuerzos, aprovechar la salud, la habilidad y la vista que áun le quedaban, para ganar en poco tiempo tanto tiempo perdido..... El infeliz tenía un hijo y no quería dejarlo completamente en la miseria.

Dos veces probó á sondear por última vez aquel misterio, y las dos veces aplazó para ocasión más oportuna su tentativa, so pretexto de que era preciso coger á Juana en un momento á propósito, y Juana, que era una mujer muy séria, estaba aquellos dias más séria que nunca. Se le ocurrió la idea de alegrarla haciéndole beber lo absolutamente preciso para que se le escapára el secreto; pero tuvo que renunciar á esta idea, porque aquellas manos de oro no disponían ni de un cuarto.

Al fin se atrevió, y con la cara más dulce del mundo, dando á sus palabras el tono de la más completa indiferencia, se acercó á su mujer y le dijo :

—Dime, Juana, ¿sabes qué dia es el lunes que viene?

—Lunes, contestó ella.

—Sí; pero quiero decir que si sabes qué santo es el lunes.

—Sí, dijo la mujer reflexionando; debe ser el dia del santo de nuestro hijo.

—Ajajá; eso mismo. ¿Y sabes tú que yo quisiera echar en ese dia la casa por la ventana?

Juana se encogió de hombros y él añadió :

—Vamos á ver; ¿no tenemos por ahí algunos ahorrillos?

La mujer soltó una carcajada visiblemente fingida, que desconcertó al ebanista, y despues con voz lastimera dijo :

—¡Ahorros!..... ¡ahorros!..... Da gracias á Dios de que no tengamos deudas..... hijo mio, el dinero se gasta más fácilmente que se gana..... yo no puedo hacer milagros.

Desde aquel día el ebanista se encerró en el trabajo, entregándose á él con verdadera furia de día y de noche, durmiendo poco, comiendo ménos y no hablando nada; las limas y los escoplos se cansaban ántes que sus manos; trabajaba con pasión, con delirio; habia algo de frenético en aquella ánsia de trabajar; tenía la tenaz actividad, la fuerza y la resistencia de un loco. Toda su voluntad se reunia en esta palabra: trabajar; su carácter débil, su condicion dulce y apacible era inflexible para el trabajo; delante del banco, inclinado sobre la prensa que sujetaba la madera que habia de surcar el escoplo, desplegaba una energía indómita; aquel pobre hombre era un héroe.

Enflaquecía, se demacraba, sus mejillas se hundían, y el cuerpo, alentado por la voluntad, empezó al fin á rendirse bajo el peso continuo de aquella fatiga sin descanso, y sus ojos se apagaban poco á poco como un día que se acaba; pero seguía trabajando medio á oscuras, casi á tuestas, iluminando, digámoslo así, con la finura del tacto la oscuridad de las sombras que empezaban á ten-

derse delante de sus ojos; los dedos adivinaban los contornos de las molduras que su vista no alcanzaba á distinguir, ellos le descubrían lo que las tinieblas de los ojos le ocultaban.

Una mañana se despertó despues de tres horas de sueño..... La primera luz del dia penetraba al traves de las junturas de las ventanas, y el ebanista abrió los ojos apresuradamente; creia que habia dormido demasiado, y se sentó en la cama movido por el resorte de su incansable actividad, pero no vió más que tinieblas, y dijo con alegría:

—Hola..... áun no ha amanecido.

Juana, que estaba tambien despierta, oyó estas palabras, y desperezándose como el que sale de las dulzuras de un sueño profundo, replicó diciendo:

—Lo ménos hace media hora que es de dia.

—¡De dia!..... exclamó su marido..... no es posible.

—¿Pues no ves la luz que entra por las junturas de las maderas y por debajo de la puerta?

—No veo nada, contestó el ebanista con voz sorda.

—Estarás medio dormido y tendrás telarañas en los ojos: acaba de despertarte.

Y añadiendo la acción á las palabras asió el brazo de su marido y lo sacudió violentamente.

—Te digo, repitió él, que no veo ni rastro de luz.

Entonces saltó Juana de la cama, se acercó á la ventana y la abrió de par en par.

En el momento mismo se inundó la habitación con los resplandores de la mañana, llenando el aire de reflejos azules, blancos y rojos, cuya claridad anunciaba que el sol, brillante como una antorcha, estaba á punto de salir del seno sonrosado de la aurora.

—Vamos, dijo la mujer. ¿Es de día ó no es de día?

El ebanista dobló la cabeza sobre el pecho por toda respuesta, dejando oír el ahogado murmullo de un profundo sollozo.

Juana se acercó á él, lo sacudió de nuevo y le dijo:

—Vamos, contesta: ¿es de día ó no es de día?

Los ojos del ebanista, desmesuradamente abiertos, empañados y sin mirada, buscaban la luz inútilmente. Sólo distinguían una sombra blanca como una nube vaga, indecisa, que llenándolo todo, todo desaparecía debajo de ella.

—¡Qué es esto!..... gritó la mujer acercando su rostro á la cara del marido para ver mejor la expresion fria de aquellos ojos muertos.

Él levantó la mano, tropezó con la cabeza de su mujer, la rechazó suavemente, y dijo:

—Nada; no es nada.

Dos lágrimas enormes aparecieron en sus párpados, vacilaron un instante, y desprendiéndose al fin, descendieron lentamente por los surcos de sus mejillas.

El infeliz estaba ciego.

Juana tuvo al fin que persuadirse de que los ojos de su marido, apagados para siempre, no volverian á ver más la luz del día; mas no se desesperó; su pena se exhalaba en

una sola frase continuamente repetida, y que venía á ser como el único grito de su sentimiento, como el único suspiro de su corazón.

Ella decia :

—¡Qué lástima..... qué lástima..... ahora que ganaba doble!.....

Algunas veces el pobre ciego, sentado al pié de la ventana para sentir los rayos del sol, ya que no podia verlos, sujetaba entre las rodillas á su hijo, que ya habia cumplido seis años, y lo palpaba, deteniendo los dedos sobre sus hombros, sobre su cabeza, sobre su rostro, como si quisiera contemplarlo con las manos.

El muchacho, por una crueldad de la inocencia ó por la perversidad de su instinto, huia de su padre; y cuando lograba escaparse de aquellas tiernas contemplaciones, contestaba á las dulces palabras del infortunado ciego con guiños horribles y con gestos soeces.

Desde que sus ojos se oscurecieron por completo, el infeliz ebanista habia perdido dentro de su misma casa hasta el nombre de

marido y el nombre de padre; porque desde aquel momento, Juana lo bautizó con el nombre de tan cruel desgracia, y la madre y el hijo lo nombraban del mismo modo; ambos le llamaban *el ciego*.

Más de una vez llegaron á su olfato, afinado por la oscuridad de sus ojos, perfumes agradables, despertadores del apetito, que sin duda alguna, escapados de la cocina, venían á ofrecerle para la hora de la comida ó de la cena algun plato extraordinario; pero ese plato no llegó nunca ni á sus manos ni á su boca; su alimento diario hubiera sido siempre el mismo, si el infeliz no advirtiera que cada vez iba siendo más escaso y más pobre.

El pan duro era para el ciego, los huesos para el ciego; lo que no servía para los demás servía muy bien para el ciego. Y no tenía motivo en que fundar ninguna queja. No trabajaba, nada poseía, nada adquiría, y sea como quiera, Juana, al fin y al cabo, con los trabajos del mundo, acudía á las necesidades de la casa: pan, aunque duro, no le había faltado todavía..... Vamos, el pobre

ciego vivia como un príncipe. Aunque ciego de los dos ojos, bien podia resignarse á su desgracia, llorando con uno solo..... llorar con un ojo no es más que llorar á medias.

Para mayor comodidad del ebanista, dispuso Juana que comiera aparte y en un rincón de la casa, sirviéndole de mesa sus propias rodillas; con una cuchara de palo tomaba el alimento preciso, el alimento sin el que la vida material, la vida animal, ciega como un bruto, se negaria á mantenernos sobre la tierra.

La vida que se pierde en un sentido, suele repartirse entre los demás sentidos, y si el sentido que se pierde es el de la vista, entónces crece visiblemente el olfato, el tacto y el oído. El paladar no tiene parte en este reparto, porque es el sentido más grosero de todos los sentidos, y digan lo que quieran los gastrónomos, es la hez de los sentidos, porque el estómago no tiene dignidad: el placer de la mesa es el último placer de las sociedades corrompidas.

El ciego comia lo que le daban, pero oia

más de lo que su mujer hubiera querido que oyese.

Solia oír desde el rincón en que habitualmente pasaba las oscuras horas de su vida, como el murmullo de una conversacion, cuyas palabras ahogadas no podia distinguir..... Solia oír algo parecido al silbido que produce una tela de seda que se dobla ó se desdobra, y otras veces sonaban en sus oídos golpes repentinos, como de estuches que se cierran; en fin, percibia otras veces ruidos sonoros medio ahogados, parecidos al que resulta cuando un duro cae sobre otro duro.

Al traves de todo esto, el pobre ciego creia ver algo; pero, no obstante la bondad de su corazón, más ciega que sus ojos, subia inmediatamente á su cabeza y le hacia decir con voz comprimida:

—No, no; no es posible.

Así pasaron muchos dias, en los que el marido y la mujer pensaban absolutamente lo mismo.

Él se preguntaba en su pensamiento:

—¿Qué haria yo para ayudar á la pobre Juana?

Y la pobre Juana se devanaba los sesos deseando averiguar cómo el ciego podría á lo ménos ganarse la vida.

Él decía :

—Si supiera tocar algun instrumento, *cencerrear* siquiera alguna mala guitarra. Si supiera cantar.....

Y su corazon triste , profundamente triste, se despedazaba considerando que la suerte lo privaba hasta del último recurso, del recurso que los más desgraciados suelen encontrar en la industria de la alegría.

Por su parte, Juana buscaba un manubrio, al cual pudiera el ciego asirse y mover en vueltas incesantes doce horas diarias por una peseta ó por tres reales..... por dos reales siquiera.

Ya sabemos que aquella ceguera tardía, sorprendiendo sus ojos , lo habia dejado á un mismo tiempo sin luz y sin tino, y no podia correr por las calles como los ciegos desde la infancia, pregonando periódicos ó vendiendo fósforos..... La buena mujer, abandonándose á la ternura positiva de su corazon , sentia..... que, dada la desgracia, no hubiera cegado su

marido poco despues de nacer. A lo ménos, pensaba, sería un ciego á quien no vendria cuesta arriba andar solo por las calles; esto es, un ciego á quien maldita la falta que le haria la vista.

Pero esta mujer no cedia fácilmente en sus empeños, y al fin dió en el clavo.

Colocó una silla junto á su marido, se sentó, y suspirando le dijo:

—Hijo mio..... ¡cómo te consumes!.....

El ciego suspiró á su vez, diciendo:

—Juana, sí que me consumo.

—Nuestra desgracia es muy grande, añadió ella, y él repitió:

—Muy grande, Juana, muy grande.

—Y el caso es, dijo ella, que todas las puertas se van cerrando.

—Dios, exclamó el ciego, con la firme resignacion de las almas santas; Dios no cierra nunca todas las puertas.

—Las del cielo, bien, replicó Juana; pero las de la tierra.....

—La Providencia, replicó él, no abandona nunca á los desgraciados.

—¿Quién te lo ha dicho? preguntó ella.

- La fe, le contestó su marido.
—¿De modo, que esperas?
—Sí; tengo esperanza.
—¿Esperanza en qué?
—¿En qué?..... en la caridad.
—No te entiendo, dijo Juana.
—Digo, exclamó el ciego levantándose, que pediré limosna.

Si buscaba eso la mujer del ciego, preciso es confesarlo, el ciego la vió venir.

Al dia siguiente, junto á la escalinata de piedra sobre que descansa el pórtico de la iglesia del Cármen en la calle de Alcalá, habia una silla, sentado en ella un ciego tendia su mano, tan inmóvil como sus ojos, pidiendo con muda humildad una santa limosna á los apresurados transeuntes. Los que reparaban en la fisonomía á la vez abatida y resignada del pobre ciego, dejaban caer al paso en el hueco de su mano la moneda de la compasion; pero la mayor parte de la gente, abstraída en sus negocios ó deslumbrada por los placeres, pasaba sin verle.....

Sin embargo, recogia limosna, porque en Madrid, donde se encuentran todas las disi-

paciones, no se ha perdido todavía la fe, aún hay esperanza y no falta la caridad.

Juana registraba todas las noches los bolsillos del ciego, diciendo siempre:

— ¡Qué poco..... qué poco!

Siempre era poco, á pesar de que la limosna crecía; mas ¿qué caridad podía haber en el mundo bastante rica para saciar la ternura de aquella mujer, que hubiera querido todos los tesoros de la tierra para su pobre marido?.....

Una tarde subía Juana por la calle de Alcalá con su brillante pañuelo de seda á la cabeza y su hermoso *manton* de lana sobre los hombros; llevaba de la mano á su hijo, el cual al distinguir á su padre sentado en la silla con sus pantalones remendados y su capa agujereada, gritó:

— Madre, el ciego.

La madre le tiró del brazo, y bajando al mismo tiempo la voz y la cabeza, le dijo:

— Calla.

Ambos pasaron silenciosos por delante del ebanista, que como si los hubiera visto, los fué siguiendo con el semblante, hasta que

volvieron la esquina de la calle de las Torres.

A su oído, ejercitado por la oscuridad, había llegado la voz de su hijo, entre el rumor que formaba el ir y venir de los transeuntes, distinguió los pasos acompasados de Juana y el paso precipitado de su hijo..... los sintió acercarse, y cuando creyó que iban á asir sus manos, á levantarlo de la silla en que la ceguera le tenía sujeto, para volverlo á su casa apoyado en el hombro de su hijo y en el brazo de su mujer, notó que pasaban; que huían..... que se alejaban sin decirle una palabra..... Tal vez sin mirarlo siquiera; como si no lo conocieran..... ¡ah!..... como si no quisieran conocerlo.

Entónces dos lágrimas, semejantes á las que brotaron de sus ojos la mañana en que ya no pudo ver la luz del día, aparecieron en sus párpados, temblaron en ellos un instante, y cayeron al fin sobre sus manos, despues de rodar lentamente por los huecos de sus mejillas.

Así lloró en aquella triste mañana, así lloraba en esta tarde, mil veces más triste.

Lloró entónces porque no veía nada, y

llora en este momento porque empieza á ver con terrible claridad.

Juana lo llevaba y lo traía, y aquella noche fué por él muy tarde; pero el ciego no desplegó sus labios; de su boca no salió ni una reconvencion ni una queja; habia sido un héroe para trabajar, y era un mártir para sufrir..... Detras de aquel carácter tan débil, ¡qué alma tan fuerte!

El tiempo, indiferente á las tristezas y á las alegrías de los hombres, del mismo modo insensible á las lágrimas de los más hondos dolores que á los gritos de los más locos placeres, pasaba, entre tanto, como siempre, derramando flores en la primavera, tempestades en el verano, lluvias silenciosas en el otoño y abundantes nieves en el invierno. El ciego, encorvado sobre sus flacas rodillas, habia sentido el aire perfumado de la primavera, habia respirado el polvo ardiente del verano, habian caído sobre sus espaldas las repentinas lluvias del otoño, y empezaba á sentir los crueles frios del invierno, sentado en su silla desvencijada y bajo su pobre capa.

Menguaban los días y se alargaban las noches; el sol pasaba por la tierra más por costumbre que por gusto, y cada vez iba siendo más breve su diaria visita. La limosna que el ciego recogía menguó del mismo modo; pero Juana, con incansable solicitud, buscó un sitio más concurrido donde el ebánista pudiera pedir limosna durante las primeras horas de la noche.

Desde el oscurecer lo situaba junto á la puerta del oratorio del *Caballero de Gracia*, y allí lo tenía hasta que se extinguían las últimas corrientes de la animada multitud que los teatros arrojan á las calles de Madrid luego que terminan los espectáculos. Es decir, que el ciego, cogido al *manton* de ocho puntas de Juana, se retiraba á las doce y á la una de la noche, arrastrando los piés entumecidos, pudiendo apenas seguir el paso precipitado de su mujer, que lo arrastraba en vez de guiarlo..... Iba el infeliz dos veces traspasado: traspasado de frío y traspasado de pena.

Así como hubo un día en que sus ojos oscurecidos se negaron á ver la luz, vino otro

en que sus piernas descarnadas se negaron resueltamente á sostener por más tiempo su cuerpo encorvado y enflaquecido; una fatiga inmensa, como si una tempestad de sollozos hirviera en su corazon y quisiera romperlo, ahogaba su voz débil y enronquecida; tenía el frio en los huesos y la fiebre en la sangre; se helaba al mismo tiempo que ardia..... Hizo un esfuerzo supremo, pero fue inútil; no pudo levantarse.

Juana acudió, lo sentó en la cama, le ayudó hasta que pudo conseguir ponerlo de pié; mas apénas le faltó este apoyo, se doblaron sus rodillas y cayó desplomado.

Su mujer movió la cabeza, dejándola caer alternativamente sobre uno y otro hombro; cruzó los brazos, y mirándolo con atenta calma, hizo un gesto y le preguntó:

—¿No puedes tenerte en pié?

—No, contestó el ciego.

—Estarás débil, dijo Juana; comes poco..... anoche apénas cenaste..... ya se ve, no te gusta nada..... Espera, espera, y verás cómo te animas.

El ciego quiso sonreirse, pero no pudo.

Su mujer salió, y volvió á entrar en seguida con un vaso en la mano, que contenia un líquido transparente como el agua, y lo acercó á los labios de su marido. Éste aspiró el olor que se exhalaba del vaso, y apartó la boca, rechazando el brazo de Juana.

Ella le dijo :

—Esto te animará.

—No, replicó él..... es aguardiente.

Entónces, preguntó la mujer, ¿qué hacemos?

—Tú, le contestó, no sé. Yo, morir.

—Bueno, añadió Juana; quédate hoy en la cama y mañana verémos.

—¡Verémos!..... exclamó el ciego. Yo he visto ya bastante.

En esto entró el muchacho en la habitacion restregándose los ojos como quien acaba de despertarse..... el padre lo llamó, mas él permaneció inmóvil, haciendo una mueca de disgusto. Su madre le hizo una seña para que se acercára, y aunque refunfuñando el hijo, se acercó á la cama del ciego moribundo.

—Hijo mio, exclamó el padre, sujetando

la cabeza del muchacho entre sus débiles manos..... No permita Dios que veas nunca lo que yo he visto despues de cegar.

Juana oyó estas palabras con alguna sorpresa , que disipó , encogiéndose de hombros. En cuanto al muchacho, le entraron por un oido y le salieron por otro.

El ciego permaneció silencioso..... tal vez porque la respiracion, cada vez más anhelosa, le cortaba la voz; tal vez porque no se atrevia á pronunciar la triste frase que tenía en la punta del pensamiento..... tal vez por una y otra cosa.

Ello es que guardó profundo silencio, abandonando al fin la cabeza de su hijo, que huyó bufando como un gato que se escapa.

A la caida de la tarde llamó el ebanista á su mujer y con sumo trabajo le dijo :

—Juana..... me siento peor..... mucho peor..... y..... quisiera.....

—¿Qué?

—Quisiera.....

—Vamos..... di.

—¿No imaginas..... lo que..... puedo querer en este momento?

—¡Un médico!..... exclamó Juana.

—No..... replicó el ciego..... un médico..... no..... un cura.

—¿Tan de prisa va esto?

—Sí, le contestó con alegre tristeza y con honda fatiga..... va muy de prisa.

Antes de media hora ya estaba allí el cura..... Se acercó á la cama del moribundo y se sentó junto á él como al lado de un amigo.

La confesion fué larga..... el sacerdote animaba al enfermo con palabras de divina esperanza..... últimamente tuvo que levantar la cabeza moribunda del ciego, rodeándola con su brazo y sirviendo su hombro de cabecera; el sacerdote y el enfermo estaban abrazados.

Acabó el penitente y empezó el confesor; sus últimas palabras fueron éstas :

—No, hijo mio..... eso pertenece á la divina Providencia..... Guarda ese secreto en el fondo de tu alma, que Dios va á recibir purificada por un gran dolor santamente sufrido..... Es tu hijo, pero ella es su madre..... y sin duda en los designios inescrutables de

la divina Misericordia y de la divina Justicia, lo reserva Dios para que más tarde ó más temprano sea su redención ó su castigo.

Poco despues el mismo sacerdote puso en su boca la forma sagrada de la Eucaristía, y la muerte se detuvo hasta que el enfermo recibió el óleo santo de la Extremauncion..... En seguida espiró.

Las vecinas acudieron y rodearon la cama; la muerte habia derramado sobre el cadáver un resplandor extraño..... la boca del ciego se sonreia con una dulzura inefable, y una de las vecinas, más observadora y ménos curiosa, dijo estas sencillas palabras:

—No parece que se ha muerto, siño que va á resucitar.

Las demas hablaban, diciendo cada una su cosa.

Unas:—Dichoso él.

Otras:—Para no ver, más vale morirse.

Algunas:—Pobre del que muere; que el que vive, vive.

Todas, sin embargo, mostraron un grande asombro al ver el cadáver.

—¿Quién lo había de decir? exclamaban muchas al mismo tiempo..... Ayer tan bueno.....

—Ya lo creo..... y tan firme.....

—Si parecía que vendía salud.

—Como que tenía aún muchos años en que vivir.

En una palabra, la muerte del ciego se esparció por la casa como la noticia de un suceso inesperado; y no debe admirarnos semejante sorpresa, por dos razones. Primera, porque aquellas mujeres no conocían bien á Juana; y segunda, porque los pobres suelen no saber que se mueren hasta despues que están muertos.

Así fué como quedó viuda la madre de la hermosa vecina, que había hecho olvidar al *corrector de pruebas* la friolera de cien mil duros, transformándolo nada ménos que de millonario en poeta.

CAPÍTULO IX.

Magdalena.

Dejemos las tristezas y la soledad de la muerte para volver á las alegrías y al bullicio de la vida; como el mundo en que hemos nacido, volvamos la espalda al que acaba, para volver los ojos al que empieza; porque si no hay más remedio que morir, justo será que vivamos.

Juana es de nuestra misma opinion, y ya hemos visto que en materia de vivir es autoridad irrecusable. Así es que apénas quedó enterrado el pobre ciego, abandonó la habitacion, trasladándose á otro cuarto ménos triste, como si quisiera dejar sepultado entre aquellas cuatro paredes el último recuerdo de su marido.

La habitacion que habia elegido no era precisamente una *boardilla*, pero ¿qué más da?..... era un cuarto cuarto, con cuatro ventanas á la calle, con su sala y sus dos gabinetes, su comedor y su cocina. El alquiler subia á más de lo que ella podia pagar..... pero ¿habia encontrado otra casa?..... y urge..... urge mucho huir de la habitacion en que se nos ha muerto alguna persona querida..... Por supuesto, habia tenido que ir á instalarse á otra calle, á otro barrio, léjos, muy léjos del lugar testigo de su infortunio.

Era la nueva habitacion de la infeliz viuda lo que se llama una taza de plata, que algunos muebles modestos, aunque chapados de caoba, y una sillería de modesto nogal, vestida de humilde tapicería de lana, hacian más alegre la luz que entraba por las cuatro ventanas, y ménos pobres los reducidos términos de los dos gabinetes de la sala, del comedor y de la cocina.

Se respiraba allí esa paz, ese órden, ese sosiego que debe ser el patrimonio de las conciencias tranquilas; y preciso es decirlo, algo más consolada, pasó medianamente los len-

tos dias de su rigoroso luto, cuyo término llegó, porque todo llega en el mundo.

Pared por medio de su cuarto, en una habitacion enteramente igual á la suya, vivia..... ¡qué casualidad!..... un viudo; y para que la analogía de la situacion fuera más completa, así como la viuda tenía un hijo de siete años, el viudo tenía una hija que ya habia cumplido seis.

Era el padre de esta niña un hombre de anchas espaldas, de elevado pecho, de robustos hombros y de terribles puños; un hombre macizo como una pared maestra; un hombre de cal y canto, á propósito, como hecho de encargo, para la profesion á que habia dedicado, digámoslo así, sus talentos. Desde simple peon de albañil habia subido paso á paso, merced al vigor de sus brazos, á la elasticidad de sus músculos, á su audacia para correr por los sitios más peligrosos y á la honradez de su trabajo, que tambien en el mundo prospera algunas veces la honradez, y hasta las paredes son más sólidas, más firmes y más duraderas honradamente levantadas; habia llegado, digo, á la respeta-

ble posicion de *maestro de obras*; era el Hércules de los andamios.

Juntaba á su constitucion de piedra un carácter tambien de mampostería, y un corazon tan grande como su pecho; y reunia la doble salud de un cuerpo perfectamente robusto y de una alma completamente sana. Sin embargo, lo dominaban dos debilidades: ante el peligro no podia contenerse; ante su hija no podia enfadarse; amaba al primero con toda la fuerza de sus brazos, y adoraba á la segunda con toda la fuerza de su corazon; era un leon para el peligro, y un corde-ro para su hija; sentia á la vez el orgullo del oficio y el orgullo de padre.

Los mercaderes de carne humana, esto es, los traficantes en asonadas, motines y revoluciones, veian en su fuerza, en su audacia, en su prestigio, y hasta en su sencilla ignorancia, un magnífico elemento para la rebelion, siempre urdida en nuestros tiempos, que habia de estallar de un momento á otro.

Y los conspiradores de oficio, los libertadores del dia siguiente, veian bien, porque el maestro de obras en una barricada haria

prodigios..... La construiria como un ingeniero y la defenderia como un héroe; era, pues, un excelente material para la sangrienta obra de cualquier motin, y claro está, trataron de seducirlo.

Primero quisieron hacerle caer en las redes de una sociedad secreta; pero él dió un paso atras y les dijo:

—Yo no mino edificios; los levanto.

Despues tentaron su codicia, y contestó sencillamente:

—No me vendo.

Más tarde le hablaron de la libertad, y replicó sonriéndose:

—¡Libertad!..... ¿acaso estoy en presidio?..... ¿acaso debia estarlo?

Por último, le leyeron una proclama anónima, en que se llamaba al pueblo para que con las armas en la mano rompiera á balazo limpio las cadenas de la esclavitud y estableciera su imperio soberano; lo excitaba á la rebelion en nombre de la moralidad..... á la traicion en nombre de la justicia; al motin en nombre del orden; al saqueo, al incendio y al asesinato, en nombre de la vir-

tud oprimida y de las leyes holladas.....

El maestro de obras oyó hasta el fin la lectura, y dando una tremenda puñada sobre la mesa del café, adonde lo habian llevado, prorumpió en estas palabras :

—No, nunca; por mis espaldas no he de consentir que suba ningun tuno.

No hubo manera de convencerle..... sabía, por lo visto, más de lo que creian los conspiradores que lo asediaban, y decidieron al fin dejarlo como cosa perdida, en razon á lo inaccesible de su brutal ignorancia, y más principalmente porque, cansado de tanta insistencia, empezaba á irritarse.

Así era, poco más ó ménos, por dentro y por fuera el vecino de Juana.

Ésta, por su parte, comenzó á sentir por la hermosa hija del viudo un vivo interes, pues aunque el maestro de obras la cuidaba con la ternura de una madre, la pobre niña se veia obligada á pasar el dia entero en el colegio, adonde su mismo padre la llevaba y su mismo padre la traia; porque el padre y la hija vivian solos con una mala criada que apenas sabía barrer la casa y poner el puchero.

Solia acontecer que al volver el padre con su hija de la mano, ó al salir con ella del mismo modo, Juana subia ó bajaba la escalera, segun caian las pesas, encontrándose con ellos. Ambos vecinos se saludan, dándose los buenos dias ó las buenas tardes; la viuda cogia á la niña, la suspendia en sus brazos y la cubria de besos, y continuaba subiendo ó bajando, segun iba ó venía, diciendo siempre:

— ¡Oh qué niña..... qué niña tan hermosa; es un tesoro!

El cariño de Juana hácia la hija del maestro de obras iba en aumento, y la niña, por su parte, tambien se iba aficionando á las caricias de Juana, porque despues de los besos vinieron los dulces, y hasta hubo para la niña una preciosa muñeca..... desnuda..... porque ¡oh ternura!..... Juana misma se la quiso vestir. La muñeca fué el lazo que acabó de unir á la viuda del ciego con la hija del maestro de obras.

Los dias demasiado nublados, ó demasiado frios, ó demasiado calorosos, la niña no iba al colegio, porque se quedaba en casa de

Juana..... y cuando iba, no era siempre el padre el que la traía y la llevaba; porque la viuda con solícito cariño solía tomarse el trabajo de tan tierna tarea.

Por lo que hace al viudo, advertía que su hija iba mejor peinada, mejor vestida, más limpia; le parecía más dócil, más amable, más buena, y si es posible, hasta más hermosa. Además se entregaba más tranquilamente á las rudas faenas de su oficio, y sobre el pico de una cornisa ó sobre las frágiles maderas de un andamio, aplicando, la escuadra, tendiendo el cartabon ó tirando el plomo, se acordaba de su hija sin inquietud ninguna, porque estaba con Juana.

Del mismo modo que la muñeca había servido para unir entre sí á la mujer y á la niña, la niña servía para estrechar los vínculos que poco á poco se iban estrechando entre el viudo y la viuda.

Una noche oyó Juana que llamaban á su puerta..... ¿quién podía ser?..... abrió, y era el vecino.

—¿Qué ocurre! preguntó.

—Lo peor del mundo, le contestó el viu-

do, con la cara más atribulada que había puesto en su vida. Parecía que de golpe se había hundido el edificio de su felicidad.

—¿Pero qué es?..... volvió á preguntar Juana.

—Mi pobre Magdalena, contestó aquel Hércules casi llorando, tiene calentura.

Felizmente, aquel día la niña no había estado en casa de la viuda.

Juana tomó la llave de la puerta y la cerró, precipitándose ansiosa en el cuarto de su vecino.

Se acercó á la cama y cogió la mano de Magdalena, y en efecto, tenía calentura; el pulso latía bruscamente dentro de sus venas, en las mejillas se marcaban dos puntos de fuego, su frente ardía, y sus labios brillantes determinaban el precioso contorno de su boca entreabierta, con el color encendido de la sangre abrasada. En cuanto á sus ojos fijamente abiertos, resplandecían iluminados por el rayo sombrío de la calentura.

A pesar de la postración en que la tenía el incendio de la fiebre, la niña distinguió á Juana y movió los labios como si quisiera

sonreirse, y Juana acercó su boca de mujer á aquella boca de ángel, aspirando un momento su respiracion inflamada, semejante á la respiracion de un horno.

—Voy por un médico, exclamó el padre afligido.

—No, le dijo Juana, no es necesario; es un *causon* y mañana estará pálida, pero estará buena.

El maestro de obras miró á la viuda del ciego con una expresion de gratitud tan profunda, que es imposible describir, y Juana, por su parte, recogió aquella mirada con la misma solicitud que hubiera podido recoger un puñado de oro.

Mas, sea el que quiera el egoismo, mejor dicho, el *positivismo*, que el lector haya podido advertir en el bosquejo de esta mujer, que confusamente le presento, aquella noche no se apartó de la cama de Magdalena, vigilando hasta los más imperceptibles movimientos de la enferma, palpando sus piés blancos como la azucena, que frios ántes, empezaban á entresudarse con el calor de la vida.

Hizo acostar al padre, y le infundió tal confianza, que el pobre hombre acabó por dormirse..... Al amanecer lo despertó, lo acercó á la cama de su hija y vió que Magdalena dormía profundamente.

De esta manera se fueron estrechando las distancias y enredándose las cosas, hasta el punto de que no hubo más separacion entre una y otra casa, entre una y otra familia, entre el viudo y la viuda, que los cuatro dedos de pared que separaban á una habitacion de otra; obstáculo bien insignificante por cierto para un maestro de obras, capaz de echar abajo de una sola puñada la muralla de la China.

Jamas habia pensado el padre de Magdalena en volver á casarse, porque en sus cortos alcances no habia imaginado que pudiera existir en el mundo una mujer que, como la que habia perdido, fuera madre de su hija; pero viviendo y aprendiendo..... al fin vió en Juana que Magdalena podia tener una segunda madre..... vió más; vió que ya la tenía.

Sin pompa, sin ruido, sin estrépito de nin-

guna especie, como dos rios serenos que se confunden en un mismo cauce, los viudos se casaron, movidos por un mismo sentimiento, atraidos por un mismo centro de gravedad: la niña.

Las ventanas del cuarto del maestro de obras aparecieron con papeles, y ademas se puso en la puerta de la casa una tablilla que decia: «Se alquila un cuarto cuarto con seis piezas.»

Juana, por un instinto de prevision propio de su cauta naturaleza, no habia querido abandonar su cuarto, para poder decir siempre: ésta es mi casa; y habia atraido á la hija y al padre, como el vacío atrae al aire.

Aunque con toda la dulzura de la luna de miel, la recién casada se opuso muy formalmente á que Magdalena volviera al colegio, fundándose en que una niña tan preciosa, que indudablemente habia nacido para duquesa, á quien Dios habia concedido la hermosura de un ángel y la majestad de una reina, debia tener maestros que vinieran á su casa á perfeccionar su educacion con todos los co-

nocimientos que realzan en el mundo la belleza de las mujeres.

El maestro de obras no habia caido en semejante cosa, pero tratándose de su hija era un hombre sumamente accesible, y se mostró razonable..... tan razonable, que la idea de su mujer le pareció sublime..... La obra de hacer de su hija una señorita, una duquesa, lo seducia, movido por ese elemento aristocrático, que, con perdon de todas las demagogias sea dicho, todos llevamos en la masa de la sangre.

Magdalena, que ya sabía leer la letra menuda y sabía escribir letras grandes; que cosía tal cual y bordaba así así, tuvo en seguida maestro de música..... maestro de dibujo..... y maestro de frances.

Se le dedicó en la casa uno de los dos gabinetes; el que tenía el papel de color de lila sembrado de rosas, en cuya alcoba, blanca como una paloma, se puso una cama de acero con adornos dorados, cubierta con colgaduras más blancas que la nieve, sujetas por una diadema de metal brillante como el oro.

Delante de la cama se le puso el tocador

para que el espejo repitiera su imágen dormida; para que cerrára los ojos viéndose, y los abriera al despertar mirándose.

Los muebles que decoraban su gabinete consistian en unas sillas de nogal tallado, guarnecidas de tapicería de seda azul con ramos blancos, un pequeño confidente del mismo color y de la misma tela, dos *marquesitas* que parecian hijas del confidente, un piano vertical y un precioso costurero de palo santo.

En honor de la verdad, el maestro de obras no pensó nunca en tanto lujo, pero una cosa habia traído otra, y despues de hecho el gasto, no hubiera quitado del cuarto de su hija ni una hilacha por todo el oro del mundo..... Es verdad que casi todos sus ahorros se fueron en aquella opulencia, pero veia á Magdalena cada vez más hermosa, y lo demas le era indiferente.

Es claro que la niña no habia de vestirse como la pobre hija de un simple jornalero, y una vez metida en el rango de aquella educacion y de aquel boato, se hacia preciso que estrenára á lo ménos cuatro trajes al año,

correspondientes á las cuatro estaciones.....
¿Cómo no habia de estar su guardaropa en justa relacion con sus muebles, con su cama, con su piano, con su costurero, con su cartera de dibujo, con sus libros de frances, y sobre todo, con su persona?.....

El padre bajó la cabeza ante lo incontable de estas razones, y aflojó el bolsillo, que ya andaba bastante flojo.

—¡Qué mujer..... decia, qué mujer!..... todo le parece poco para mi Magdalena.

Y tenía razon el buen hombre para admirarse y hasta enternecerse, porque Juana, en medio de aquel fausto repentino, no habia salido de sus vestidos de percal ó de estambre, de sus pañuelos de seda cruda y de sus mantones de lana. Aquella mujer era la misma..... Siempre la misma.

Por el afan natural de adquirir nuevos recursos con que sobrellevar el lujo ya indispensable de su hija, contrató una obra por un ajuste alzado..... con tan poca fortuna, que perdió en vez de ganar, y donde tantos se hacen ricos, el maestro de obras empezó á hacerse pobre; es verdad que no era una

obra pública, costeada por el Ayuntamiento ó por el Gobierno, sino una obra particular, pero aunque hubiera sido la obra famosa del cuartel de la Montaña del Príncipe Pío ú otra semejante, pues hay muchas en que escoger, el pobre hombre hubiera ganado poco, pues no tenía él gracia para esos negocios.

Juana lo sorprendia algunas veces meditando, y lo veia rascarse con frecuencia la cabeza con cierta impaciencia, como si le picára algo, no debajo del pelo, sino dentro del cráneo; y entónces, por distraerlo, por animarlo, hacia que Magdalena recorriera con sus dedos de nácar las teclas del piano, haciéndolas sonar con las notas tímidas y acompasadas de los primeros estudios..... ó hacia que le presentára los contornos indecisos de su último dibujo; ó con una seña imperceptible, la hacia saltar sobre las rodillas de su padre, y lo abrazaba y lo besaba hablándole en frances con encantadora travesura; porque Juana, que habia tenido al ebanista en un puño, habia puesto á Magdalena al pelo.

Y en efecto, el padre se distraia y se ani-

maba con las habilidades, los adelantos y las caricias de su hija, y levantándose, sacudia la cabeza mostrando la arrogancia del que está dispuesto á emprender la difícil conquista de este mundo y del otro. Vamos, delante de su hija era un cordero, al cual se le metía un leon dentro del cuerpo.

Pero, ya se ve, las simples ganancias de su trabajo, á la sazón no muy abundante, le ofrecían pocos ingresos para tantos gastos, y, dicho sea en latin, el *déficit*, semejante á un cáncer, empezaba á un mismo tiempo á devorar su corazón y su bolsillo.

Entre tanto Magdalena crecía en belleza, en gracia y en talento; bajo las formas angelicales de la niña iban asomando lentamente los suaves contornos de la mujer..... adquirirían sus miradas una expresión más profunda, y su sonrisa siempre dulce parecía más reflexiva; sus mejillas habían perdido algo del puro sonrosado de la adolescencia, y brillaban bañadas por una palidez, cuya fresca blancura, que pudieran envidiar las hojas de la azucena, realzaban la extensa sombra de sus pestañas, dando al azul de sus

ojos el resplandor del cielo. Sobre esta palidez suave cruzaban ráfagas repentinas y fugitivas de un pudor inexplicable, advirtiéndose en todo su sér algo parecido al momento en que el alba se desvanece y el día asoma.

Allá en el fondo de su alma, envuelta aún en las esplendorosas sombras de la inocencia, debía verificarse alguna transformación desconocida, porque se notaba en ella á un mismo tiempo más timidez y más firmeza; resultaba ménos caprichosa y más tenaz en sus caprichos; queria ménos y queria más; lo que sus vagos deseos perdian en extension, lo ganaban en intensidad.....

Su pecho solia hincharse como si de pronto entrára en él un mundo de suspiros, y algunas veces la habia sorprendido Juana con las lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios; su cuerpo adquiria el aire sencillo y majestuoso que presta á las mujeres hermosas la castidad.

Una mañana en que la niña dibujaba en su cuarto y Juana cosía en el suyo, entró en esta última habitacion el maestro de obras, cerró sigilosamente la puerta, cogió una silla

y se sentó delante de su mujer. Ella lo miró sonriéndose con toda la candidez que pudo encontrar á la mano, mientras interiormente se decia :

—Ya la tenemos.

No era el padre de Magdalena hombre que acometia de soslayo; al contrario, él iba siempre de frente, porque habia aprendido, tal vez por razon de su oficio, que el camino más corto de un punto á otro es el camino derecho; tampoco era hombre que vacilaba, ni era hombre que retrocedia; mas por lo mismo, no se precipitaba nunca en sus resoluciones.

Apénas se sentó, dijo :

—Va á ser preciso tirar un poco de la cuerda.

—Sí, sí..... añadió Juana..... tiraremos todo lo que tú quieras.

—¿En qué te parece, preguntó él, que podriamos recoger velas?

El punto consultado debia ser difícil de resolver, pues Juana, dejando la aguja, apoyó el codo sobre la rodilla y la barba sobre el pulpejo de la mano, quedándose pensativa.

—Ten en cuenta, le advirtió su marido, que esto no es más que por ahora; pues como los días son tan cortos, nadie levanta un ladrillo del suelo y no se hacen obras; pero en cuanto los días alarguen, no faltará trabajo y sobrará dinero.

—Bien, dijo Juana: pero entre tanto.....

—Pues entre tanto hay que meter la piqueta por alguna parte.

—Si ganáras más..... se atrevió á decir ella.

—¡Demonio! exclamó el marido..... Pues porque no gano más es por lo que se hace preciso gastar ménos.

—¿Y cómo? preguntó la mujer afligida.

—Ea..... no te apures, le contestó el maestro de obras; á mí me habia ocurrido suprimir tres gastos.

—¿Cuáles?

—Ocho duros al mes cuesta el maestro de música, ocho duros cuesta el maestro de dibujo, y ocho duros el maestro de frances. Son veinte y cuatro duros mensuales, con los que podemos ir tapando algunos agujeros.

Tapar agujeros llamaba groseramente el albañil ignorante á lo que cualquier ministro de Hacienda medianamente instruido llama científicamente *enjugar la deuda*.

—Pero bien, replicó Juana, ocho y ocho son..... diez y seis, y ocho..... veinte y cuatro..... En dos meses que podrá durar esto, tendrás..... espera..... tendrás..... eso es..... cuarenta y ocho duros..... ¿y qué vas á hacer con cuarenta y ocho duros?

Si el ciego que dejamos enterrado en el capítulo anterior hubiera oído esta réplica, se habria hecho cruces, viendo cómo habia cambiado el espíritu económico de su mujer; pero ya sabemos que el ebanista se murió, como todos, para siempre, y que los muertos pierden el oído, ó por lo ménos, hacen como que no oyen.

Mas el marido de la mujer del ciego insistió diciendo :

—Cuarenta y ocho duros son al fin y al cabo, claró es, cuarenta y ocho duros, y no hay quien me saque de la cabeza que el que los paga no los debe.

Juana dejó pasar la corriente atropellada

de esta razon aritmética, y ladeándose hábilmente, dijo como aparte :

—¡Pobre hija mia!.....

Fué esta exclamacion un grito de socorro, de socorro contra un marido inexorable que parecia decidido á castigar el presupuesto, á ese criminal, reo de tantos y tan graves delitos, sobre el que tienen siempre los partidos la mano levantada, claro está, para cogerlo.

Fué como la voz de una mayoría que se levanta á detener las pretensiones económicas de un ministro inverosímil, dejado sin duda alguna de la mano de Dios.

A la exclamacion de «¡pobre hija mia!», el buen hombre se detuvo y reflexionó algunos instantes; mas convenciéndose, por lo visto, de que no era posible ser liberal con poco dinero, y no queriendo pasar por encima de aquella mayoría formada por el voto comun de la madre y de la hija, buscó una transaccion que evitára el conflicto de una crisis, pues veia venirle encima un nublado de lágrimas y sollozos, más terrible para él que si se hubiera desploma-

do sobre su cabeza el puente de Toledo.

No encontró más que una salida, y aprovechándola insistió en estos términos:

—Ya he dicho que eso no será más que por dos meses.

—Peor que peor, replicó Juana.

—¿Por qué?

—Porque es claro.

—¿Claro?.....

—Sí.

—No lo entiendo.

—Piénsalo y lo entenderás.

—Como no te expliques, no lo entenderé nunca.

—Pues mira, dijo Juana, en dos meses olvidará la niña todo lo que sabe de música, de dibujo y de franceses..... ¿lo entiendes?.....

—Aunque lo olvide, contestó el marido..... ¿qué importa..... si ha de volver á aprenderlo?

—Vaya si importa..... la cuenta es bien clara.

—¡Bien clara!..... repitió el maestro de obras con cierto asombro.

—Ya lo creo, mira tú si es clara; cuatro

años lleva ya aprendiendo frances, música y dibujo..... ¿Cuánto importa?.....

—¿Qué se yo?

—Ponle lo ménos, veinticuatro mil reales; ya hemos dicho que en dos meses lo olvidará todo, porque se aprende muy despacio y se olvida muy deprisa..... Pues bien; por ahorrarte esos miserables cuarenta y ocho duros, perderás los veinticuatro mil que *llevamos* gastados en que aprenda música, dibujo y frances. Esto salta á la vista, y eso es tirar el dinero por la ventana sin *fuste ni muste*.

Nada tuvo que contestar á cuenta tan precisa y tan terminante el macizo padre de la futura duquesa; pues aunque, en efecto, el terrible albañil no habia inventado la pólvora, la cuenta de su mujer era inflexible y su argumento no tenía vuelta de hoja. Es verdad tambien que el mal negocio empezaba desde el momento en que metieron á Magdalena en los trotes de ser un dia ú otro gran señora, poniéndole maestros de música, de frances y de dibujo, como á la heredera de una buena fortuna, cuando en rigor no era más que la pobre hija de un pobre hombre;

pero no se pierden así como se quiera veinticuatro mil reales de una mano á otra, ni un padre, por humilde que sea, renuncia fácilmente á ver más tarde ó más temprano á la hija de sus entrañas brillar en el mundo.

Juana habia pronosticado repetidas veces que la niña haria un gran papel en la sociedad, que se la disputarian los más opulentos personajes, y eche V. por donde quiera..... al maestro de obras se le habia metido esto en la cabeza á mazo, como se mete un clavo en la pared, y veia más cerca ó más léjos á la hermosa niña resplandecer en una alta posicion, si no acomodada á su honesto y humilde origen, digna sin duda ninguna de su belleza y de sus talentos.

No teniendo nada que contestar á las últimas palabras de su mujer, se levantó bruscamente de la silla, y comenzó á pasearse de un extremo á otro del pequeño gabinete.

Aquello era levantar el campo y disponerse á emprender la retirada; mas, sea que la necesidad lo apremiára demasiado, ó que en medio de todo brillára en su cabeza un destello de buen sentido, es el caso que parán-

dose delante de su mujer, que aunque victoriosa no abusaba de su triunfo, dijo :

— Me parece á mí que no es de cajon que por fuerza, para que Magdalena sea con el tiempo una señorita hecha y derecha, haya de saber música como un maestro de capilla, dibujo como un arquitecto y frances como el mismo que inventó tan revesada lengua.

— Y entónces, replicó Juana, ¿por qué no hay señorita un poco empinada que no aprenda dibujo, música, frances y otras muchas cosas que necesitan las mujeres para hacer figura en el mundo?..... ¿Dónde has visto tú una que no sepa cantar como un jilgnero ó tocar como un ciego..... y eso que todos los ciegos no saben tocar..... y pintar como el más pintado, y hablar en frances como un papagayo? Si fuera coser, zurcir, planchar..... eso ya es otra cosa.

El marido, abrumado por la elocuencia de Juana y vencido por el amor á su hija, se resistió aún diciendo :

— La música..... bien..... porque es un encanto cómo toca ya la muchacha, y parece que sus dedillos de ángel le hacen hablar

á las teclas..... El dibujo..... pase..... porque en verdad, hace diabluras con el lápiz, y pinta unas rosas que ni el mismo Mayo..... Pero dime, ¿para qué necesita el *franchute* sabiendo hablar, gracias á Dios, en cristiano?

— Buen papel haria, contestó Juana, entre las gentes de rango si no supiera hablar en *monsiu*..... ¿Te parece á tí que la entenderian?..... Además, ¿quién te ha dicho que no háy en el mundo un grande de España, frances..... que le éntre por el ojo derecho y haga su suerte?..... Dime tú, ¿qué sería de la pobre chica si no aprendiera á hablar en *gringo*?

— Con un *franchute*, exclamó el maestro de obras, hirviendo en su corazon toda la sangre del *Dos de Mayo*, no la casaria yo nunca, aunque el *franchute* fuera grande de España.

— Quien dice eso, dice otra cosa, replicó Juana; y el caso es que debe saber frances si quieres que pueda vivir en el mundo y las gentes la entiendan.

En esto entró Magdalena saltando con

graciosa desenvoltura; *tarareaba* con su voz de ángel un precioso estudio de Bettini con una precision y un instinto músico asombroso; llevaba en la mano un papel, sobre el cual campeaban las líneas de un paisaje, animadas por los toques de un lápiz ingenuo, debajo del que brotaban árboles que daban sombra y aguas que corrían.

La niña puso en las manos de su padre el dibujo sin dejar de cantar..... Despues..... pronunciando la palabra del mismo modo que voy á escribirla, dijo, mirando al autor de sus dias :

—¿*Trevié?*.....

Todavía no estaba muy fuerte en el frances, y habia querido preguntarle á su padre..... ¿*qué tal?*

La presencia de la niña, su voz melodiosa, su precioso dibujo, su palabra, digámoslo así, en frances, todo aquello junto fué el argumento definitivo, la última suprema razon de Juana, su último cartucho, fué lo que en un congreso llamariamos la votacion.

Las economías proyectadas por el maes-

tro de obras quedaron *ipso facto* desechadas, y en vez de enjugar la deuda, cambió de propósito, combinando la manera de levantar nuevos empréstitos en que ahogar su crédito.

En el cuadro de esta familia, que ligeramente he intentado bosquejar, solía aparecer una figura que nunca pasaba del segundo término, quedando medio oculta en las sombras del fondo.

Semejante á un gato salvaje, miraba siempre receloso las puertas entreabiertas sin atreverse á entrar..... y más bien que andaba, se escurria por las habitaciones silencioso y astuto, como si temiera verse sorprendido.

Muchas veces sus ojos hundidos y redondos se fijaban en Magdalena con singular pertinacia, y la niña, no pudiendo soportar la impresion que le causaba aquella mirada incisiva, apartaba los ojos asustada.

Este sér, que vagaba por la casa en las horas en que estaba en ella, como un murciélago al oscurecer, era el hijo de Juana, á quien el padre de Magdalena no habia hecho jamas una caricia, bien porque no fuera de

condicion muy dulce, bien porque á su naturaleza franca y leal le repugnára, sin saber por qué, aquel muchacho medio raquítico, movible y sombrío, que nunca miraba de frente y que siempre andaba de puntillas.

Juana lo habia metido en el taller en que trabajó por última vez el pobre ebanista, y allí lo tenían, cuando iba, más por la memoria del padre que por las obras del hijo.

Por lo demas, reinaba en la casa un profundo sosiego sólo interrumpido por las alegres risas de Magdalena y por sus dulces cantos, que el maestro de obras solia oir con regocijo, Juana con atenta sonrisa, y el muchacho oculto detras de la puerta con muda impaciencia royéndose las uñas ó mordiéndose los labios.

Si su madre, que siempre lo estaba espianando, llegaba á sorprenderlo, el muchacho hacia una mueca horrible, yendo á encerrarse en el pequeño cuarto que le servia de dormitorio.

Juana movia la cabeza amenazándole en silencio, y en más de una ocasion se dijo á sí misma entre dientes :

— Este demonio de chico tiene envidia de su hermana..... Pícaro, aborrece á Magdalena.

Magdalena tambien sabía esto, pero lo guardaba en el fondo de su corazon, como si quisiera ocultárselo á sí misma.

El único que ignoraba en la casa este ódio naciente, era el maestro de obras..... y no podia ocurrírsele ni sospecharlo, porque, ¿quién habia de aborrecer á su inocente hija, á su hermosa Magdalena?

No lo sabía, ni nunca lo supo.

CAPÍTULO X.

Uno que habla, otro que oye y una casa que arde.

La casa en que vivia el maestro de obras, es decir, la casa de Juana, hacia esquina, ó lo que es lo mismo, daba á dos calles.

Una tarde, pocos dias despues de ocurrido lo que acabamos de ver, al volver esa esquina se encontraron dos hombres boca á boca y mano á mano ; esto es, manos á boca, y aunque al parecer uno y otro llevaban mucha prisa, se detuvieron, se saludaron y emprendieron una de esas conversaciones en que tan fácilmente se enredan dos hombres al volver de cualquiera esquina, con tal que uno y otro se hayan visto alguna vez en alguna parte y hayan hablado alguna vez de algo.

Ninguno de los dos ofrecía nada de particular, ni en sus personas ni en sus vestidos: pertenecían, por lo visto, ambos al vulgo de las gentes, á ese vulgo sensato y pacífico, que vive entre la plebe á quien desprecia, y la aristocracia á quien envidia; que no es en el cuerpo social ni los piés ni la cabeza, y que por lo mismo viene á ser el estómago. Pertenecían ambos, como digo, á lo que rigurosamente hablando se llama la clase media.

La conversacion era animada; uno á otro se quitaban las frases de la boca, y aquel diálogo parecia interminable.

Uno de ellos se apoderó al fin de la palabra, y hablaba de tal manera, que su interlocutor, no pudiendo *meter baza*, se resignó pacientemente á oír y callar, sólo tomaba parte ingiriendo de vez en cuando uno de esos monosílabos mudos que expresamos por medio de movimientos de cabeza, de gestos y de ademanes; monosílabos mudos, que el otro traducia inmediatamente pronunciándolos, como un hombre resuelto á hablárselo todo.

Aquel hombre echaba por la boca una especie de solitaria, cuya cabeza no salía nunca, y no había manera de cortar el hilo interminable de sus palabras.

Por supuesto, con aquel hilo era imposible atar nada.

El otro comprendió que aquello iba largo, pues estaba oyendo el relato de un negocio que hubiera sido la fortuna de aquel hablador incansable, pero que—vean ustedes lo que son las cosas—había sido su ruina.

El relato era un lío de pormenores, un enredo de incidentes. El hilo entraba y salía, volvía á salir y volvía á entrar; se anudaba, se retorcia, formando una verdadera maraña.

Allí había contado *c* por *b* un viaje, el vuelco de una diligencia, una disputa, un encuentro inesperado.

Allí había diálogos referidos con puntos y comas, cartas leídas de memoria desde la cruz á la fecha, entrevistas relatadas de *pe* á *pa*.

El que oía todo esto era un héroe, pero el heroísmo tiene también sus límites, y llegó un momento en que el hombre bostezó

abriendo desmesuradamente la boca, en lo que podia haber una súplica y podia haber una amenaza.

Podia ser un modo de decir: «Caballero, toda esta boca es mia.»

Podia ser tambien una manera de manifestar su impaciencia diciendo: «Amigo mio, voy á concluir por tragármelo á usted.»

Pero el que hablaba no tenía tiempo para reparar en aquellos bostezos, y seguia su copiosa narracion con la misma imperturbabilidad con que el grifo, una vez abierto, suelta el chorro del agua contenida, que sale haciendo borbotones.

Era caso de tomar una determinacion; y el hombre que oia, tomó una, suprema, definitiva, heroica. Apoyó resueltamente la espalda sobre la esquina, como si se preparára á un gran esfuerzo, cruzó los brazos sobre el pecho como si de ese modo quisiera recoger todas sus fuerzas, y levantó los ojos hasta el alero del tejado de la casa que formaba la esquina de enfrente, como diciendo: «Ahora habla hasta que revientes.»

Ante esta actitud resuelta, el otro se acer-

có más á su enemigo, apoyó su baston contra la pared, el cuerpo contra el baston, y siguió imperturbable; se habia arrojado, por decirlo así, sobre su presa, con todo el ademán del que interiormente dice: «Ahora verás», y siguió la lucha con mayor encarnecimiento.

Se ha hablado bastante de la batalla de Waterloo, y todavía se hablará mucho: los cuadros formados por la infantería inglesa serán memorables, las cargas de la caballería imperial no se olvidarán hasta despues de mucho tiempo.

Aquellas murallas de hombres que se deshacian, y aquellos torrentes de espadas que se estrellaban, serán eternos en la memoria de los hombres. Wellington asomará por el agujero de la historia su impasibilidad heroica, y Napoleon su gloriosa desgracia.

Aquí, en esta esquina, donde el lector y yo nos hemos encontrado, se está dando en pequeño una gran batalla, de que la historia no tiene noticia, ni la tendrá nunca.

Aquí hay dos hombres frente á frente, que luchan con formidable empeño; el uno

cruza sus brazos, se apoya contra la pared y espera á su enemigo; esto es, forma el cuadro; el otro lanza su innumerable caballería á todo el escape de su lengua.

Aquí, como en Waterloo, se va á ver quien puede más, si es el que oye ó el que habla.

Aquí, como allí, se ventila la misma cuestion; esta cuestion eterna: TÚ Ó YO.

Un Waterloo se encuentra al volver de cada esquina.

Wellington diria: «dejémosle que se agote.»

Napoleon debia decir: «No lo dejemos respirar.»

Estos dos hombres procedian del mismo modo.

Uno, imitando á Wellington decia: «Habla.»

El otro, imitando á Napoleon, decia: «Oye.»

El uno, impasible; el otro, impetuoso; ambos, formidables.

Wellington, frio como la nieve; Napoleon, brillante como el rayo.

Del choque de esta piedra y de este acero

brotó una chispa: la batalla de Waterloo.

Aquí, apoyando la espalda contra la esquina, está toda la impasibilidad de Wellington; aquí, acometiendo á su enemigo, apoyándose en su baston como el otro en su espada, está, digámoslo así, todo el poder de Bonaparte.

¿Qué habia en Waterloo?

Por una parte cien mil hombres decididos á no huir.

Por otra parte cien mil hombres resueltos á vencer.

¿Quién era Napoleon?

Debemos decirlo: Un gigante; Goliat, por ejemplo.

¿Quién era Wellington?.....

¿Era acaso David?

No, ni la honda siquiera; no era más que la piedra.

¿Por qué perdió la batalla de Waterloo el primer general del mundo y el primer ejército de la tierra?

¿Por qué? En primer lugar, porque llueve; en segundo lugar, porque á Ney se le ocurre ser perezoso por primera vez de su

vida; en tercer lugar, porque un barranco tendido como una zanja delante de los cuadros ingleses tiene la mala intencion de ocultarse á las miradas del Emperador escondiéndose detras de las ondulaciones del terreno; porque un guía dice que no en lugar de decir que sí; porque un niño coge de la mano al ejército prusiano, que no sabía por dónde iba, y lo pone en el campo de batalla.

Fabricad ahora un peso cuyos platillos sean tan grandes como el mundo; colocad en uno de ellos todo el genio de Napoleon y todo el poder de la Francia, y veréis la balanza inclinarse arrastrada por tan formidable volúmen.

Echad ahora en el otro platillo una á una todas las naciones de Europa, echad ejércitos, echad generales, echad tronos, poderes, majestades; echad, en fin, hasta las mismas pirámides de Egipto, y la balanza no se moverá.

Todo eso no pesa tanto como el pomo de la espada del grande hombre.

Pero echad en ese platillo unas cuantas gotas de agua, un momento de pereza, un

barranco que se esconde en la tierra como todos los barrancos, el *no* de un guía, treinta mil prusianos que no saben por dónde andan, y echad, en fin, un niño que no sabe lo que se hace, y veréis hundirse el platillo bajo el peso de todo esto, y veréis cómo la balanza suspende todo el genio de Napoleón y todo el poder de la Francia cómo si fueran un puñado de polvo, un soplo de aire, un poco de humo.

No pesan más las grandezas de la tierra.

Napoleón decía un momento ántes de la batalla: «De cien probabilidades tengo noventa y nueve.»

Soló una probabilidad le dejaba á la Providencia, y la Providencia lo venció con esa probabilidad sola.

El Dios de la Francia no contaba con el Dios de los ejércitos.

El asombro de Napoleón al verse vencido debió ser tan grande como el de Wellington al verse vencedor.

Estos dos instrumentos de la Providencia se asombrarian de lo que habian hecho, dominados por un mismo asombro.

Aquí, á la vuelta de la esquina, tenemos una especie de Napoleon, inagotable como aquél, invencible como aquél.

A aquél no le faltaba nunca su genio, á éste no le faltaba nunca su lengua.

Aquél lo sabía todo, lo podía todo, lo quería todo; éste se lo habla todo.

Delante de Napoleon no habia más remedio que huir ó doblar la cabeza; delante de este hombre, tal y como se nos presenta, no hay más remedio que oír ó escapar.

No era más ágil la espada de Napoleon que la lengua de este hombre.

Aquí tambien tenemos una especie de Wellington, que se cruza de brazos con la calma del que ha decidido jugar el todo por el todo.

El uno ataca y el otro resiste.

Es una batalla, en la cual se pelea de este modo: el uno, habla que habla; el otro, oye que oye.

Habian cambiado de postura diferentes veces, ya apoyándose sobre un pié, ya apoyándose sobre otro, pero sin abandonar ninguno sus respectivas posiciones.

Este Napoleon lanzaba sobre este Wellington en apiñadas palabras el torrente de su guardia imperial; esto es, toda la historia de su vida; pero Wellington recibia el choque con admirable sangre fria, y los escuadrones de palabras le entraban por un oido y le salian por otro.

Sin embargo, ya iba perdiendo la paciencia; se sentia destrozado por aquel hablar sin peso ni medida; no tenía ya oidos para resistir el choque continuado de tantas palabras, y esperaba que el sol recogiera los reflejos con que iluminaba el ángulo del tejado, donde tenía fija la vista como en un reloj, para emprender la retirada.

De repente se incorpora, y levantando el brazo en la misma direccion de su mirada, señala con el dedo el ángulo del tejado; el hablador, sin dejar la palabra, mira y ve levantarse en el aire una cosa como una pluma, que subia haciendo ondas y que se desvanecia conforme iba subiendo.

Esto detuvo su palabra y lo dejó con la boca abierta.

Entónces su adversario respiró como el

que sale de un pozo, le puso la mano sobre el hombro como si hubiera querido decirle ya eres mio, tomó la palabra y emprendió el ataque.

—Vea V. ; sale por debajo de aquella teja; hace un cuarto de hora que observo con atencion, y he visto eso mismo tres veces: primera, un poco; luégo, más; luégo, mucho más. Vea V. ahora cómo sale; y..... ya escampa; mire V. el tragaluz de aquella boardilla cómo se explica..... ¡Toma! y por más arriba..... y por más abajo.....

Todo esto lo decia en voz alta con el brazo levantado, señalando ya á un punto ya á otro; los transeuntes se detenian y miraban, y en ménos de un minuto se formó en aquella boca-calle un remanso de gente que iba creciendo y agitándose como las aguas de una inundacion.

El hablador, por primera vez de su vida, se habia quedado mudo; todo él era ojos, su lengua habia desaparecido.

¿Qué era aquello?

Aquello era un poco de humo que empezó casi imperceptiblemente á salir por el

ángulo del tejado, que se aumentó despues saliendo á bocanadas por el tragaluz de la boardilla, y que se extendió luégo saliendo por las junturas ya de unas tejas ya de otras.

El hablador seguia mudo, estupefacto; parecia que sus piés se habian pegado á la tierra, que su lengua estaba cosida á su paladar, y al mismo tiempo sus ojos estaban clavados en aquel humo que se levantaba, diciendo: «Esta casa arde.»

Así debió quedarse Napoleon al ver que aquella nube que se extendió de improviso por el horizonte de Waterloo eran los treinta mil prusianos, que se adelantaban como un incendio, y que iban á convertir en cenizas el soberbio edificio del imperio.

El humo crecia y la gente se aumentaba, las boca-calles estaban llenas de curiosos, y de diferentes grupos habia salido ya la palabra *fuego*.

Esta palabra despertó al hablador, que agitó sus brazos buscando una salida entre la gente que lo envolvía cerrándole el paso,

miéntras el otro gritaba: «Es un incendio, es un incendio.»

En aquel momento se rasgó la cortina de humo que flotaba sobre el tejado, y apareció una llama como un relámpago.

Un murmullo sordo se extendió por la multitud reunida en las boca-calles, y los balcones, y las ventanas, y las boardillas se llenaron de semblantes inquietos, y comenzaron las voces, los gritos, los lamentos, la agitación, el tumulto, el desórden que toda multitud lleva siempre consigo.

Nuestros dos hombres no habian podido moverse del sitio en que estaban envueltos por la masa de gente que llenaba la calle.

Miéntras el uno, como Napoleón en Waterloo, buscando una salida luchaba con la multitud que lo arrastraba, cerrándole el paso por todas partes; el otro, como Wellington en el mismo día, á la misma hora y en el mismo campo de Waterloo, gritaba: ¡fuego! ¡fuego! ¡fuego!

Los que llegaban por el extremo de la calle empujaban á los que tenían delante, de

manera, que una vez metidos en aquella corriente de cabezas humanas era imposible retroceder.

De pronto cambió la dirección del movimiento; los que estaban delante retrocedieron y empujaron á los que estaban detras; la multitud perdió terreno rechazada por la fuerza de un centinela que acababa de colocarse en aquella boca-calle.

En este movimiento, nuestros dos hombres quedaron en primera fila, y entónces uno de ellos se lanzó en medio de la calle y se dirigió hácia la puerta de la casa que ardia, pero un segundo centinela lo detuvo y le cerró el paso.

—No se puede pasar, le dijo.

—Yo sí puedo, le contestó, dando un paso hácia adelante.

—Atras, replicó el centinela.

—Yo necesito pasar, gritó el hombre.

—No se puede, replicó nuevamente el centinela; y como si detras de él dejára una muralla que le cerrára el paso, le volvió la espalda y se apoyó en su fusil.

El hombre entónces dió un salto y avan-

zó hácia la casa; el centinela lo vió y se lanzó á detenerle.

El otro, que permanecía apoyado en la esquina y dueño del campo al ver el empeño que mostraba por pasar, dijo:

—¿Adónde va ese hombre?

Una voz de mujer le contestó:

—¿Adónde ha de ir? á su casa.

—¡Ah! ¿Vive ahí?

—¿Ve V. aquel balcon del piso^o tercero, donde caen ahora esas chispas? pues ahí vive.

Al pobre hablador se le estaba quemando la casa.

En esto retumbó la calle con un ruido semejante al de un trueno, y muchas voces gritaron: las bombas, las bombas.

Hubo un momento de confusion; la multitud se estrujó comprimiéndose contra las aceras, abrió como una especie de zanja en medio de la calle y pasó una bomba.

El hablador, sin sombrero y sin baston, consiguió llegar á la puerta de su casa, pero al poner el pié en el portal, un torrente de vecinos que salian huyendo del incendio, lo

arrollaron y se lo llevaron, arrastrándolo lejos de allí.

El otro, dueño del campo, se restregó las manos, se apoyó nuevamente en la esquina, y dijo :

—Esto va á estar bueno.

CAPÍTULO XI.

Juana vista á la luz de un incendio.

En efecto, la cosa empezaba á estar buena, el espectáculo era magnífico y los espectadores innumerables.

El incendio habia esperado á que aparecieran las primeras sombras de la noche para dejarse ver con más claridad, porque el fuego es un gran artista y sabe que los incendios de dia no tienen gracia.

Los tragaluces de las boardillas arrojaban de vez en cuando espesas bocanadas de humo salpicadas de chispas, que se perdian en el aire, y despues de estas bocanadas brillaba de pronto una llama roja que se levantaba un momento iluminando la sombra del tejado, y volvía á esconderse.

La noticia del incendio se habia esparcido por todo Madrid de calle en calle, de plaza en plaza y de torre en torre, extendida por la voz atribulada de las campanas, y la gente acudia de todas partes llenando las avenidas, ansiosa de ver el espectáculo.

Desde el lugar del incendio hasta la fuente inmediata se habia establecido un cordón de aguadores que iba y venía, formando una especie de noria humana, en que cada cangilon era un hombre.

Hubiera sido temerario é inútil intentar combatir el incendio subiendo al tejado, pues ardía por todas partes, y las mangas de las bombas treparon por los balcones y por los patios de las casas contiguas, y desde allí lanzaban rayos de agua sobre aquella nube de llamas.

El agua y la llama se encontraban y se confundían, dominándose alternativamente una á otra como dos espadas que se cruzan en un duelo á muerte.

Unas veces la llama huía arrollada por el agua, dejando en el aire ráfagas de humo que oscurecían el cielo; otras veces el agua

caía sobre el fuego y era devorada en el acto; en aquel momento las llamas brillaban con nueva claridad, como si quisieran manifestar así el orgullo del triunfo.

El incendio habia establecido la base de sus operaciones en el centro del tejado; era un punto estratégico perfectamente elegido; porque desde allí dominaba el hueco de la escalera, recibia el aire que entraba por los tragaluces de las boardillas, cuyas maderas habian caído ya abrasadas, y al mismo tiempo tendia sus llamas por las pendientes del tejado hasta lamer los bordes de las últimas tejas que, calcinadas, se desprendian, cayendo á la calle con estrépito, y dejando en el aire nubes de chispas. Otras veces las llamas se empinaban derechas, iluminando el torbellino de humo que las envolvía.

Por el hueco de la escalera bajaban pedazos de madera encendida, polvo ardiendo y escombros abrasados.

Era imposible subir ni bajar por aquella escalera, por cuyas barandas de madera empezaba á descender el incendio formando cordones de luces.

El hierro se retorcia bajo el azote del fuego; los goznes se desataban cortados por el filo de la llama; corria el plomo derretido por las paredes hechas ascua, y saltaban los cristales en mil pedazos.

La posicion del incendio era formidable; rugia triunfante como en un horno preparado para que fuera invencible; la parte superior del edificio hacia el efecto de una inmensa hornilla: por cada agujero salia una ráfaga encendida; parecia un volcan con muchas bocas.

Saltaban las tejas empujadas por el fuego; se descarnaban las paredes lamidas por las llamas, y aparecia ese esqueleto de madera que sostiene las casas de Madrid, iluminado por todas sus coyunturas como el armarzon de un castillo de pólvora.

Se oia un crujir incesante, un rechinar continuo, el bramar de las llamas, el hervir del fuego, algo parecido al rumor del trueno lejano, y se oian tambien las voces y los gritos de los hombres que desde los tejados inmediatos luchaban con tan feroz enemigo.

Las mangas de las bombas parecian in-

agotables, y el incendio, dueño de toda la parte superior del edificio, parecía invencible.

Entre tanto los vecinos habian ido abandonando la casa, llevándose cada uno lo que pudo en la precipitacion de tan angustioso momento, y algunos, más perezosos, que habitaban los pisos bajos, tuvieron que descolgarse por los balcones.

La calle estaba llena de lamentos, de gemidos, de muebles rotos, de ropas, de colchones.

Los niños lloraban, las mujeres gemian, los hombres gritaban; se buscaban unos á otros, se llamaban por sus nombres, se agrupaban: aquello era una confusion de voces, de gemidos, de cosas, de hombres, de niños y de mujeres, imposible de describir.

Afortunadamente todos los vecinos de aquella casa, que ardia como una antorcha, llenando el aire de humo, de llamas y de chispas, se habian salvado.

La muchedumbre de los curiosos llenaba todas las avenidas, y aquellos torrentes de cabezas, detenidos en las boca-calles por los centinelas, aparecian iluminados por los rojos resplandores del incendio.

A cada incidente del fuego que devoraba la casa, á cada explosion de la llama, se extendia por la muchedumbre un rumor profundo que iba á perderse en los extremos de las calles, como si el trueno respondiera al relámpago.

Juana y Magdalena, apoyadas sobre el pasamano de hierro de la ventana de su cuarto piso, veian el incendio tan cerca, que algunas veces habian tenido que retirarse empujadas por el humo.

El semblante de Juana, iluminado por el resplandor, aparecia oscuro y serio, y el de Magdalena brillante y afligido.

Juana, serena é impasible, miraba los estragos del fuego, y seguia el curso del incendio, exclamando:

—Cá..... no lo apagan..... mira, mira, por allí resulta ahora..... ¡qué barbaridad, si está ardiendo todo el tejado! Vamos á tener una noche toledana.

Magdalena, agarrada al brazo de su madre, temblaba.

—Vámonos, le decia; vámonos, madre.

Y tiraba de ella queriéndola arrancar de la ventana.

—No tengas miedo, decia la madrastra; aquí no llega y desde aquí se ve muy bien todo.

—¿Y mi padre? preguntaba la niña. Si estuviera aquí mi padre.....

—¡Tu padre! échale un galgo.

—Yo quisiera que estuviera aquí, insistió Magdalena con el acento del que manda á la vez que suplica.

—Pues hija mia, no está, replicó la madrastra, y no es cosa de echar un pregon para que venga.

—¿No lo podemos buscar nosotras?

—¡Nosotras! exclamó Juana; vamos, tú estás loca.

—Pues en alguna parte estará mi padre.

—Ya lo creo, en alguna parte estará; eso es claro; y no debe encontrarse mal donde esté. Déjalo, hija mia, que maldita la falta que nos hace.

Magdalena levantó los ojos cuajados de lágrimas, miró á Juana con asombro, y le dijo:

— Mi padre nos hace mucha falta, y si él supiera.....

Juana no dejó concluir á Magdalena, y le cortó la palabra haciéndola esta pregunta:

— ¿Si él supiera qué?

— ¡Si él supiera esto! contestó la niña.

La respuesta no debió satisfacer á Juana, porque volvió á preguntarle:

— Pero, ¿qué es *esto*?

— ¿Pues qué ha de ser? dijo Magdalena; ¿le parece á V. poco el fuego que nos amenaza, el peligro en que estamos y el miedo que tenemos?

— ¡Ya! exclamó Juana, como si saliera de una duda.

— Si él supiera esto, prosiguió, ya estaría con nosotras, ya nos hubiera sacado de aquí, no estaríamos solas, no tendria yo tanto miedo.....

— Tu padre tiene otras cosas que hacer, y ya ves tú que no se da mucha prisa.

Si Magdalena comprendió ó no toda la crueldad de estas palabras, es cosa que yo no he podido averiguar; pero ello es que contestó en el acto:

—Mi padre es el más bueno de los hombres.

Era la primera vez que Juana veía á Magdalena levantarse, digámoslo así, contra ella, en defensa de su padre; era la primera vez que la niña se separaba del parecer de la madrastra; era la primera vez que hablaba el corazón de la hija, porque, preciso es decirlo, Juana había tejido al rededor de la niña una especie de tela de araña, en la que vivía presa la voluntad de Magdalena, y entre el padre y la hija había puesto Juana un mundo de pequeñeces.

Lo que el padre negaba, Juana lo concedía; regañaba el padre, y acariciaba Juana; y la niña, seducida por aquel cariño complaciente dispuesto siempre á satisfacer todos sus caprichos, se sentía arrastrada hácia su madrastra por una fuerza semejante á la que empuja al pájaro á la boca de la serpiente.

Por una razón geométrica fácil de comprender, Magdalena se alejaba de su padre todo lo que se acercaba á su madrastra, y al mismo tiempo, el maestro de obras, queriendo establecer un prudente equilibrio, aparen-

taba ser con su hija tan severo, como Juana era cariñosa.

El padre era la sombra, y Juana la luz al rededor de la que daba vueltas, hasta quemarse las alas, esta deslumbrada mariposa.

Por una combinacion bien natural y bien cruel al mismo tiempo, el cariño ciego de la madrastra se habia interpuesto entre el padre y la hija, separándolos en vez de unirlos.

Juana satisfacía muchos caprichos de Magdalena, diciéndole: «Esto que no lo sepa tu padre»; y la niña callaba, mintiendo ántes de saber mentir.

Entre las vecinas de los cuartos inmediatos se hacia conversacion algunas veces, y unas decian: «Esa niña no será buena, no quiere á su padre.»

Otras miraban la cuestion desde distinto punto de vista, y decian: «Pues el padre no parece que ha de ser de azúcar, y dicen que está entrampado hasta los ojos.»

«La pobre Juana, añadian otras, es la que paga el pato; trabaja como una negra, y luego, ayúdeme V. á sentir, templando siempre la gaita del padre y la gaita de la hija.»

Así se explicaba la opinion pública de esta familia.

«Mi padre es el más bueno de los hombres.»

Esta frase pronunciada con viveza por la niña, habia causado en Juana un verdadero asombro; habia resonado en sus oidos como un grito de alarma, é inmediatamente se puso en guardia.

—Sí, dijo, tu padre es el más bueno de los hombres, pero el más bueno de los hombres nos tiene aquí solas, sin saber qué hacer.

—Si mi padre supiera lo que pasa, replicó Magdalena, ya estaria aquí.

—Pues hija mia, debe saberlo, porque á estas horas todo Madrid sabe que esa casa es la que está ardiendo.

—¿Pero es posible, señora, replicó, que mi padre sepa esto y no venga?

—Lo que yo puedo decirte es que es imposible que no lo sepa, y en cuanto á la prisa que se da por venir, tú misma lo estás viendo por tus propios ojos.

En aquel momento se hundió con ruido

profundo, semejante al de un terremoto, gran parte del tejado; saltaron los escombros encendidos hasta caer en las casas inmediatas, y Juana, ahogada por el humo y por el polvo, se retiró precipitadamente de la ventana, exclamando:

—¡Caramba, que esto va serio!

Su hija dió un grito y se refugió á un extremo de la sala, sollozando y repitiendo:

—Dios mio, que venga mi padre pronto.

Crecia el incendio alentado por sus primeros triunfos, y crecian la confusion, las voces, los alaridos y el espanto.

En las casas más inmediatamente amenazadas por el fuego se notaba una agitacion que dejaban ver los balcones abiertos de par en par, y las luces que iban y venian de una habitacion á otra.

Las familias atribuladas recogian los objetos más preciosos, hacian líos de las ropas más necesarias y los arrojaban por los balcones.

Juana estaba indecisa, no sabía qué hacer, empezaba á pensar que habia perdido demasiado tiempo, que el fuego podia comuni-

carse á su casa, y que en tal caso todo sería allí pasto de las llamas.

Magdalena no hacia más que sollozar y decir :

—¡ Dios mio, que venga mi padre pronto!

—¡ Tu padre, tu padre, repetia Juana, maldito; si estuviera aquí, áun podriamos salvar algo.

— Pues salvémonos nosotras, decia la muchacha; salgamos de aquí.

—¿ Y he de abandonar mi casa, mis muebles, mis ropas.....

Juana se detuvo tomando la actitud del que escucha.

Sobre el piso en que vivia habitaban los vecinos de las buhardillas, y se oian voces confusas y el rumor repetido de muchos pasos precipitados.

Juana se lanzó á la puerta de su habitacion que daba á la escalera, y abrió el ventanillo.

Entónces vió que toda la gente de las buhardillas huia.

—¿ Qué pasa, vecinos? dijo sin abrir la puerta.

Una mujer agobiada bajo el peso de un gran lío de ropa y con un niño en brazos, le contestó :

—Nada, señora; que nos ha caído la lotería y nos mudamos.

Detras de esta mujer bajaba un hombre cargado con un colchon.

—Anda, no te pares, le dijo á la mujer que llevaba delante.

Juana oyó entónces una voz ronca por la fatiga, que gritaba :

—Aquí, venid aquí..... agua, agua.

Por esos cambios bruscos de sentido que experimentan algunas veces las palabras, la voz de «agua, agua», queria decir «fuego, fuego.»

Juana lo entendió así, y sin detenerse más tiempo, acudió á la habitacion que le servia de dormitorio, apartó la cama, levantó con las uñas una baldosa del pavimento, sacó un pequeño lío, y estando suspendiéndolo en la mano como si quisiera calcular su peso, sonó la campanilla de la puerta.

—Mi padre, exclamó Magdalena, y acudió á abrir.

—Espera, gritó Juana, y con gran prisa ocultó entre sus vestidos el lío que tenía en la mano, colocó la baldosa en su sitio, y empujó la cama hasta dejarla de la misma manera que estaba ántes.

Magdalena habia mirado por el ventanillo, y al ver á Juana que acudia á abrir, le dijo :

—No es mi padre.

En efecto, no era el padre de Magdalena ; era el hijo de Juana.

—Vén acá, le dijo su madre ; alguna vez me has de servir de algo ; cierra esa puerta.

El muchacho siguió á su madre, y al pasar junto á su hermana le hizo un guiño horrible y en voz baja le dijo :

—Rabia, rabia ; te vas á abrazar viva.

La pobre niña echó á llorar.

Juana habia tendido en medio de la sala un gran pañuelo, sobre el cual iba poniendo los mejores vestidos de Magdalena, sus joyas, sus adornos, sus dibujos, sus libros.

Cuando ya no cabia más en el pañuelo, anudó sus cuatro puntas y llamó á su hijo.

—Toma, le dijo, carga con eso.

—¡Yo! replicó el muchacho.

—Tú, salvaje.

—Yo no puedo con ese lío.

—No me desesperes; cógelo y echa delante.

El muchacho dió un paso atrás y dijo con ademán decidido :

—Yo no lo llevo.

Juana se lanzó sobre su hijo, pero éste, más ágil, dió un salto y corrió hasta la puerta de la escalera.

—Infame, gritó la madre yendo hácia él; pero el muchacho abrió la puerta y se colocó á la parte de afuera, teniéndola asida para cerrarla en el momento de una nueva acometida y ganar la escalera.

Juana comprendió que era imposible cogerle y se detuvo; dulcificó su voz cuanto pudo, y le dijo :

—Vén acá, no me quites la vida; coge ese lío y llévalo á casa de la señora Marta, que allá vamos nosotras.

El muchacho metió la cabeza por la puerta entreabierta, y volvió á repetir con el mis-

mo tono y con el mismo ademan insolente y resuelto :

—No, no lo llevo.

—Pero demonio del infierno, dijo su madre, ¿lo he de llevar yo?

Los ojos de Juana chispeaban de cólera. Magdalena no habia visto nunca aquella cara terrible de su madrastra.

El muchacho, parapetado detras de la puerta, contestó :

—¿A mí qué me importa? Que cargue con el lío la *niña*; que se lo eche á costas la *señorita*, que su ropa es.

—Sí, madre, dijo Magdalena; déjelo V.; yo lo llevaré.

—Tú no puedes, gruñó bruscamente Juana.

—¡Que no puede! ¡qué lástima de azotes!..... ¡Que no puede! Pues que pueda, y si no puede, que reviente..... Ya llegará la *mía* y entónces me las pagarás todas juntas.

Y el muchacho decia esto dejando ver en su semblante la expresion de un ódio profundo.

—Yo no te he hecho ningun daño, sollozó Magdalena.

—No, ¿eh? ya lo veremos; deja que llegue la mia y verás todo el mal que me has hecho. Fea, *feróstica*, horrible, te tengo que arrancar el moño. Y unia el ademan á la palabra.

Magdalena sintió en su corazon un frio mortal; esa amenaza grotesca la hirió de un modo terrible; vió en ella la explosion repentina de un rencor largo tiempo contenido, y por un movimiento instintivo se acercó á su madre.

Ésta se interpuso entre su hijo y su hija diciendo :

—Bribon, la aborreces..... peor sería que la quisieras. Pero mira lo que haces, porque si te atrevieras á tocarla al pelo de la ropa te desollaria como á un cabrito.

—¿Sí? dijo el muchacho, dando un paso hácia su madre y cruzando las manos con rabia; por estas cruces, que he..... de.....

No pudo continuar, porque Juana aprovechó aquella ocasion para cogerlo, y se lanzó nuevamente sobre él; pero el muchacho,

por un movimiento brusco desesperado, se desasíó de las manos de su madre, y por segunda vez ganó la puerta.

Juana estaba furiosa y se arrojó tras de su hijo, y lo hubiera cogido ántes que éste bajára el primer tramo de la escalera, si el paquete que llevaba oculto no la hubiera detenido, cayendo con pesadez en el suelo.

—Anda, infame, murmuró Juana recogiendo con avidez aquel pequeño lío pesado y duro; yo te echaré la mano encima, y por tarde que sea te ha de parecer temprano.

El muchacho bajó la escalera saltando de dos en dos los escalones y gritando:

—¡Fuego, fuego!

Estos gritos acabaron de llevar la alarma á todos los cuartos, y la confusion y el terror llegaron á su colmo.

Juana ocultó en su pecho, bajo los dobles pliegues de su pañuelo, aquel paquete tan cautelosamente guardado; asíó con una mano el lío voluminoso que su hijo no habia querido llevar, y dijo á Magdalena:

—Echa delante.

La pobre niña temblaba, dominada por un terror invencible; estaba aturdida.

Juana la empujó hácia la puerta, diciéndole:

—Vamos.

Cuando llegaron á la calle, las detuvo un corro de gente, en medio del que se agitaba un hombre, que decia:

—¿No hay nadie que se atreva?

Un murmullo fué la única contestacion que obtuvo esa pregunta.

—Ofrezco mil duros, dijo el hombre.

Nadie contestó.

—Dos mil.....

El mismo silencio.

El incendio seguia abrasando la casa.

—¿Qué quiere ese hombre? preguntó Juana.

—Quiere, le contestaron, poca cosa: busca uno que se deje tostar vivo por dos mil duros.

—Dos mil duros es poco, murmuró Juana. El hombre debió oír estas palabras, porque al instante gritó:

—Doy tres mil.

—Vamos, hija, dijo Juana á Magdalena, y siguió adelante, diciendo en voz baja:

—¡Tres mil duros! ¿Dónde estará tu padre?

—Mi padre, exclamó la niña; yo quiero ver á mi padre.

—Anda, anda de prisa, gritó Juana con manifiesta impaciencia. ¡Tu padre, tu padre! Yo lo buscaré; áun es tiempo. ¡Tres mil duros! ¡tres mil duros!

Diciendo esto, entraron en una casa situada en el extremo de la calle.

En la puerta de esta casa estaba la señora Marta.

—Tome V., le dijo Juana; guárdeme V. esta alhaja y este lío. Yo vuelvo al instante. La alhaja era Magdalena.

CAPÍTULO XII.

Pelé y Melé.

Apénas Juana dejó á Magdalena en poder de la señora Marta, volvió apresuradamente á su casa, en cuya puerta encontró la misma escena que acababa de dejar.

El mismo personaje, sobre el cual hemos llamado ántes la atencion, se agitaba todavía en medio de los curiosos que le rodeaban, sin que nadie se atreviera á aceptar el ofrecimiento de los tres mil duros.

Por lo visto, aquel hombre pedia un imposible.

—Soy rico, gritaba, y haré la fortuna del que quiera prestarme tan buen servicio.

Uno de los que le escuchaban, le dijo:

—Caballero, lo que V. quiere es un dis-

parate, porque..... ¿no ve V. que no es posible?

—¡No es posible!..... exclamó el caballero.

—No, señor; por la puerta no hay quien suba sin hacerse carbon ántes de llegar al piso principal; taladrando la pared medianera de la casa inmediata, se podría entrar, pero ya sabe V. que no hay modo de cruzar por el hueco de la escalera, y habria que derribar muchos tabiques, uno despues de otro, para llegar á la habitacion de la esquina.

—¿Y qué importa que haya que derribar esa pared y esos tabiques?

—Importa mucho, le contestó el hombre; el fuego no da tiempo para esa operacion. ¿No ve V. que está á punto de desplomarse el techo del piso tercero?

Una voz de mujer tomó la palabra, y dijo:

—¿Pero no se puede subir por los balcones?

Esta voz era la de Juana.

—¡Por los balcones! exclamó el hombre. Puede ser. Ea, muchachos, en aquel balcon

del piso tercero hay tres mil duros, ¿quién quiere subir por ellos?

Todas las miradas se dirigieron al balcon señalado por aquel hombre, y casi al mismo tiempo todas las cabezas se inclinaron hácia el suelo, volviendo á levantarse con ese movimiento con que los ojos miden una altura.

Era una averiguacion geométrica que cada cual hacia, y al fin de la que todos movian la cabeza de hombro á hombro, como quien dice: Ca; imposible, no puede ser.

El caballero, entre tanto, miraba con ansiedad aquellos semblantes mudos, y esperaba con afan una respuesta.

Juana iba y venía movida por toda la inquietud de la impaciencia, sondeaba los grupos iluminados por los siniestros resplandores del incendio, buscando en medio de aquella confusion alguna cosa que no encontraba.

No viendo á quién preguntarle, se preguntaba á sí misma:

—¿Dónde estará?

Y como si allá en las oscuridades de su

interior encontrára alguna huella de lo que buscaba, despues de reflexionar un momento, añadía :

—Él tiene que estar por aquí.

El que calla otorga, ha dicho la sabiduría de las naciones; pero esta sabiduría suele dar muchos palos de ciego, y sus sentencias hay que tomarlas siempre á beneficio de inventario.

Algunos, queriendo corregir á esa sabiduría en *comandita*, oponen á su sentencia esta otra : el que calla no dice nada; pero esta sabiduría particular da una en el clavo y ciento en la herradura.

Hay ocasiones en que el que calla no dice nada, y hay otras en que el silencio dice mucho; lo dice todo.

En esta ocasion, el silencio era para el pobre caballero una respuesta terminante.

«En aquel balcon del piso tercero hay tres mil duros; ¿quién quiere subir por ellos?»

Ésta era la pregunta.

La respuesta fué un silencio general; un silencio que decía : «Nadie.»

Todos callaban; ninguno otorgaba, y en

cuanto á decir, decian bastante y bien claro.

—Mal negocio, añadió el hombre; nadie lo quiere.

—¡Nadie! exclamó el caballero con desaliento.

—Y vea V. lo que son las cosas, observó el hombre, como si quisiera echar una gota de consuelo en aquel vaso de angustia; hay gente que se deja ahorcar por ménos dinero.

En esto apareció casi en medio del corro una cara que se movia sobre un cuerpo ligeramente encorvado, de cuyos hombros salian dos brazos largos como los de un mono, y que se balanceaba sobre unas piernas torcidas, de tal manera que era imposible asegurar cuál de las dos era más corta.

Esta cara, vista de un modo, parecia la cara de un muchacho; vista de otro, parecia la cara de un viejo; habia en ella una mezcla extraña de inocencia y de malicia, de infancia y decrepitud, de temor y de audacia.

Sus ojos escondidos cautelosamente bajo los arcos salientes de unas cejas despobladas, no miraban nunca de frente, pero se clava-

ban como dos puñales siempre que podían ver sin ser vistos.

Cuando eran sorprendidos, echaban cada uno por su lado como dos cómplices cogidos *infraganti* y detenían la curiosidad del observador con esa mirada sin dirección con que se clavan, no se sabe dónde, los ojos bizcos.

Los movimientos de su cuerpo eran contorsiones; andaba y parecía cojo, accionaba y parecía manco, se alargaba y se encogía como una culebra, y no se sabía si aquella máquina, digámoslo así, humana, era de goma ó era de acero; si aquello era debilidad ó fuerza.

Si no era un conjunto monstruoso de imperfecciones, es indudable que poseía el extraño don de imitarlas todas.

En su rostro no aparecía barba ninguna; era barbilampiño, como si la naturaleza arrepentida de su obra hubiera querido detenerlo, negándole el derecho de llegar á ser hombre.

Se ignora si este sér tuvo alguna vez nombre de pila, pero si alguna vez lo tuvo, había desaparecido bajo una serie de apodos;

unos le llamaban cojo, otros manco, otros tuerto, y algunos lo habian bautizado con el nombre de gato, sin duda porque imitaba admirablemente el maullido de este animal.

Solia ejercer la doble profesion de pedir limosna con una mano y tomarla con la otra.

Sus dedos largos y ágiles parecian hechos para sondear las profundidades de los bolsillos.

En la ocasion en que lo encontramos, no era un sér solo y aislado entre los hombres; habia tropezado, digámoslo así, con su media naranja; habia adquirido un hermano, un amigo, un compañero, un socio, otro él; y ambos se habian unido entre sí, como dos manos que se cruzan.

Se habian engranado como dos ruedas dentadas de una misma máquina.

Esta union los hacia inseparables hasta en el nombre.

Antes de encontrarse, de verse y de unirse, cada uno tenía su mote, digámoslo así, independiente; como ya hemos visto, el primero era ya el cojo, ya el manco, ya el tuer-

to, y éste era el nombre más completo, porque le pillaba desde los piés hasta la cabeza; mientras el otro vivía aplastado bajo el apodo de *el chato*; palabra que era el retrato de su cara, porque aquella cara prensada era una cara sin perfil; pero desde el momento en que se juntaron por la recíproca atracción de una mutua simpatía, fueron señalados por dos nombres inseparables.

Desde entónces se llamaron *Pelé y Melé*.

La cara que habia aparecido en medio del corro, era la de *Pelé*.

El hombre que hemos dejado con la palabra en la boca, miró un momento á aquel extraño personaje, y dijo:

—Aquí está el tuerto.

Y volviéndose al caballero, añadió:

—Puede ser que hagamos negocio.

—¿Esta criatura, preguntó el caballero, será capaz de subir?

—Esto no es criatura, dijo el hombre; es una araña, que lo mismo debe andar por la pared que por el suelo.

Los circunstantes soltaron una carcajada.

Pelé se encogió de hombros y se echó á reir tambien.

El caballero se acercó á la araña, y le dijo :

—Vamos, ¿quieres ganarte tres mil duros?

—¡Tres mil duros! exclamó Pelé, dejando oir una voz semejante á un gruñido. Luego sacudió la mano derecha, cuyos dedos, chocando entre sí, sonaron como un látigo, y repitió : ¡Tres mil duros! ¿Dónde están?

Yo los tengo para tí, se apresuró á decir el caballero.

Pelé no lo dejó concluir, pues tendiendo la mano, dijo :

—Vengan.

—¡Ah, *granuja!* exclamó el hombre, amenazándole con el revés de la mano; quieres que te *arrimen la mosca* ántes de trabajar : paga adelantada, paga viciosa; buen tunante estás.

—Pues entónces, dijo Pelé, que trabaje otro; yo no fio.

El caballero lo detuvo, diciéndole :

—Yo te los aseguro bajo mi palabra.

—Y V., ¿quién es? le preguntó Pelé.

— Yo..... ¡bah! aquí todos me conocen y á todos los hago testigos de mi promesa. ¿No te basta esto?

— No; ahora hay muchos testigos, y luégo me encontraré sin ninguno. Usted es rico y yo soy pobre.

Estas palabras fueron recibidas con un murmullo.

— Eres un imbécil, dijo el caballero.

— Está visto, añadió el hombre, los sesenta mil realazos *del pico* no le hacen *tilin*.

— Sí que me hacen; pero ustedes lo que quieren es divertirse conmigo. ¡Sesenta mil realazos me darán á mí!..... Sí, *por el ole*.

— Ó eres muy bruto ó eres muy pillo. Mal rayo me caiga y te parta. ¿No ves que el caballero habla como un hombre?

— Sí, pero ¿dónde están los tres mil duros? Que los enseñe, que yo los vea.

— Tiene razon, dijeron algunos.

— No se llevan tan fácilmente sesenta mil reales en el bolsillo, replicaron otros.

Un tercero salió al paso de esta observacion, diciendo :

— En dinero no es fácil, pero en papel.....

Los primeros no se dieron por vencidos, y uno replicó :

— En papel..... ¿y quién anda á estas horas por las calles hecho un archivo? Además, papel no es dinero.

Tal barbaridad económica hubiera sublevado á otra concurrencia, pero entre aquella gente no habia tenedores de papel; se componia en su mayor parte de *medias cucharas*, y no tuvieron nada que replicar.

El caballero era el único que ofrecia allí el aspecto de un gran tenedor, más se hallaba ocupado en aquel momento en tentar el último recurso.

Habia desabrochado las dobles solapas de su opulento gaban, descubriendo un precioso chaleco, sobre cuyo fondo oscuro y apeñascado relampagueaban los ricos eslabones de una soberbia cadena de oro.

Del fondo del bolsillo habia sacado un tarjetero, cuyas tapas de marfil se cerraban como las hojas de un libro, sujetas por medio de un lapicero de plata.

Habia cogido una tarjeta, en la cual se veia grabada una corona; debajo de la coro-

na se habian reunido unas cuantas letras góticas que formaban un título de marqués; debajo habia otro renglon de distinta letra, que decia: «Senador del Reino.»

Sobre esta tarjeta habia corrido rápidamente el lapicero de plata, estampando en ella, y encima de la corona, estas palabras: «Vale tres mil duros.» Los otros dos renglones quedaron encerrados dentro del rasgo arrogante de una rúbrica trazada al pié del segundo.

En el respaldo de la tarjeta habia escrito tambien algo.

El Marqués alzó la mano, y mostrando la tarjeta, dijo:

—Aquí están los sesenta mil reales asegurados bajo mi firma; y volviendo la tarjeta por el otro lado, añadió: y aquí están las señas de mi administrador, cómo se llama, y dónde vive. Por esta tarjeta entregará en el acto al que se la presente esa suma, duro sobre duro.

Pelé estaba absorto.

Cuando vió brillar en el pecho del caballero la cadena de oro, lanzó un maullido sor-

do, como el del gato que ve un raton, y desde entónces sus ojos, atraídos por el brillo de la cadena, no acertaban á apartarse de ella.

Sin duda alguna el pobre manco se sentia deslumbrado por el brillo de aquella joya que tan vigorosamente se destacaba sobre el fondo oscuro del chaleco.

Nadie habia reparado en el éxtasis en que Pelé parecia sumergido; pero el hombre, viendo que el caballero esperaba una respuesta, y que Pelé no la daba, lo sacudió bruscamente del brazo, diciéndole:

—Vamos; ¿qué tienes que decir á esto?

Pelé se restregó los ojos como el que sale de un sueño, y contestó:

—Eso ya es otra cosa.

—Pues manos á la obra, dijo el hombre, porque no hay tiempo que perder: el fuego avanza, y ya he visto yo salir humo por los balcones del piso tercero.

Pelé se acercó al caballero, preguntándole:

—¿Qué tengo que hacer?

Al pronunciar estas palabras hizo un mo-

vimiento con el brazo izquierdo, levantando la mano y rascándose la oreja: y ¡qué casualidad! el codo de Pelé llegó hasta rozarse con la hermosa cadena de oro que pendía del pecho del caballero, de tal modo, que el gancho con que estaba sujeta á uno de los ojales del chaleco casi se salió de su sitio.

Nadie advirtió esto, ni al parecer el mismo Pelé vió lo que habia hecho con el codo, pues como los demas circunstantes, tenía los ojos fijos en el ángulo de la casa dominada por el fuego, siguiendo con atento oído el itinerario que el hombre le trazaba de esta manera:

—Lo que tienes que hacer, le decia, es muy sencillo: primero saltas al balcon del entresuelo; despues te buscas tus mañas y trepas al balcon del piso principal. No hay atajo sin trabajo, y si eres listo, puedes coger de un salto los hierros del balcon del piso segundo, encaramándote por las persianas que salen de la pared para que tú subas como por una escalera. Del piso segundo al piso tercero no hay más que coser y cantar; y

una vez allí, el caballero te dirá lo que tienes que hacer.

Todos los que oían este plan de escalamiento lo consideraban imposible, y áun muchos creyeron que aquel hombre se estaba burlando á un mismo tiempo de Pelé y del caballero.

La ascension que se proponía era imposible; tal era la opinion pública de aquel corro; pero Pelé volvió á rascarse la oreja con ademán pensativo, como si la cosa no le pareciera ni tan fácil ni tan imposible, y por una nueva casualidad el codo volvió á tropezar con la cadena de oro, sacando completamente el gancho del ojal del chaleco.

En el momento en que la cadena caía arrastrada por su propio peso y quedaba pendiente por el otro extremo del bolsillo en que iba el reloj, Pelé sacudió la cabeza con resolucion, y dijo:

—Bueno: una vez arriba, ¿qué debo hacer?

Hubo un murmullo que, traducido al pié de la letra, quería decir: «¡Bah! ese diablo está loco.»

El caballero se apresuró á dar sus instrucciones, pero el hombre lo detuvo un momento poniéndole la mano sobre el hombro, guiñó el ojo y le dijo en voz baja :

— Me parece que hacemos negocio.

— Sí, contestó el caballero, pero no hay que perder tiempo ; y dirigiéndose á Pelé, le dió las siguientes instrucciones :

— Una vez arriba, entras ; y una vez dentro, abres un *buró*.....

Pelé hizo un gesto al oír la última palabra, y el caballero prosiguió diciendo :

Un *buró*, esto es, un escritorio de palo santo que encontrarás á la derecha entre el ángulo de la pared correspondiente á la esquina y á la chimenea ; dentro del *buró* hay una cartera de terciopelo azul, cuya cerradura es una corona de plata cincelada. Todo lo que tienes que hacer es salvarme esa cartera ; lo demas que perezca. Nada me importa que el incendio devore todos mis muebles ; pero esa cartera contiene el honor de una familia ; su desaparicion causaria muchas desgracias, costaria lágrimas..... costaria sangre.....

El caballero pronunció estas palabras con voz conmovida, y los circunstantes se apretaron estrechando el círculo que formaban á su alrededor.

La comedia que los habia entretenido hasta entónces, empezaba á dejar de ser comedia para transformarse en drama, y no era preciso ser muy listo para ver que aquello podia muy bien acabar en tragedia.

Cuanto más imposible parecia la empresa, más vivo se despertaba el interes, digámoslo así, del pequeño público que seguia los accidentes de la escena que he bosquejado rápidamente, y acerca de la que concedo al lector libertad ámplia para que suprima lo que encuentre de más, si algo le sobra, y añada todo lo que le falta.

— Vamos, exclamó el hombre con impaciencia; ¡qué esperas!

Pelé le miró de un modo particular y dijo:

— Solo, no me atrevo.

Al oir esto el público prorumpió en un rumor de esos que en los oidos de todos los actores del mundo resuena como el anuncio de una silba inmediata.

El público se impacientaba de que Pelé retrocediera ante aquella empresa que á él mismo le parecía imposible: el público estaba en su derecho.

—¿Ahora salimos con eso? dijo el caballero, encogiéndose de hombros. Pues bien, añadió, yo lo intentaré. Y diciendo y haciendo, asió las solapas de su gaban, y tiró de ellas como el que empieza á desnudarse.

El hombre contuvo este movimiento, sujetando por la espalda los brazos del caballero, que quedaron inmóviles, y al mismo tiempo le dijo:

—Él lo hará.

—Sí, exclamó Pelé, pero necesito que me ayuden. Mire V., caballero, yo no me vuelvo atras.

—Bueno, dijo el Marqués, manos á la obra; desasiéndose de las manos del hombre que lo sujetaban por los brazos.

Pelé, por toda respuesta, se llevó la mano á la boca, introdujo en ella dos dedos abiertos en forma de horquilla, los oprimió con los labios, y dejó escapar un silbido largo como una espada y agudo como una aguja.

Un momento despues el círculo de espectadores se agitó, empujándose unos á otros, y abriéndose al fin por el punto más débil, apareció dentro del corro una cara aplastada, dividida en dos hemisferios por la hendidura de una boca interminable.

Pelé, al ver aquella cara, exclamó:

—Aquí está mi hombre.

Su hombre era Melé.

Ambos se miraron rápidamente y algo debieron decirse en aquella mutua mirada.

—Hay que subir allá arriba, dijo Pelé, señalando con el dedo. Es cosa de este caballero. ¿Te atreves?

—Vamos, contestó Melé, de cuya inmensa boca no solian jamas dos palabras seguidas.

El hombre continuaba á la espalda del caballero; delante de éste se hallaba Pelé, cuyo hombro se apoyaba en el ancho pecho de Melé, porque Melé era un mozo de pecho muy ancho.

—Ea, muchachos, dijo el hombre, empujando nuevamente al caballero hácia Pelé, al mismo tiempo que éste, empujado por

Melé, oprimia el pecho del caballero, diciendo:

—Por aquí, por aquí.

La gente que se movía al rededor de este grupo, empujaba también, ansiosa de tomar sitio para ver de la mejor manera posible el espectáculo de aquella ascension que iba á empezar.

El caballero se sentía estrujado por la presion de Pelé, que hacía esfuerzos por abrirse paso, y por el hombre que tenía á la espalda.

Formóse un nudo que duró un momento, desatándose despues, tirando cada uno por su lado, ó mejor dicho, saliendo cada uno como pudo de aquel atolladero de curiosos.

El caballero se vió al cabo libre del tornillo humano que lo oprimia por el pecho y por la espalda, y respiró.

Habia sido empujado hasta la puerta de la casa en que vivía Juana, y tenía delante una pared de gente imposible de romper.

Para dominar el cordon de cabezas que le cerraba el paso, se subió al portal, que se

levantaba medio palmo sobre las baldosas de la acera.

Desde allí se empinó sobre las puntas de los piés, y miró sin ver nada de lo que esperaba ver.

Nadie aparecía al pié de aquellos balcones que habian de ser escalados por Pelé.

Las bombas continuaban arrojando agua sobre el incendio, y el incendio seguía arrojando llamas y extendiéndose cada vez con más violencia.

¿Dónde estaba Pelé? ¿dónde estaba Melé? ¿dónde estaba aquel hombre que se habia mostrado tan solícito?

El caballero no los descubria por ninguna parte; parecia que la multitud se los habia tragado, y empezó á perder de nuevo la esperanza de salvar su cartera.

Bajó la cabeza como el que se resigna, se desespera ó medita, y entónces vió que su rica cadena de oro no pendia del ojal del chaleco; llevó la mano al bolsillo y vió que el reloj tambien habia desaparecido.

Sintió la ira y la vergüenza de haber sido burlado de aquel modo, y recurrió al co-

nocido expediente de morderse los labios.

Tal era la situación de su ánimo, cuando los curiosos que tenía delante se movieron abriendo paso á una mujer, detras de la cual venía un hombre.

Al ver ésta al caballero, se detuvo y le dijo, como quien pone la mano sobre lo que busca :

—Aquí está.

Luégo, volviéndose al hombre que la seguía, añadió :

—Éste es.

CAPÍTULO XIII.

Ahora veremos cómo algunas veces es más fácil subir que bajar.

El incendio seguía formidable, extendiéndose por toda la cubierta de la casa. Se había hundido el tejado arrojando al aire nubes de polvo y de humo, y algunas vigas empotradas en las paredes ennegrecidas asomaban sus puntas ardiendo, y parecían antorchas colocadas de trecho en trecho para alumbrar el incendio.

Las llamas aparecían de vez en cuando en las ventanas del cuarto piso, como si quisieran ver lo que pasaba por la calle.

Se oía un rumor sordo y profundo semejante á ese trueno lejano que nos anuncia la proximidad del mar; y más que oírse, se sentía.

Aquel rumor era la respiracion del incendio.

El número de los espectadores crecia; por todas las calles inmediatas afluia la gente agitándose en continuo oleaje; á larga distancia se olia el fuego, y por todas partes se veia el reflejo de las llamas.

Un hombre salió de la masa de espectadores más próxima á la casa; iba en mangas de camisa y sin nada en la cabeza; llevaba en la mano derecha una cuerda de cáñamo echa un rollo, y de uno de sus extremos colgaba vigorosamente atado un garfio de hierro.

Este hombre llegó al pié de uno de los balcones de la casa y arrojó el garfio, que quedó enganchado en el pasamano del balcon.

La cuerda se deslió cayendo al suelo, y el hombre se suspendió en ella, y adelantando primero una mano y luégo otra, y comenzó á subir lentamente.

Esto no produjo admiracion ninguna; el balcon no estaba muy alto, aunque pertenecia al piso principal, y la ascension no era difícil; ademas, la habia ejecutado con tanta seguridad y desahogo, que á los espectado-

res les habia parecido una cosa muy fácil.

Una vez en el balcon, recogió la cuerda, desenganchó el garfio y lo lanzó al balcon del piso segundo tan hábilmente, que quedó enganchado como en el balcon del piso principal.

Rechinó el hierro del garfio oprimido contra el hierro del balcon, y el hombre apareció en el aire suspendido entre los dos balcones.

La multitud que veia esto, guardó un profundo silencio, mientras el hombre subia lentamente por la cuerda sin más auxilio que el de sus brazos.

Hubo un momento de ansiedad, porque suspenso en la cuerda y asido á ella con entrambas manos, se vió repentinamente iluminado por un resplandor más vivo, y pareció que vacilaba.

Todos los ojos que podian verle tenian en él fijas sus miradas.

El fuego que acababa de brillar con claridad intensa, se escondió por algunos instantes, envolviendo en la sombra la figura fluctuante del hombre asido á la cuerda.

Los espectadores se agitaron dejando escapar un murmullo sordo que recorrió toda la extensión de la muchedumbre; no veían bien el espectáculo, oscurecido precisamente en el momento de más interés, en el más crítico momento.

Aquella sombra repentina pasó como un relámpago de oscuridad, y el incendio, levantando con más brío sus inquietas llamas, volvió á brillar, iluminando con sus reflejos la fachada de la casa.

El hombre había desaparecido; parecía que se lo había tragado la pared.

La cuerda pendía de los hierros del balcón, balanceándose con indolencia.

¿Dónde estaba el hombre?

El hombre estaba en el balcón; había trepado á él durante aquel momento de oscuridad, y la multitud lo vió recoger la cuerda como si se preparara á subir el tercer pedáneo de tan extraña escalera.

—¿Dónde va ese hombre? preguntaban algunos.

—Ese hombre, decían otros, va en busca de tres mil duros.

—Bravo, se conoce que tiene más corazón que dinero.

—Eso es una barbaridad, exclamó uno. No se debía permitir que un hombre se juzgara así la vida.

—Toma, replicó otro, es un negocio. Él pone la vida, que debe ser todo su capital; si pierde, cero al cociente, y si gana se mete sesenta mil reales en el bolsillo.

—¿Y vale sesenta mil reales la vida de un hombre?

—Segun y conforme; el que se muere de hambre la da por mucho menos.

—Pero estamos presenciando aquí un suicidio por sesenta mil reales.

—¿Y cuántos no se suicidan por mucho menos?

—Ese hombre debe estar desesperado.

—O sin un cuarto, que es lo mismo.

—¿Y se juega la vida de ese modo?

—No señor; de ese modo se busca la vida.

—El hombre es una bestia salvaje.

—Es posible; pero es una bestia muy industriosa. ¿No hay quien se alquila para ir al patíbulo?

Un tercero, que debia ser ecléctico, intervino en la conversacion, diciendo :

—Ese hombre necesita dinero y lo busca de ese modo; él se sabrá sus cuentas; pero en sustancia, lo que hay que pensar es que sería mucho peor que los robára.

Una voz, repetida por diferentes bocas, gritó de improviso, cortando todas las conversaciones.

—Silencio..... ya sube.....

Silencio, dijo la voz, como si para ver fueran necesarios los oidos.

La voz, sin embargo, fué obedecida y el silencio se extendió por la multitud.

Habia momentos en que se oian las respiraciones.

El garfio, lanzado por tercera vez con igual destreza, se agarró al pasamano del balcon del piso tercero; la cuerda quedó pendiente, oscilando, como si temblára de verse suspendida, y el hombre comenzó á subir por ella, elevando el cuerpo poco á poco.

Cada vigorosa contraccion de los músculos de sus brazos, era, digámoslo así, un paso. Sus manos se agarraban á la cuerda

como las garras del águila á su presa.

Hubo un momento, en que encogiéndose juntó los piés, apoyándolos en la cuerda que por debajo de él colgaba.

Aquel auxilio pedido á sí mismo, hizo creer que sus fuerzas empezaban á agotarse, y salió de la multitud un rumor que queria decir: «Se cansa.»

El hombre se detuvo y paseó su mirada por aquella alfombra de cabezas que se movia á sus piés.

¿Era un alarde de vigor ó una señal de desaliento?

Aquella mirada, ¿pedia admiracion ó socorro?

Unos decian: «cae.»

Otros decian: «llega.»

En el mundo civilizado, en Lóndres, por ejemplo, aquella multitud habria aprovechado la ocasion de ganar dinero, y se hubieran abierto apuestas *respectables*, jugando unos á la vida y otros á la muerte de este hombre.

Esto es, á la *alza* ó á la *baja* de aquel cuerpo oscilante como una bolsa.

Pero aquí nadie pensó en ello.

No se les ocurrió que se podía desear la muerte desastrosa de ese hombre, á trueque de ganar algun dinero.

El hombre siguió trepando por la cuerda en medio del silencio de la multitud, y alumbrado por el resplandor intermitente del incendio.

Se hallaba á punto de asirse á los hierros del balcon del tercer piso.

Un esfuerzo más, y estaba arriba.

La gente apretaba como si pudiera ayudarle; cada uno hacia un poco de fuerza; el que ménos, contenia la respiracion; era un ejercicio, en el cual todos tomaban parte.

La ansiedad era inmensa.

Todo dependia de un momento.

Era imposible separar los ojos de aquel silencioso espectáculo.

Todas las bocas estaban entreabiertas, prontas á lanzar un grito de horror ó de triunfo.

Esta situacion pasó, y la multitud respiró.

El hombre habia asido al fin los hierros del balcon, y habia saltado dentro como un gato.

Estaban entreabiertas las persianas y cer-

rados los cristales del balcon; él separó á aquéllas abriéndolas como las dos hojas de un libro, y empujando vigorosamente, desunió las puertas que le detenian el paso; los cristales saltaron rompiéndose en mil pedazos, y el hombre fué á entrar, pero retrocedió y se detuvo.

Una bocanada de humo negro y espeso se echó sobre él, envolviéndole como si quisiera ahogarle.

El fuego habia penetrado ya en aquella habitacion.

Lo que hubiera que hacer allí habia que hacerlo pronto, porque el techo calcinado humeaba, esperando el momento próximo de desplomarse.

El hombre inclinó la cabeza como el toro que embiste, y entró en la habitacion.

Pasó un minuto.

Entre todos los espectadores habia uno dominado por una ansiedad más viva, de la que daban muestra su inquietud y sus exclamaciones.

Junto á él habia una mujer que lo seguia como la sombra de su cuerpo.

Donde iba él iba ella.

No lo perdía de vista ni un momento.

Este personaje era el caballero á quien ya conocemos, y la mujer era Juana, á quien quizá no conocemos bien todavía.

El hombre que habia escalado la casa y que habia penetrado por el balcon, volvió á aparecer en él, como arrojado por otra bocanada de humo.

Su aparicion fué recibida con un murmullo. La multitud silenciosa, casi muda durante un minuto, necesitaba aquel desahogo.

El hombre apareció en el balcon mostrando en la mano un objeto, cuya forma no se distinguia bien desde la calle; pero pronto se supo lo que era, porque el caballero, adelantándose hasta colocarse debajo del balcon, alzó las manos como el que espera algo, gritando: «venga.»

El objeto descendió y el caballero pudo cogerlo en el aire.

Era la cartera de terciopelo azul tan vivamente deseada.

Juana la vió caer como si hubiera visto

caerle la lotería; para ella aquella cartera encerraba tres mil duros.

El negocio estaba hecho.

Sólo quedaba que el que habia subido bajara; y esto era lo de ménos, porque quien habia subido con tanta seguridad, claro es que habia de bajar sin dificultad ninguna.

Juana no volvió á mirar al balcon, pues necesitaba sus ojos para no perder de vista al caballero.

Pero el hombre no bajaba, porque no podia bajar.

Todas las dificultades de la empresa estaban vencidas, pero habia una circunstancia imprevista traidoramente oculta; un incidente de esos que están siempre fuera del cálculo humano, y que de repente se presentan con aspecto inexorable echando por tierra los más grandes proyectos de los hombres.

Lo que habia sucedido era muy natural, tan natural como imprevisto.

Al arrojar la cartera á la calle, no vió que el garfio asido á la cuerda que le habia servido para subir, permanecia enganchado al

pasamano del balcon, y con su propio brazo, al lanzar al aire la cartera, lo desprendió, cayendo á un mismo tiempo á la calle la cartera y el garfio.

Su situacion no podia ser más angustiosa; se le cerraba el único camino por donde podia huir en el momento en que el fuego se le echaba encima.

Crujian las maderas del techo sobre su cabeza como huesos que se dislocan, y las paredes se desconchaban á su alrededor como queriendo facilitar paso á las llamas.

Habia buscado una salida inútilmente.

La multitud lo veia aparecer y desaparecer como una sombra entre las bocanadas de humo cada vez más frecuentes y más espesas que el incendio arrojaba por el balcon, y se habia oido ya dos ó tres veces su voz ronca gritar: «Socorro..... socorro.»

Todos querian salvarle, pero ninguno se atrevia á salvarlo.

Cada cual proponia un medio que los demas desechaban por imposible; todos gritaban y nadie lograba entenderse.

El caballero oprimia bajo su brazo iz-

quierdo la cartera salvada de la voracidad del incendio, y miraba al balcon poseido de verdadero espanto.

Juana lo tenía cogido de los faldones del gaban con entrambas manos y no le soltaba.

—¡Qué desgracia! decia; mi marido va á perecer. ¿Qué va á ser de mis hijos? Usted tiene la culpa. Usted es la causa de este desastre..... ¡Dios mio, Dios mio, qué desventura tan grande!

Juana sollozaba estas palabras; sus voces eran gemidos, pero no habia ni una lágrima en sus ojos.

La gente la contemplaba con profunda compasion, porque, en honor de la verdad, sus gritos partian el alma.

El Marqués estaba atónito; comprendia que los gritos de Juana excitaban contra él el ódio de los circunstantes, y él, que hubiera dado la mitad de su vida por salvar la de aquel hombre, se veia en la necesidad de defenderse de aquella acusacion:

«V. es la causa de este desastre.»

Él era la causa en efecto; aquella maldi-

ta cartera iba á costar la vida á un pobre padre de familia.

La cartera era el cuerpo del delito á los ojos de aquella multitud, que compadecia á la mujer y empezaba á murmurar del caballero.

—Yo, balbuceaba éste, respondo de todo. Si sucede una desgracia doblaré la suma.

—Yo no quiero nada, exclamó Juana, dejándose caer en el suelo; yo sólo quiero que me vuelvan á mi marido.

—Tiene razon, dijeron algunos.

Otros, más filósofos, añadieron:

—Tiene razon; pero al fin, los duelos con pan son ménos.

Al oir esta sentencia, Juana asió más fuertemente al caballero y prorumpió en un torrente de sollozos.

—Tranquilícese V., le dijo éste, vivamente conmovido; yo no abandonaré jamas á su familia.

Entre tanto, el pobre hombre salia al balcon y gritaba cada vez con voz más ronca, y volvía á entrarse, no sabiendo qué elegir, entre arrojarse á la calle por el balcon, ó ar-

rojarse á la escalera, que llameaba como un horno.

El caballero juraba y perjuraba; prometia cuanto humanamente podia prometerse á los que se atrevieran á acudir en socorro de aquel hombre, pero nadie se atrevia.

Consejos habia muchos, planes diferentes, pero manos ninguna.

Hacia dos minutos que el hombre habia desaparecido del balcon y no habia vuelto á asomarse.

¿Habria encontrado salida por alguna parte?

Él era valiente y ágil; la casa tenía un patio estrecho semejante á un pozo, y este patio tenía ventanas.

Podia ser esto, y tambien podia ser que el humo lo hubiera sofocado; ello es que el balcon continuaba desierto.

De repente se estremeció la tierra bajo los piés de la multitud, y un trueno prolongado y profundo resonó dentro de la casa; nubes de polvo y de humo llenaron las calles, y millones de chispas crujiéron en el aire; por las aberturas de los balcones del

piso tercero se vió claramente el incendio agitar sus llamas triunfantes; se habia hundido el segundo techo de la casa.

La multitud dió un grito comprendiendo que aquel infeliz habia perecido aplastado por el techo que acababa de desplomarse.

Tal fué el fin del maestro de obras.

Juana, al perder á su segundo marido, habia encontrado una segunda mina.

El llanto de esta segunda viudez valia mucho dinero; cada lágrima se le pagaba á peso de oro, y Juana fué desde entónces un almacén de lágrimas, que el caballero se encargaba de enjugar.

¿Y Magdalena?

Magdalena se habia quedado sin padre. Juana no supo consolarla, y la pobre niña se consoló poco á poco á fuerza de llorar.

Cuando supo su desgracia, exclamó:

—Dios mio, ya estoy sola en el mundo.

—Sola no, dijo Juana; todavía estoy yo aquí.

Magdalena no replicó ni una palabra, pero las gentes que la oyeron, debieron pensar: ¡Qué mujer tan buena!

Sin embargo, todavía no conocemos bien á Juana.

Algunas veces hablaba sola, y Margarita la oyó decir un dia :

—«Yo no tengo la culpa; lo mismo que pudo subir hubiera podido bajar; fué muy torpe, muy torpe.»

Magdalena oyó esto y no preguntó nada, y empezó á mirar á Juana con una pena que ella no sabía explicarse.

Deseaba quererla y no podia conseguirlo.



CAPÍTULO XIV.

Cambia la decoracion.

Hacia ya un mes que el maestro de obras habia saldado todas sus cuentas, desapareciendo en el incendio de la manera desastrosa que hemos visto.

Juana estaba resignada, porque despues de todo no era la primera vez que su sensible corazon recibia el golpe mortal de quedar viuda; pero en cambio Magdalena se hallaba inconsolable; sentia doblemente la muerte de su padre, porque la primera inocencia no la habia dejado llorar la muerte de su madre, que se la dejó en el mundo recien nacida.

Una mañana entró Juana en el dormitorio de Magdalena, apartó las cortinas que cubrian el lecho, y se quedó contemplando

la hermosa cabeza de la niña, cuyos rizos rubios flotaban abundantes sobre la almohada.

Después de contemplarla algun tiempo exclamó :

— ¡Ah..... es una alhaja..... es un tesoro... es oro puro!

Luégo acercó su semblante al de aquella preciosa criatura, y la llamó suavemente, diciendo :

— ¡Magdalena!.....

Magdalena se estremeció y abrió los ojos, cuya mirada llena de tristeza, después de vagar un momento, se fijó en Juana.

Ésta dijo al verla despierta :

— Vamos, hija, ya es hora de levantarse; son más de las diez; hoy te se han pegado las sábanas.

Ella alzó la cabeza hasta sentarse en la cama, y aquellas ondas rubias que rodeaban su frente no esperaban otra cosa para abrazarla, pues todas cayeron sobre sus hombros y envolvieron su cuello.

Quiso decir algo; por lo ménos Juana vió que sus labios se agitaron como si quisieran

hablar; pero debió atársele la lengua con ese nudo que forman las lágrimas al precipitarse por los ojos cuando todas quieren salir de una vez.

Movió los labios, mas no dijo nada; cualquiera hubiera creído que iba á sonreirse, pero bien pronto hubiera salido de su error, porque se llevó ambas manos á la cara, ocultándola en ellas, dobló la cabeza y rompió en llorar.

Los rizos de su frente, que por lo visto no querían estarse quietos, se derramaron por delante, cayendo como un velo.

¿Querían esconder aquel llanto ó enjugarlo?

No se sabe; pero parecia que habian caído, cubriendo el rostro como si hubieran querido decirle á Juana: «Señora, V. no tiene aquí nada que ver.»

La madrastra dejó un momento que aquel llanto corriera en silencio; pero aquel llanto parecia inagotable, y al fin dijo:

—Vamos, anímate, hija; eso es demasiado.

La palabra *hija* entró como una espada en

el corazon de Magdalena, y el dolor de esta herida arrancó de su boca llena de sollozos este grito :

— ¡Padre, padre!

Juana sacudió la cabeza.

— Siempre estamos en lo mismo, dijo, y ya es preciso que pienses en ser mujer de razon. Tu padre ha muerto, y esto no, creas tú que es una cosa del otro juéves; tambien se murió mi padre, porque, hija mia, los padres se mueren lo mismo que se mueren los demas.

Al oir esas palabras apartó súbitamente los rizos de su frente echándolos hácia atras, comprimió los sollozos que acudian á su garganta, y contestó :

— Yo hubiera querido morirme ántes.

— Ya te se pasará eso; cuando se tiene un disgusto se dicen muchas cosas, porque con los ojos llenos de lágrimas se ve todo muy turbio; luégo ya es otra cosa.

La niña hizo un esfuerzo y enjugó al mismo tiempo sus ojos con el revés de sus preciosas manos, y comenzó á vestirse, temblando toda al impulso de algunos suspiros

rebeldes que de vez en cuando hinchaban su pecho.

Su semblante afligido pareció serenarse, y miró á su madrastra con profunda tristeza; despues se puso muy séria.

Era imposible decidir cuándo estaba más hermosa : si afligida, triste ó séria.

¿La habian consolado las palabras de Juana?

No ; mas bien parecia que la habian indignado.

Se podia decir que encerraba su dolor en lo más oculto de su pecho, como si quisiera ponerlo á cubierto de aquellos consuelos.

Las almas profundamente afligidas se ven muchas veces obligadas á sufrir los martirios de ser de ese modo consoladas.

Hay consuelos que ofenden.

No hay más que una palabra que pueda dulcificar las grandes penas, y es una palabra tan grande, que apénas cabe en la boca del hombre ; esa palabra es *Dios*.

No hay más que una fuerza que pueda resistir el gran peso de las desdichas humanas, y esa fuerza se llama *virtud*.

Virtud, que quiere decir valor.

Valor, que quiere decir debo sufrir.

Juana se sentó junto á la cama miéntras Magdalena se vestia, y dijo :

—Tenemos que arreglar nuestro modo de vivir.

Magdalena no oyó ó no entendió estas palabras, y Juana prosiguió :

—Por de pronto nos mudarémos de cuarto; éste es ya demasiado caro para nosotras.

Esto sí debió entenderlo, porque dejó escapar un profundo suspiro.

En aquel cuarto vagaba todavía la sombra de su padre; todo estaba lleno de sus recuerdos; la pobre niña habia creído verlo algunas veces, y habia momentos en que estaba segura de haber oido su voz y de haber sentido el ruido de sus pasos.

Allí se creia aún junto á su padre; abandonar aquel cuarto era para ella tanto como separarse de él, como huir de su memoria.

Dentro de su corazon se levantaba una voz que la llamaba, una voz que queria detenerla.

—Yo, dijo, quisiera vivir siempre en esta casa.

—Eso no es posible, replicó la madrastra. ¿De dónde vamos á sacar nosotras el dinero que gana este cuarto? Ya he tomado otro.

—Bien, contestó la huérfana.

—El maestro de dibujo, y el maestro de música, y el maestro de frances no volverán más, no es posible que vuelvan.

Magdalena se encogió de hombros.

—Se les debian dos meses á cada uno y nos los han perdonado.

Juana no lo reparó, pero dos lágrimas se escaparon de los ojos de..... su hija.

—De estos muebles, continuó hablando la madrastra, nos quedarémos con los más precisos; los demas los venderémos, y con eso tendrémos para vivir algunos dias.

La hija del infeliz maestro de obras no prestaba gran atencion á este plan casero que iba saliendo á pedazos de la boca de Juana. Ésta continuó :

—Hasta que los tiempos mejoren es preciso pensar en trabajar para comer, porque,

hija mia, el pan no cae por la chimenea. Yo he trabajado ya mucho en este mundo, y justo será que empiece á descansar. A tu hermano (Juana llamaba hermano de Magdalena á su hijo) algo le sacarémos, pero su jornal es corto todavía. Tú eres ya una mujer, y es razon que empieces á ayudar á la casa.

—¿Qué puedo hacer yo? preguntó con tristeza.

—Verás, contestó la madrastra. Yo tengo una amiga que gana lo que quiere. Es modista de mucho rumbo, y ella te dará trabajo; eso corre de mi cuenta.

—¿Y tendré yo que ir á su casa? preguntó Magdalena con cierta inquietud.

—No, dijo Juana, tú no irás al taller; no conviene que vayas.

—¿Trabajaré en casa?

—Sí, en casa.

—Pues bien, señora, trabajaré.

—De ese modo podemos ir viviendo, y á lo ménos el pan de cada dia no nos ha de faltar. Luégo ya verémos. Tú eres muy hermosa, y hasta el fin nadie es dichoso.

Debemos decirlo. Magdalena, al oirse llamar muy hermosa, se sonrió.

Por un momento, la memoria de su padre se habia disipado en su corazon ante el resplandor de aquella lisonja.

—Soy muy hermosa, repitió la niña con cierta tristeza, y luégo preguntó: ¿Y qué es ser muy hermosa?

—Ser muy hermosa, hija mia, exclamó la madrastra, es ser muy rica.

—Pero al fin, ¿qué es ser muy rica?

—Ser muy rica, contestó la madrastra al golpe, es ser más hermosa todavía.

—¿Más hermosa!..... exclamó la inocente criatura.

—Ya lo creo; mucho más hermosa. ¿Sabes tú lo que es un aderezo de brillantes, una falda de terciopelo de seda ó de encajes? ¿Sabes tú lo que es pasar por entre la gente en un hermoso coche tirado por soberbios caballos? ¿Sabes tú lo que es lucir y brillar?

—La señora que vive ahí enfrente tiene todo eso.

—Pues la señora que vive ahí enfrente no

es tan hermosa como tú, y esa señora se lleva las miradas de todos.

—Es muy hermosa, madre, dijo la niña.

—No, hija mia, contestó la madre; es muy rica.

—¿Y podré yo ser rica? preguntó con terrible inocencia.

—¡Sí podrás serlo! Lo que debes preguntarte es si quieres serlo.

—¿Y cómo?

—Ya lo sabrás.

—Yo quisiera saberlo ahora.

—¿Ya quieres saberlo?

—¿Por qué no?

—Porque aún no es tiempo.

—¡Nos hemos quedado tan pobres!

—Es verdad.

—Si mi padre viviera.....

Este recuerdo no agradó á Juana, porque hizo un gesto de disgusto, y dijo :

—Si tu padre viviera no serías rica.

—¿Por qué?

—Porque no pensarias en serlo.

—Yo no entiendo esto.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que no entiendes?

—Usted dice que puedo ser rica.

—Lo digo.

—Pues entónces, ¿por qué me va V. á poner á trabajar como á una negra?

—Porque es preciso.

—¿Es que voy á ser rica como la señora que me va á dar trabajo?

—Ca.

—Pues entónces, ¿cómo?

—Tú pensarás en ello, y poco á poco lo irás adivinañdo.

En esto llamaron á la puerta, y Juana acudió á abrir miéntras que Magdalena se quedaba pensando: «¡Rica!..... ¿cómo podré yo ser rica?»

El que habia llamado á la puerta era el prendero que venía á ver los muebles que Juana habia puesto en venta.

Era un hombre gordo, de fisonomía franca, que por razon de su industria era capaz de comprar la sogá de un ahorcado y de vender al amigo más caro.

No veia el mundo más que por el agujero-

ro de su prendería, y para él todas las cosas se le presentaban bajo el doble y único aspecto de poderse comprar ó de poderse vender.

De una ojeada pasó revista á todos los muebles. A cada uno le puso inmediatamente dos precios; uno que representaba la cantidad mínima en que habia de venderlo, y otro que venía á ser la tercera parte de ésta y que representaba la cantidad máxima en que se decidía á comprarlo.

De estas dos series de precios, los primeros se los reservó y los segundos los dijo.

Al oírlos Juana se mostró escandalizada, y exclamó:

—Usted quiere llevarse todo esto por cuatro cuartos.

—No encontrará V. quien le dé más de lo que yo doy; y sepa V. que he venido porque somos vecinos, porque lo que á mí me sobran son muebles.

Este prendero sabía su oficio, y al comprar aquellos muebles aprovechaba la ocasión de vender un favor.

Al fin, los muebles quedaron ajustados y

vendidos, y un mozo de cordel empezó á desalojar la casa de ellos.

A cada mueble que sacaban de la habitacion, Magdalena daba un suspiro; hasta entonces no habia sabido lo que queria aquellos muebles, y se decia interiormente: «Si yo fuera rica no me separaria de ellos nunca.» Y pensaba con ansiosa tristeza, queriendo penetrar en el misterio de lo que le estaba pasando.

Ella encerraba todo su pensamiento en esta pregunta:

«Si yo puedo ser rica, ¿por qué se venden mis muebles?»

Cuando más abismada estaba en esta reflexion, si es posible que una cabeza de catorce años reflexione, el prendero reparó en ella, y dando vueltas entre sus dedos á una llave que llevaba en la mano, dijo:

—Hé aquí un precioso mueble. Y guiñando el ojo, añadió: «Señora Juana, por este ya se puede dar algo más.»

Magdalena no pudo dudar que el prendero hablaba de ella, y se puso encarnada como una amapola.

¿Por qué? ¿Comprendió ella todo el sentido que podían tener aquellas palabras?

Probablemente no; en cuyo caso es preciso convenir en que se ruborizó sin comprenderlas.

Ella bajó la cabeza y siguió pensando.

¿En qué?

En lo mismo: en ser rica.

Juana le había dicho que podía serlo, y vea V. qué coincidencia; se lo había dicho precisamente el mismo día en que ella veía por sus propios ojos que era completamente pobre.

¡Qué contraste! Al caer en la realidad de su pobreza, se alzaba en su imaginación un sueño de oro.

Su pequeña opulencia desaparecía al mismo tiempo que le decían: «Tú puedes ser rica.»

Aquel mismo día quedó la familia instalada en su nuevo cuarto, y desde el día siguiente tuvo la huérfana trabajo.

Al pie de la ventana que daba luz á su habitación, pasaba las horas cosiendo.

Al principio tenía que enjugarse á menudo los ojos para no manchar con sus lágrimas la tela que cosía.

Despues fué acostumbrándose á todo lo que le rodeaba, y se sonreia muchas veces mirando el cielo que se descubria al traves de su ventana.

Por último, los pájaros que revoloteaban piando por los tejados vecinos la hicieron cantar.

La decoracion habia cambiado, pero su corazon habia vuelto á ser el mismo.

Sólo alguna vez, cuando el estrépito de algun coche que pasaba por la calle hacia temblar las paredes de la casa, se estremecia y exclamaba interiormente:

— ¡Si yo fuera rica!

Así hablaba su deseo.

Otras veces era su esperanza la que hablaba, y entónces decia:

— ¿Cuándo seré yo rica?

Otras veces era la curiosidad la que ponía en su boca esta pregunta:

— ¿Cómo seré yo rica?

Juana le habia prometido decírselo pronto; y es preciso convenir en que no dejará de hacerlo.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO PRIMERO.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	5
CAPÍTULO PRIMERO.—Un Adan.	7
CAP. II.—La Serpiente.	37
CAP. III.—La señora Gertrúdis.	69
CAP. IV.—Siete heridas, siete cruces y siete hijos.	101
CAP. V.—Cien mil duros que se lleva el viento.	133
CAP. VI.—El pájaro que queria volar no acierta ya á salir de la jaula.	167
CAP. VII.—La primera sonrisa.. . . .	203
CAP. VIII.—Donde verá el lector claramente por los ojos de un ciego.	233
CAP. IX.—Magdalena.	265
CAP. X.—Uno que habla, otro que oye y una casa que arde.	297
CAP. XI.—Juana vista á la luz de un incendio.	315
CAP. XII.—Pelé y Melé.	337
CAP. XIII.—Ahora veremos cómo algunas veces es mucho más fácil subir que bajar.	359
CAP. XIV.—Cambia la decoracion.	377

FIN DEL ÍNDICE.